



UNIVERSIDAD DE CIENCIAS Y ARTES DE CHIAPAS

**CENTRO DE ESTUDIOS SUPERIORES DE
MÉXICO Y CENTROAMÉRICA**

T E S I S

AFECTOS EN LÍNEA DE FUGA: LA POTENCIA DEL ESPACIO INTERSTICIAL EN SAN CRISTÓBAL DE LAS CASAS

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE

MAESTRA EN CIENCIAS SOCIALES Y HUMANÍSTICAS

PRESENTA

INGRID FERNANDA TORO VELOSA

DIRECTORA

DRA. ASTRID MARIBEL PINTO DURÁN



San Cristóbal de Las Casas, Chiapas

Diciembre de 2019



UNIVERSIDAD DE CIENCIAS Y ARTES DE CHIAPAS

**CENTRO DE ESTUDIOS SUPERIORES DE
MÉXICO Y CENTROAMÉRICA**

T E S I S

AFECTOS EN LÍNEA DE FUGA: LA POTENCIA DEL ESPACIO INTERSTICIAL EN SAN CRISTÓBAL DE LAS CASAS

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE

MAESTRA EN CIENCIAS SOCIALES Y HUMANÍSTICAS

PRESENTA

INGRID FERNANDA TORO VELOSA

COMITÉ TUTORIAL

DRA. ASTRID MARIBEL PINTO DURÁN

DRA. ANA PATRICIA NOGUERA

DR. FERNANDO LIMÓN AGUIRRE

San Cristóbal de Las Casas, Chiapas

Diciembre de 2019



UNIVERSIDAD DE CIENCIAS Y ARTES DE CHIAPAS

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIÓN Y POSGRADO

Tuxtla Gutiérrez, Chiapas a 28 de noviembre de 2019

Oficio No. DGIP/0493/2019

Asunto: Autorización de impresión de tesis

C. Ingrid Fernanda Toro Velosa
Candidata al Grado de Maestra en Ciencias
Sociales y Humanísticas
UNICACH
Presente

Con fundamento en la **opinión favorable** emitida por escrito por la Comisión Revisora que analizó el trabajo terminal presentado por usted, denominado **"Afectos en línea de fuga: La potencia del espacio intersticial en San Cristóbal de las Casas"**, mismo que cumple con los criterios metodológicos y de contenido, esta Dirección a mi cargo **autoriza la impresión del documento** en cita, para la defensa oral del mismo, en el examen que habrá de susentar para obtener el **Grado Maestra en Ciencias Sociales y Humanísticas**.

Es imprescindible observar las características normativas que debe guardar el documento impreso, así como realizar la entrega en esta Dirección de un ejemplar empastado.

Respetuosamente
"Por la Cultura de mi Raza"

Dr. Ricardo David Estrada Soto
Director General



DIRECCIÓN DE INVESTIGACIÓN
Y POSGRADO



C.c.p. Lic. Aurora E. Serrano Roldán, Secretaría Académica UNICACH. - Para su conocimiento
Dr. Jesús Solís Cruz, Director del CESMECA UNICACH. - para su conocimiento
Expediente
#DES/1910

Ciudad Universitaria, Lib. Norte Por ente núm. 1150
Culmina Lajas, Mazatlán Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México
C.P. 29039 Tel. (01 961) 61 70 440 Ext. 4360
investigacionyposgrado@unicach.mx

A MIS MEJORES AMIGOS Y MAESTROS
JUDITH Y ERDULFO

AGRADECIMIENTOS

Poder ser uno mismo con alguien es una vivencia que debe agradecerse. Presentarse sin ficciones, con todos los defectos y virtudes, es un regalo que nos da el otro, al reconocernos y respetarnos como expresión o modo particular de la vida. Por eso agradezco a Astrid, por acompañarme tan amorosa e incondicionalmente, por guiarme, por darme claridad y tranquilidad en el camino. Igualmente, siempre estaré profundamente agradecida con la presencia cariñosa, sabia y complementaria de Patty y de Fernando, sin duda no pude tener un mejor equipo.

Gracias a mi familia. A mi madre y a mi padre por el amor desbordado y por recordarme e insistirme que siempre debo hacer las cosas con fuerza y corazón; a mi hermano Julián por ser un ejemplo. A Bori, Pinga y Tango, al jardín, a los árboles, al huerto, a los grillos y a la casa por abrazarme en cada uno de los días que transité por el camino de este escrito. A mi adorado esposo Moon por encarnar la palabra amor en nuestras vidas; gracias a mi gran amigo, cómplice y maestro por acompañarme en este aprendizaje, con toda la alegría, la sabiduría y la luminosidad que contagia e irradia su existencia.

Finalmente debo agradecer la apertura de cada uno de los seres intersticiales, gracias por compartir sus historias, por enseñarme y sobretodo por ser una inspiración.

ÍNDICE DE CONTENIDO

INMERSIÓN.....	8
Cartografías de la devastación.....	9
PRIMER MOMENTO - LAS CARTOGRAFÍAS DE LA ESPERANZA.....	22
Un camino metodoestésico.....	27
Tras las voces de la polifonía.....	30
SEGUNDO MOMENTO - EN EL MAR DE LOS AFECTOS.....	43
La constelación afectiva.....	44
La afectividad como potencia en Baruch Spinoza.....	56
TERCER MOMENTO - LA POTENCIA EN EL ARTE DE LA FUGA.....	67
El <i>conatus</i> en los paisajes del intersticio.....	68
Dejarse afectar.....	68
Tomar distancia en la fuga.....	73
La injusticia como afecto.....	80
Emprendiendo la fuga.....	85
La potencia en el camino del hacer.....	85
Transiciones en la fuga rizomática.....	91
Proporcionalidad en la fuga.....	95
Apuestas relacionales en el intersticio.....	98
La capacidad de amor en el interser.....	106
Conclusiones: La constante apertura de la fuga rizomática.....	114
San Cristóbal y los rostros de la fuga.....	120
Bibliografía.....	145

ÍNDICE DE GRÁFICOS

Gráfico 1	Cartografías de la devastación en San Cristóbal de Las Casas.....	16
Gráfico 2	Cartografías de la devastación en San Cristóbal de Las Casas.....	17
Gráfico 3	Flor de la polifonía en el espacio intersticial.....	41
Gráfico 4	Constelación afectiva.....	54
Gráfico 5	Dial afectivo.....	56
Gráfico 6	Variación melódica de los afectos.....	58
Gráfico 7	La afectividad como potencia.....	65
Gráfico 8	Mapa afectivo del intersticio.....	112

Inmersión
Cartografías de la devastación

INMERSIÓN

CARTOGRAFÍAS DE LA DEVASTACIÓN

Trazos geométricos. Líneas rectas a ras de suelo. Paredes coloridas sobre fachadas de concreto. Algunas estructuras viejas, otras queriendo aparentar su vejez. Pareciera que con cada día que pasa nace un nuevo hotel, un nuevo restaurante, y con ello más tráfico de autos y turistas. Un hombre de 86 años –mi padre– pasea en la noche por los andadores que fueron hechos para él, su corazón se siente realmente contento, energizado, electrizado por toda la vida que proyectan las calles que transita; todos los seres entre-están en el espacio: comen un helado, toman una fotografía, venden una artesanía, ladran, observan, vuelan.

Las diferentes facetas del espacio urbano se entremezclan en el mismo suelo de lo que alguna vez se conoció como Ciudad Real. La producción del «pueblo mágico» y de la «ciudad creativa», se asimila al montaje de una obra con un escenario colonial. Comunidades indígenas, mexicanos, sudamericanos, centroamericanos, norteamericanos, europeos y asiáticos, entretejen la exótica pluriculturalidad de una de las ciudades más antiguas de Latinoamérica. En medio de la diversidad lingüística de esta suerte de babel, emergen un sinnúmero de escenas musicales, mercados itinerantes, paredes con grafitis murales, galerías de diseño, artesanía, fotografía o pintura, boutiques de ropa de autor y una infinidad de sabores culinarios. En este escenario urbano el «no lugar» del circo callejero, también es el lugar de las religiosidades; coexisten: católicos, cristianos, musulmanes, testigos de Jehová, judíos y budistas con la espiritualidad de los pueblos originarios. Los carteles colgados en algunos postes de luz y en las paredes de bares, restaurantes y tiendas, evidencian la amplia oferta de talleres: yoga, meditación, escritura, poesía, cerámica, música, lectura o teatro.

La escena turística y la cara cosmopolita de la ciudad se ha consolidado en los últimos 25 años. Particularmente este rumbo que tomó San Cristóbal de Las Casas puede ubicarse cronológicamente desde el levantamiento zapatista del EZLN en 1994, posterior a esta fecha desembarcó una oleada de viajeros atraídos por conocer el epicentro de una nueva utopía, el lugar del surgimiento de esta alternativa política y revolucionaria planteada por los pueblos originarios del sur-este mexicano. Para quienes vienen buscando la ruta política del zapatismo abren nuevos proyectos y espacios como «El Paliacate», «Kinoki», «Tierra Adentro», «Libre Café», más recientemente «Taniperla» y librerías como «La reci» y «La Cosecha» en el Mercadito de Diseño. Asimismo surge una cantidad considerable de colectivos que realizan actividades

inspirándose en el movimiento autonómico.

Junto con el turismo revolucionario –también llamado «zapaturismo»– llega el turismo «*new age*» que busca contactar con la espiritualidad y el exotismo de la ritualidad propia de la tradición indígena. Siguiendo las leyes de la economía, esta demanda produjo una gran oferta de lo «alternativo étnico y espiritual», se multiplicaron los centros de terapias alternativas y de sanación energética, además de los lugares ceremoniales donde se busca acceder a la conexión con las plantas de poder (Ruiz *et al.* 2014).

En los últimos cuatro años se ha incrementado la entrada de fuertes capitales económicos provenientes del centro y el norte del país. El imponente lujo de la gentrificación estalla en los ojos y eclipsa las diversas realidades de San Cristóbal de Las Casas. Como Jano o la luna, la ciudad intenta ocultar una de sus caras. El lado que quiere esconderse, evidencia la profunda desigualdad que de un modo u otro se abre paso por las calles. Unos niños quieren matar un gato con su cauchera, otros buscan lustrar zapatos, vender una pequeña figurilla de jaguar, o simplemente ir por las calles jugando mientras cargan lo que deben vender. Las aceras se recubren de telas, sobre las telas sacos, chales, bufandas, gorros de lana y figuras de animales. Tras las jirafas, los leones y los búhos, el rostro de una mujer, y en su rostro, el rostro de cientos de mujeres, hombres, niños y niñas, que se luchan la vida vendiendo lo que hacen con sus manos. Y tras su arduo trabajo, el rostro de un poder invisible que controla el ambulante y les cobra una suerte de derecho de piso para permitirles la venta de sus artesanías.

Desde el centro se invisibilizan algunas casas que se apilan en la periferia; en el pronunciado ángulo de la montaña se alzan paisajes similares a los de las grandes ciudades. Al final, no es muy distinta la Hormiga de San Cristóbal al Cazucá de Bogotá, ambos están edificados sobre el mismo imaginario del progreso y el desarrollo. Genéricamente a este rincón de la ciudad se le conoce como la «zona norte», un territorio urbano que aparece recubierto de un halo mítico, lleno de personajes salvajes y monstruosos que orquestan la maldad urbana. En el imaginario de muchos pobladores no deja de ser un lugar oscuro y tenebroso, de ahí que el sentido común siempre te esté alertando de evitar el paso por sus calles. Sin embargo, hay quienes afirman que en esta zona, la realidad supera la ficción, los laboratorios de drogas, el narcomenudeo, el crimen organizado, la venta de autos –provenientes de redes de robos a nivel nacional–, los centros de prostitución y el reciente lavado de dinero que ha encarecido el sector, son algunas de las realidades que llevan a que muchos taxistas e incluso la misma policía municipal esquiven el tránsito por dicho rumbo.

Inevitablemente la población precarizada que trabaja de forma honesta en lo que puede, queda envuelta en estas tramas perversas de poder económico, violencia y exclusión.

Las realidades de pobreza y de miseria se han ahondado aún más desde hace tres años cuando en el 2016 el huracán *Stan* dañó la vía ferroviaria de la Bestia o del Tren de la muerte que transporta miles migrantes como polizones —principalmente centroamericanos—. Al suspenderse el paso del tren y con el endurecimiento de las leyes migratorias, los coyotes establecieron nuevas rutas de migración que incluyeron como zona de paso a San Cristóbal de Las Casas. Desde entonces, semáforos, plazas comerciales, calles y andadores del centro se han convertido en escenarios de la fuerte y dolorosa realidad de la indigencia trashumante.

Claramente, la presencia de estas dos caras no es exclusiva del Valle de Jovel, más bien es una consecuencia usual del sistema cultural y económico dominante, de estas formas de vida que requieren de la miseria de muchos para poder sostener la riqueza y el exceso de pocos. En otras palabras, el sistema productivo moderno crea las dos caras de Jano, una bella que es abundante en comodidades, bienes y servicios; mientras tanto, la otra cara es sombría, atiborrada de escasez, de miseria y de creciente destrucción para la producción de los «bienes» y los «servicios». Fue una de las caras de Jano la que prometió a la población precarizada de San Cristóbal, que trabajando fuertemente, algún día alcanzarían la exclusividad de los pudientes. Más allá de un capricho personal, o de un querer ver las cosas en blanco y negro, el punto es recordar que la tautología está imbricada en las raíces del sistema económico que conduce a las ciudades hacia a la abundancia por medio de la producción de miseria (Rahnema y Robert, 2001).

Como caminante urbano, no ha de sorprenderme que el reciente aumento de la riqueza en la ciudad, lejos de mejorar las condiciones de vida, profundiza la pobreza y la angustia de no tener lo suficiente para sostenerse en una ciudad que tiende a encarecerse cada vez más. Era de esperarse que en el afán de ocultar la cara cruel de Jano, esta comience a revelarse con mayor fuerza. El lado oscuro anda suelto por las calles, el odio se desnuda hacia el Otro, hacia cualquier Otro que recibe la violencia, el irrespeto, la negación, la bofetada del poder que busca conseguir o mantener un privilegio. Irreductiblemente el Otro será el «blanco» de la rabia brutal de vivir exiliado «en medio del espectáculo de riquezas aparentemente al alcance de la mano» (Rahnema y Robert, 2001:49).

Sube el costo de vida en la ciudad, pero los salarios se mantienen. Cientos de personas cargan el peso de la «pobreza modernizada», de esa forma de «miseria» que describe una carrera

inagotable por intentar satisfacer necesidades que han sido creadas por el mercado, cuando la realidad del ingreso limita y dificulta el acceso a los bienes y servicios (Rahnema y Robert, 2001). La reproducción de esta forma particular de pobreza es una suerte de bucle sin fin, que hace a las personas cada vez más dependientes del mercado y de la venta barata de su fuerza de trabajo, además de despojarlos de su potencia y de su capacidad creativa para garantizar la sobrevivencia.

A veces puedes ver pasear por los andadores algunos protagonistas de las clases privilegiadas, ellos suelen caminar con la confianza y la seguridad de quien detenta el poder político y económico. Es su círculo de élite el que sostiene fuertes condiciones de explotación – especialmente hacia la población indígena que ha estado históricamente subordinada a sus designios—. Los principales dueños de la plataforma turística conservan una oferta de salarios bajos, en promedio un trabajador recibirá diariamente \$150 pesos mexicanos a cambio de su desgaste físico y emocional, por supuesto esto sin ningún tipo de prestación social o de estabilidad. Del mismo modo, el autoempleo y las actividades agrícolas permanecen condicionadas a la demanda de servicios y a las dinámicas de la economía urbana (Zamora y Hernandez, 2018). Una vez más el centro define la periferia. De un modo u otro San Cristóbal de Las Casas crea, recrea, condiciona y determina los paisajes de su propia periferia, así como de los municipios cercanos de acuerdo a su necesidad.

Sin embargo, el poder tiene infinidad de caras, y aunque llevo cuatro años caminando, sintiendo y conociendo la ciudad, algunas de estas caras aún me resultan muy opacas, nubladas. Los taxistas me han hablado de un señor que tiene el mismo nombre del último día de la semana; según ellos él hace parte de una minoría de caciques, comerciantes indígenas que controlan una parte importante del transporte público ilegal y de las ventas ambulantes. Dicen que bajo la guía de caporales como Domingo, se han desatado procesos de deforestación y de invasión en las pequeñas pero majestuosas montañas de la Cuenca de Jovel¹. Asimismo se realizó la ocupación de espacios urbanos como la plazuela de Santo Domingo, la cual se ha configurado como un importante centro de ventas de artesanías, que ahora es una parada obligada tanto para los turistas, como para los lugareños y residentes permanentes de la ciudad. Sin embargo, lo que

¹ Desde la fundación del «Comité de Amenazados, Perseguidos y Expulsados de Chamula» en 1982, Domingo López viene consolidándose como un reconocido líder de la población indígena Tzotzil y Tzeltal que habita en SCLC. Además de ser un destacado actor evangélico, tras estas últimas décadas ha venido acumulando un capital considerable, que se ve reflejado en la propiedad de numerosos comercios y terrenos. Cabe mencionar que existe otro caso muy similar, se trata de la familia Collazo, la cual ha construido otro importante poderío económico, social y religioso en la ciudad (Uribe, 2014).

pocos sabemos es que al caer la noche, los puestos de bisutería, blusas, tejidos, muñecos y chales de lana, se transforman en lugares de prostitución –principalmente de hombres–.

Otros caciques que se disputan el poder en la ciudad son los pertenecientes a lo que se ha denominado la «mafia chamula». Entre su amplio portafolio se encuentra la producción y el control de la piratería de música, películas y juegos en dvd. Incluso se rumora que llegan a ser un importante distribuidor de estos artículos en el barrio de Tepito de la Ciudad de México. También se habla de que tienen toda una industria de porno étnico y de narco películas, que al mejor estilo de las narco novelas, reflejan la violencia y las excentricidades que les son propias a este tipo de dinámicas. Otra de las líneas importantes de su negocio, es el cultivo y la distribución de la marihuana «*Golden Chamula*», así como la comercialización de un sinnúmero de drogas. Aunque nunca me ha tocado vivirlo, las personas cercanas cuentan que en los andadores turísticos, en las calles del centro y en los diferentes mercados es común que jóvenes e incluso niños te aborden para ofrecerte todo un menú de drogas: marihuana, heroína, coca, piedra, ácidos, etc. De algún modo uno de los efectos negativos del alto flujo de turistas locales y extranjeros es un aumento en la demanda y por ende de la oferta del narcomenudeo².

En este punto, no puedo dejar de hablar del maridaje que existe entre las mafias locales y el poder político partidista, a través del cual se crean alianzas oscuras de reciprocidad. Particularmente, la anterior administración municipal (2015-2018) fue muy reconocida por crear importantes clientelas electorales y fuertes lealtades políticas que se mueven según los intereses de los poderes políticos y económicos. Este tipo de acuerdos buscan el mantenimiento del poder político a través de la creación de un poder paramilitar, también conocido como «grupos de choque». La operación de estos grupos consiste en hacer el trabajo sucio a contraprestación de legalizar ocupaciones de tierras, las cuales muchas veces están destinadas a la conservación ecológica, como es el caso de los bosques y los humedales de la cuenca. Una vez ocupadas, los gobernantes mantenidos por las clientelas dirigidas por grupos mafiosos, dotan toda la infraestructura de servicios.

Con o sin invasiones, la ciudad ha venido creciendo desordenadamente. Poco a poco se

² Al acercarme a este tema, entiendo que mi ingenuidad me ha impedido ver las realidades sombrías y truculentas que crea el turismo; de acuerdo con las investigaciones de la Asociación Civil Melel Xojobal (2012), los niños y niñas de la ciudad mágica no solo son usados para vender drogas, tras sus cajas para embolar zapatos y vender dulces también se esconde una constante instigación a la prostitución y a la pornografía infantil.

viene arrebatando su lugar a los otros seres de la ciudad. Árboles, aves, arañas, luciérnagas, popoyotes, lagartijas, ranas, sapos, serpientes, musarañas, tlacuaches, búhos y comadreas han sido expulsados. El espacio ha sido sujeto de una ocupación urbana, de una ocupación con ladrillos, cemento, acero y asfalto; todas las oleadas de migrantes hemos participado del rápido crecimiento de la mancha urbana que ha devenido en un importante encarecimiento en el mercado inmobiliario. Los «expulsados» de San Juan Chamula en los 70', las familias campesinas de Chamula, San Andrés Larraínzar, Zinacantán y Oxchuc que abandonaron sus tierras en la década de los 80', los indígenas de Chenalhó y Huixtán que ocuparon la zona del mercado Tielemans en la primera mitad de la década de los 90', y la importante llegada de mexicanos y extranjeros, posterior al levantamiento zapatista en 1994 (Zamora y Hernández, 2018). Desde la heterogeneidad todos hemos llegado a co-construir la multiplicidad de realidades que se observan, se respiran y se tocan, las realidades que se discuten, se sienten y se piensan en el Valle de Jovel.

Aunque se participe de la realidad siendo privilegiado o no, extranjero, indígena o coeto, y pese a que se trate de una ciudad pequeña, muchos seguimos siendo presas de la velocidad, del valor utilitario, y del deseo que nos empuja a necesitar, a consumir y a movilizar el engranaje del mercado. Devenimos en la inercia. Mientras tanto aquí en Chiapas, como en cualquier otro lugar del mundo, algunos seres son movidos por una pulsión hacia el éxito y la acumulación de capital; sin importar las consecuencias de sus acciones o que tanto comprometan la vida, estos seres están abocados al tener cada vez más. Es asombroso que en este y en muchos otros sentidos la ciudad encierre un ejemplo en pequeña escala, de lo que sucede a nivel global.

En la cara oculta de Jano también vemos que sin ningún tipo de límite o escrúpulo se van delineando las cartografías del deseo y la devastación. En San Cristóbal de Las Casas, desde hace un par de décadas la fealdad se ha apoderado del paisaje: las minas de arena en Salsipuedes que además de mutilar las montañas, han creado una nata de contaminación atmosférica visible en las madrugadas desde las partes altas de la ciudad; la profanación de las aguas del río Fogótico y el Amarillo que a su paso por la cuenca van siendo contaminadas con químicos, aguas negras, plásticos y llantas; el relleno de los humedales de Montaña María Eugenia; la contaminación de la *Kist*; la deforestación en la colonia Maya, en el Corazón de María, en Corral de piedra alto y bajo, en las montañas de la zona norte, en la reserva ecológica *Gertrude Duby*; la sobre-explotación de los manantiales, de los ojos de agua y de los mantos freáticos por concesiones de privados –

Femsa Coca-Cola–; la disminución de capacidad de recarga de agua en los suelos, a causa de la construcción de vialidades y casas; el túnel que lleva artificialmente el agua contaminada hacia las aguas del Río Grijalva, el mismo que surtirá las aguas para el riego de las hortalizas que viajarán de vuelta a San Cristóbal, las mismas que serán vendidas en los mercados, y luego consumidas en un fino y costoso plato de algún lindo restaurante. Vivimos en una alerta sanitaria que desea ocultarse descaradamente, a fin de no afectar los ingresos del turismo [ver gráficos 1 y 2].

Presos en la cotidianidad, como afirma la autora Deborah Bird Rose (2008, Citada por Escobar, 2013:33) vivimos atrapados en «un bucle de retroalimentación *–feedback loop–* de desconexión creciente. Nuestras conexiones con el mundo más allá del ser son cada vez menos evidentes para nosotros, y cada vez más difíciles de sostener y de experimentar como reales». La desconexión se experimenta cuando somos incapaces de «afectarnos», es decir, de ser tocados en la emoción por el sufrimiento del Otro que vive una situación de miseria, o por la montaña mutilada, el bosque arrasado, el agua que ha sido despojada de su lugar y de su estado de pureza.

Lo anterior no significa que el caminante urbano carezca de una estructura afectiva que le impida conectar con este tipo de realidades; de hecho la configuración y la reproducción del mundo capitalista no puede prescindir de un mundo afectivo que le dé sentido y soporte. Incluso este modo de relación social prefigura modelos afectivos e instituye formas de valorar, afectarse, percibir, estimar, soñar, desear y significar el mundo experiencial. No obstante, el problema que reside en el instaurar e imponer determinadas lógicas afectivas, es que el mundo deviene o se abre al sujeto de manera sesgada o selectiva. De ahí que sea nuestra tradición cultural y económica la que determine el espectro de mundo y de realidad a la que somos sensibles, que decida lo que somos capaces de ver y percibir como verdad hegemónica o como realidad autoevidente.

Irreductiblemente, nuestras racionalidades afectivas tienen una capacidad performativa que se expresa materialmente en el mundo de la vida; por ello las formas en que modificamos o intervenimos el paisaje son un claro reflejo de los afectos y el deseo que nos impulsan a relacionarnos de determinadas maneras con la exterioridad. Para nadie es un secreto que la actuación humana energizada por el orden afectivo y los deseos capitalistas, ha buscado dominar, explotar y controlar a los Otros, así como modificar el fluir del agua, el mar, los campos, las montañas, los bosques, los ríos, los ciclos biológicos, la complejidad de los ecosistemas y las formas naturales de reproducción de innumerables formas de vida.

GRÁFICO 1 – CARTOGRAFÍAS DE LA DEVASTACIÓN EN SAN CRISTÓBAL DE LAS CASAS



- | | | |
|--|--|--|
| ● Deforestación – Invasión reserva Cuxtitali | ● Uso irresponsable del agua – coca-cola | ● Deforestación – Inundación Col. Maya |
| ● Deforestación – Invasión zona norte | ● Alta contaminación - La Kist | ● Relleno Humedal de María Eugenia |
| ● Deforestación – Invasión zona norte | ● Deforestación – Invasión Corazón María | ● Minas de arena Salsipuedes |

Fuente: Imágenes de Google Earth – Elaboración propia

GRÁFICO 2 – CARTOGRAFÍAS DE LA DEVASTACIÓN EN SAN CRISTÓBAL DE LAS CASAS



1] Deforestación colonia Maya, 2] 3] Relleno Humedal de María Eugenia 4] 5] 6] Minas de arena Salsipuedes 7] La Kist 8] La coca-cola 9] Deforestación hacia el rumbo del Corazón de María o Peña María.

Fuente: imágenes de Google Earth – Elaboración propia

El orden de los afectos y de los deseos, se expresa en el acto de escribir sobre la tierra. Con nuestra pulsión a desear siempre más progreso, riquezas, lujos y comodidades dibujamos sobre la tierra los paisajes despoetizados del desarrollo. A nivel planetario las líneas geométricas del monocultivo –propio de una monocultura– irrumpen en las formas ondulantes y salvajes de la vida. La técnica a través de sus mecanismos de control logra romper con lo mágico y lo misterioso de la naturaleza. Reinventamos los espacios, trazamos desiertos de la devastación – como las zonas de minería a cielo abierto– y rompemos con las geometrías sagradas desde una perspectiva utilitaria, objetiva y economicista del mundo.

Heráclito acertadamente nos anunciaba que «la naturaleza gustaba de ocultarse». Sin embargo, el ser humano que ya no alcanza a percibir la sacralidad de la vida, ha desarrollado un impulso incontrolable por desocultar sus secretos –como el acto de extracción de petróleo no convencional o *gas shale*–. Todo indica que nuestro proyecto civilizatorio es el realizador de la utopía de Bacon, navegando por nuestra «Nueva Atlántida», vamos descifrando las leyes inherentes a la naturaleza a fin de colocarla a nuestro servicio. De este modo, el impacto de los seres humanos sobre la piel de la tierra, va creando nuevas cartografías perversas, que son establecidas de acuerdo al interés de los grandes capitales económicos.

De acuerdo con el geógrafo brasileiro Rogério Haesbaert (2011), el territorio entendido como espacio híbrido entre la sociedad –carácter simbólico– y la naturaleza –carácter material–, es una red de relaciones dinámicas que es determinada por las estructuras de poder –político, económico y cultural–. Por ello se entiende que las cartografías de la devastación sean dinámicas e impliquen en sí mismas un movimiento de reterritorialización, es decir, de una reconstrucción sobre otras bases simbólicas, incluyendo otros deseos, afectos, sentidos, percepciones, emociones y discursos, que derivan en una nueva producción del espacio. Los paisajes pintados desde el interés económico, son un reflejo de espacios desposeídos violentamente de su naturaleza.

En San Cristóbal de Las Casas presenciamos la instalación de las racionalidades desconectadas y dicotómicas de lo urbano. Las escenas de la ciudad evidencian cómo, poco a poco, se ha colonizado la esfera íntima de las sensibilidades y se han desanclado los afectos que antes amalgamaban las relaciones entre individuos y naturaleza, mientras se desplazan los afectos hacia las aspiraciones burguesas, las voliciones yoistas y el goce por las mercancías. Se trata de un sistema de «valoraciones fácticas» y de «preferencias de valor» que conforman el *ethos*,

entendido como aquello que Scheler (2003) denomina el *ordo amoris* –el orden del amor– de los sujetos sociales.

Hasta cierto punto, pareciera que el orden del amor de algunos habitantes de San Cristóbal de Las Casas, no es muy distinto al orden que predomina en muchas otras latitudes, donde las lógicas del deseo prefiguran un mundo en el que prevalece un sistema de jerarquías valorativas, que posiciona el valor del dinero como el principal mediador en la percepción y apropiación de la realidad³. Por ejemplo, el transformar los usos del suelo, rellenar los humedales y devastar los cerros para ganar rentas –o para prometer terrenos a cambio de clientelas políticas–, por medio de la comercialización de una tierra que cada vez es más escasa en el Valle de Jovel, es una actuación que simboliza un movimiento del corazón que implica una ruptura afectiva con la tierra desacralizada. La tierra sin la inclinación al cuidado y a la protección afectiva por parte de los seres humanos ha quedado a la merced de los intereses económicos.

Por su parte, a los actores intelectuales y a los perpetradores de los ecocidios en el territorio sancristobalence poco les interesa el desequilibrio y la desestabilización que generan sus decisiones en el sistema de cuencas. Incluso no tendrían como sentirse afectados al destruir un sitio RAMSAR⁴, jamás conectarían con el dolor de ver una montaña mutilada y estarían lejos de afectarse por talar un bosque y socavar el bienestar de sus vecinos. Lo cierto es que nada de eso tiene importancia bajo un orden de los afectos que privilegia el éxito y la propia ganancia en términos de poder político y/o económico. De hecho, si aceptamos que “quien posee el *ordo amoris* de una persona, tiene a la persona” (Scheler, 2003:65), podremos deducir que es el actual sistema-mundo capitalista –y su orden del amor– el que impone las escalas valorativas y fiscaliza la coloración de nuestras percepciones, afectos, sentidos, aspiraciones, apreciaciones, pasiones y deseos; en suma, son los poderes del mercado quienes direccionan nuestros actos y nuestras capacidades de amor y de odio.

Cabe agregar que la monocultura hegemónica que configura los tejidos terrestres se basa en la afectividad de un sujeto individualista que cree ciegamente en su mismidad. En palabras de Norbert Elías el sujeto vive y respira:

³ Para el filósofo alemán Max Scheler (2003), el conocimiento de la escala jerárquica y normativa de las cosas del mundo, que se da “en función del valor interno” que les corresponde, constituye el “problema central de toda ética”. En este orden de ideas, el orden de una sociedad basado en la sobrevaloración del dinero, antes de ser un problema político debe ser considerado un problema de corte ético.

⁴ Los humedales de María Eugenia fueron declarados sitios RAMSAR, es decir, áreas de conservación adscritas a la Convención Relativa a los Humedales de Importancia Internacional. Al ser humedales de montaña, son considerados como un ecosistema muy especial de conservación ecológica.

[...] como si su «mismidad» existiese de alguna manera en su propia «interioridad» y como si en esa «interioridad» estuviese como separada por una muralla invisible de todo lo que queda «fuera», del denominado «mundo exterior». Esta experiencia de sí mismo como una especie de cáscara cerrada; como homo clausus, aparece a las personas que la tienen como inmediatamente evidente. No se pueden concebir que haya individuos que no perciban de esta manera a sí mismos y al mundo en el que viven. No se cuestionan qué es lo que constituye en ellos propiamente la cáscara delimitadora y lo que se encierra en ella. ¿Es la piel la pared del recipiente que contiene el propio yo? ¿Es el cráneo, es la caja torácica? ¿Dónde está y qué es la muralla que supuestamente separa una interioridad humana de lo que se sitúa fuera, dónde está y qué es lo que se encierra? (Elías, 2008:141).

En medio de la ficción de este ser humano separado, nuestra capacidad empática ha quedado neutralizada y anestesiada, es decir, que nuestra capacidad de afectarnos y el acto mismo de ser tocados en la emoción por el «otro» han quedado anulados para así aceptar y dar vía libre a los escenarios de violencia y de devastación que en el presente marcan la realidad de los seres sociales y ambientales. El que no nos duela la realidad de los «otros», y el que no nos interese acudir al llamado o al grito del «otro», nos habla de un plan cultural que ha configurado de manera exitosa los rieles afectivos por los cuales transitan nuestras sociedades. Como lo he venido argumentando, y de acuerdo con Castro-Gómez (2000), en el actual sistema-mundo los dispositivos de poder operan eficazmente a través del deseo, de la energía libidinal y de la seducción irresistible que genera el mercado.

Lo profundamente preocupante es que aunque «todos» sabemos o tenemos nociones de la destrucción que genera nuestro sistema económico y cultural, queremos continuar viviendo de forma capitalista porque al final no estamos dispuestos a renunciar al «goce» que esta vida nos ofrece; optamos por continuar caminando en bucles que nos desconectan del abuso, la explotación y el sufrimiento del «otro» humano o no humano, con tal de asegurar el «disfrute» o «el deseo de algún día disfrutar» todas las comodidades y los lujos que vende el sistema (Castro-Gómez, 2015).

Sin embargo, en medio de tanta oscuridad y desesperanza también valdría la pena tomar en serio las palabras de Michel De Certeau (1999) cuando asegura: «siempre es bueno recordar que a la gente no debe juzgársele idiota». No todas las personas pueden describirse como seres conformistas, maleables y movidos de forma permanente por el «goce» de las mercancías. Particularmente cuando vives en la atmósfera urbana de una ciudad como San Cristóbal de Las

Casas no es posible ocultar, ni ignorar las «fugas», los «intersticios» que se abren en las rendijas del sistema. Incluso sientes que, de un modo u otro, se pone en entredicho la creencia de que «todos» vivimos sujetos, dominados, presos del «deseo» que se satisface a través del mercado. En la misma ciudad hay una diversidad y densidad de experiencias que desde otras lógicas intentan caminar a contra corriente. Creo que es allí, en el espacio de las alternativas que se construyen por la gente «común y corriente», donde reside la esperanza de cambio.

Justamente, lo que abonó el camino del presente trabajo, fue la intención de aprender sobre la configuración de los afectos que potencian y direccionan las fugas, que participan en la edificación de las alternativas a la devastación en SCLC. Desde mi propio acercamiento sensible, necesité de «tres momentos» que me permitieron vislumbrar la posible lógica afectiva que interviene en la aparición y en el proceso de consolidación de este fenómeno. En un «primer momento» hice una aproximación a las cartografías de la esperanza, planteé la pertinencia e importancia de trazar una ruta de abordaje metodoestésica y presenté a mis interlocutores como una polifonía del intersticio. En el «segundo momento», el texto –que ya iba cobrando vida– me pidió detenerme para sumergirme en la profundidad del universo afectivo; sin duda, entender la complejidad que implica hablar de lo afectivo, era una condición *sine qua non* para conectar con la fuga. Por su parte, en el tercer momento me sentí haciendo un tejido de *patchwork*, me emocioné, reí e incluso lloré al escuchar una vez más los relatos de los seres intersticiales; en el trabajo de escritura, intenté seguir el orden narrativo de la polifonía, la cual develaba algunas pistas para comprender los afectos que detonan y motivan el tránsito en el «intersticio». Finalmente, sentí que para concluir era necesario hacer un despliegue sobre cómo la capacidad de obrar desde el amor y la ontología del interser, se transforma en un elemento movilizador de una ética afectiva que conecta y dota de sentido a las fugas rizomáticas.

Primer momento
Las cartografías de la esperanza

PRIMER MOMENTO
LAS CARTOGRAFÍAS DE LA ESPERANZA

“Estamos hartos del problema, me cuesta hablar de él,
me es más fácil hablar de las soluciones”
(Entrevista Jesús, 2018)

El «espacio intersticial» es la dimensión «entre» o «en medio de». En este lugar de «intermedio» y de «intervalo», se ejerce el derecho al sueño, a la exploración de alternativas y a la posibilidad de emprender un tránsito hacia otras formas de vida. Sospecho que fue allí, en esa «grieta», donde se juntó un grupo de chicas para preguntarse cómo hacer una vida más justa, cómo abrirse hacia una relación social que permitiera el acceso a mercancías y saberes, a través de un intercambio en el que no mediara el dinero, un espacio en el que las cosas que se creían sin valor, recobraran su poder y su utilidad. Un par de zapatos y una camisa por una clase de tzeltal. Lecturas de tarot a cambio de pasteles. Pasteles por sets de pastelería. Tres ejemplos simples en una variedad de intercambios que hoy consiguieron replicarse en otros territorios y tener vida propia.

Estas mujeres sostienen inquietudes similares a otros chicos que ponen en juego su creatividad para idear y construir máquinas que no requieren de las fuentes energéticas tradicionales. Algo que les es común es que su «deseo» está lanzado a desacelerar el tiempo, a ampliar el presente, a vivir con la posibilidad de dar y recibir la presencia del Otro de forma amplia y ensanchada. Se trata de una reivindicación frente a la vivencia de un tiempo que te permite frenar, soltar, amar, respirar, compartir, explorar la autosuficiencia, la capacidad creativa que te saca de la dependencia y te potencia a construir tu propio hogar con técnicas de bioconstrucción, un baño seco o una huerta. Parecieran románticas estas afirmaciones, pero es fácil que esa sensación se desvanezca al recordar la inminencia del colapso energético, del agotamiento de las fuentes de energía fósil. En diferentes sentidos, más allá de una intención personal, esto se asemeja más a un movimiento de transición colectivo que es forzado y empujado por la crisis socio-ambiental que vivimos.

Parar. Detenerse. Arriesgarse. Asumirse como ser de «intervalo», como un ser en «tránsito», dispuesto a respetar, proteger y defender los seres naturales que han sobrevivido a la devastación. La restauración de los manantiales, las aguas subterráneas, los humedales, las montañas y los bosques, es una responsabilidad que asume el ser humano ordinario al que se refiere De Certeau

(1999), el sujeto común y corriente que «se hace cargo» es un ser «ético», un ser con «determinación», «activo» y «volitivo» que idea cotidianamente «prácticas» y «usos» para escapar de lo dominante. Se trata de estrategias de contra-poder que funcionan como «líneas de fuga» frente a lo instituido y lo hegemónico.

Esta lógica que suele ser llamada por algunos como «las alternativas», para otros encierra la idea de la «ruta del posdesarrollo», los «intersticios», las «grietas del capital» o las «fisuras» que se arman en el sistema y que amplían el margen de acción. Creería que dicho camino aún no termina de nombrarse por que refiere un proceso, un movimiento en continua creación y transformación. De cualquier modo se trataría de metáforas que hacen alusión a trazos o senderos que parecen «fugarse», escaparse, desmarcarse de las «líneas impuestas», también llamadas por Guattari (2013:56) «líneas de segmentación dura» que a través de sus dispositivos sofisticados de control, buscan reproducir las estructuras, los valores y las leyes que se asumen como «normales» en los territorios.

Como si se fuese una táctica de guerra, la «línea de fuga» no llega a confrontar, a oponerse, o a cuestionar de forma directa al orden establecido. De hecho es una fuerza y una potencia afirmativa que sin previo aviso crea otros sentidos, se escabulle y emprende un camino discreto de transformación. En sus etapas iniciales, esta tiende a devenir como un pequeño, invisible e indefenso «riachuelo» que pasa desapercibido mientras se dirige hacia lo desconocido (Deleuze & Guattari, 2004). Ignorando el nivel de éxito o fracaso que le aguarda en el futuro, la «línea» escapa de las fuerzas que se empeñan en mantener el estado de las cosas, conteniendo, dominando, cooptando, disciplinando, recodificando y haciendo propio todo aquello que se presenta por fuera de los límites. Sin embargo, como afirma Guattari (2013:56) detrás del sistema se mantiene la efervescencia de nuevos agenciamientos, «líneas de fuga imprevisibles que amenazan desde adentro» con su creatividad innovadora. Más allá de lo político, la apuesta más profunda de esta huida, es confeccionar «líneas de fuga de deseo» movidas por la potencia de querer salir de los mundos afectivos que se han creado y que vienen generando tanto sufrimiento en amplios sectores humanos y no humanos. En el fondo, la aspiración apunta a desenergizar la producción del «deseo» que nos empuja continuamente a reproducir los modos capitalistas de existencia, que hoy nos tienen *ad portas* de la debacle ambiental y civilizatoria.

La ciudad pasa a ser la superficie urbana sobre la cual se dibujan, tejen y trazan diversas «líneas de fuga» que se direccionan hacia diferentes frentes: el económico, el bienestar físico o la

salud, la espiritualidad, las biotecnias, la bioconstrucción, la alimentación, la educación y la defensa de los seres naturales. Esta taxonomía provisional de líneas, rutas o senderos crea una maraña interconectada de relaciones y de encuentros: cuerpos entre cuerpos que se alimentan, energizan y fortalecen por ese trasegar en el «espacio intersticial». Los seres se entrecruzan en la cotidianidad. Así, quien trabaja en la bioconstrucción no dudará en acompañar una campaña de reforestación en Cuxtitali; o quien deviene en el rumbo espiritual fácilmente estará volcado a querer un baño seco o un biodigestor, y a no participar del proceso de contaminación del río. Parfraseando a Tim Ingold (2007), la senda de cada una de estas personas se cruza con la senda de otras que se han abierto un rumbo semejante. De modo que si a cada senda la representamos con una línea pintada de un color distinto –verde, amarillo, morado, o azul–, y si a cada línea la vamos encontrando con otra y otra, la imagen va tomando la apariencia de un nudo, una malla compuesta por la suma de todas las sendas.



El deambular de estas personas sobre la ciudad hace que sus caminos se enmarañen por completo. Más allá de la idea de un adentro y un afuera las «líneas de fuga», entrelazadas y anudadas, se abren camino, potencian su crecimiento y se extienden sin límites sobre cada grieta o fisura (Ingold, 2007). Es así como el «lugar urbano» aparece como una «zona de enmarañamientos» sin límites ni fronteras; las líneas del agua, el fuego, el aire, el perro, el colibrí, la abeja y las plantas del huerto se entrelazan con las sendas humanas.

En esta zona de encuentros conviven las líneas de vida impuestas con las líneas de vida que quieren escapar, es por eso que el permacultor que persigue la autosuficiencia, entreteje su cotidianidad con la cotidianidad de la persona que le vende papel higiénico en el supermercado, o con la persona que llena de combustible su auto. La línea que desea fugarse, no puede prescindir del encuentro permanente con todas aquellas cadenas de líneas que dinamizan los entramados de vida hegemónicos. Aunque las «líneas conservadoras» del espacio hegemónico y las «líneas creadoras» del espacio intersticial se encuentren en oposición simple y difieran en su naturaleza, lo cierto es que no alcanzan a ser totalmente coherentes o puras, inevitablemente

tienden a entrecruzarse, traslaparse, confundirse y combinarse; las «líneas» se comunican, intercambian, negocian, se trasladan, se otorgan pases libres: algunas veces se transita del intersticio a lo hegemónico, y otras de lo hegemónico al intersticio. El intersticio coexiste con su superficie. Al final todos, con o sin amor, escribimos, dibujamos, e hilamos sobre la misma tierra que somos.

Ahora bien, las líneas de fuga en las tramas de los centros urbanos pueden comprenderse como tramas de vida, que no están dispuestas al azar, de manera caótica o desordenada, tampoco guardan un orden lineal, fijo o uniforme. Por el contrario, dicha expresión de la vida, como cualquier otra implicaría una organización densa que tiende a seguir patrones con cierta regularidad, proporcionalidad y belleza. Esta reflexión nos acerca a la «imagen del rizoma», en la cual la configuración de las líneas no sigue un orden jerárquico, no hay puntos, centros o nodos. De hecho Deleuze & Guattari (2004:14) nos dirán que «en un rizoma solo hay líneas», líneas heterogéneas, descentradas, interconectadas y sobrepuestas que posibilitan la aparición de «líneas en fuga», es decir, de vectores en tensión, desterritorializados, que para el caso concreto de San Cristóbal de Las Casas –así como en muchos otros lugares– son líneas que exploran formas y haceres para escapar de la sentencia de muerte que encierra esta etapa voraz del sistema capitalista.

En la urdimbre urbana del Valle de Jovel, la capacidad de fuga se contagia, se conjuga, se enseña, se rizomatiza y libera la potencialidad de fuga en otras líneas. La fuga en el espacio intersticial implica un proceso de reterritorialización a partir de otra forma de reconocimiento y de relación con el Otro humano o con los Otros seres naturales que dejan de aparecer como cosas u objetos útiles, prestadores de servicios. Como las raíces de los árboles que pueden extenderse, conectarse y transmitirse nutrientes bajo el suelo, las «líneas en fuga» van creciendo, retroalimentándose y expandiéndose por medio de una interconectividad que es lingüística, perceptual, racional y afectiva.

Una característica muy importante que percibo en estos procesos de multiplicidad rizomática, es el interés común por sustituir el valor económico, por el ético (Illich, 1978). Esta diferencia fundamental, abre el cuestionamiento sobre aquello que está de fondo potenciando estos procesos. ¿Habrán en ellos lógicas afectivas distintas? ¿Será acaso que surgen de los mismos marcos de sentido que alimentan el sistema capitalista y su proyecto desarrollista? O por el contrario ¿existe una línea de fuga afectiva creadora de otros órdenes de sentido, del amor y de la ética? ¿Operan bajo otros esquemas afectivos que escapan del deseo y goce que reproduce el

modelo económico y cultural dominante? ¿Las líneas de fuga en el espacio intersticial están recuperando la potencia de obrar secuestrada en el sistema de necesidades creadas por el desarrollo? Creo que valdría la pena preguntarse si los mapas de fuga responden a un movimiento del corazón, a un movimiento afectivo que escapa de los rieles afectivos¹ impuestos culturalmente, es decir, de los patrones afectivos por los que se transita cotidianamente.

Lo que quiero proponer en este trabajo es que el tránsito de las «cartografías de la devastación y del deseo», a las «cartografías de la esperanza», que ya vienen trazándose en los espacios y las grietas en San Cristóbal de Las Casas, está impulsado por otras formas de afectividad, las cuales funcionan como una especie de «mielina» que moviliza y transmite información a lo largo de la telaraña, potenciando el intercambio y la multiplicación del rizoma.

UN CAMINO METODOESTÉSICO

Cuanto más olvidado de sí mismo está el que escucha,
tanto más profundamente se impregna su memoria de lo oído.
Walter Benjamin

En medio de la oscuridad, llena de preguntas que rodeaban la realidad caótica del intersticio; pasmada ante la naturaleza incommensurable de los afectos humanos, me mantuvo en pie de lucha una insistencia, una necesidad que me empujó a querer abrirme a ellos: verlos, escucharlos, escudriñarlos y comprenderlos. Pero ¿cómo llegar a conectarse con el universo afectivo? ¿Cómo conocer la potencia y la motivación de un ser humano a la hora de realizar una acción? ¿Cómo podría saber que mi mirada no estaba prefigurando, sobre-entendiendo o sobre-estimando una realidad tan jabonosa? En principio, comprendí que de ninguna manera podía atrapar, esquematizar u objetivar los «afectos», pues ellos emergen de las vivencias específicas de cada persona. Asimismo, advertí que solo era posible entrar al mundo afectivo desde la propia sensibilidad del cuerpo, es decir, desde mi propia afectividad. El único camino posible era

¹ Dichos rieles no son tan conscientes ni tan claros, y aunque no operan voluntariamente “afectan el foco de atención: determinan a que se le presta y a que no se le presta atención. Tienen una función selectiva de la atención [...] y tiene un efecto en el estado afectivo, y por tanto en la memoria” (Ciompi, 2007:4).

asumirme implicada, y, a partir de la comprensión de mi mismo habitar en San Cristóbal de Las Casas, reconocer mi sentir en el encuentro con distintos cuerpos como una «aprendiz» ávida de escuchar las historias de quienes han decidido fugarse: de aquellas líneas que escapan tanto del deseo como de los paisajes de la devastación, mientras buscan tejer senderos de esperanza.

Para emprender esta tarea elegí la «método-estesis»² que a diferencia la «método-logía» –el camino del logos–, es un «camino del sentir» (Noguera, 2018). Esta manera de investigación parte de la estesis o «*aisthesis*», entendida como la intensidad de las percepciones de los sentidos, lo cual implica incluir mi propia participación como ser sensible, sintiente y afectante en la experiencia del «dialogar». En este caminar hubo una renuncia a investigar al Otro, como cuando un sujeto cognoscente estudia a un objeto cognoscible. En su lugar la intención estuvo volcada a tener una apertura de mi propia experiencia, a sumergirme en un diálogo, y un aprendizaje conjunto.

Como las nubes que discurren en el cielo, a veces sentí que caminaba por un espacio cerrado, nublado, difuminado. Sin embargo, en otros lapsos, mi propio andar me fue mostrando regularidades, ritmos, formas y ordenaciones que antes solo llegué a sospechar. Las coincidencias en las tonalidades y las coloraciones de los afectos, me condujeron a pensar que estos podrían llegar a ser accesibles hasta cierto punto en el «relato», en la medida en que ellos operan bajo una lógica y un ordenamiento que da sentido a las valoraciones, estimaciones y significados que se despliegan en un actuar determinado; además de responder a normativas y directrices que desbordan lo individual, y por tanto son social y culturalmente compartidas.

Partí del supuesto metodoestésico de que estas formas afectivas, así como la potencia en la capacidad de obrar y el orden del amor, constituían el hilo que me permitiría comprender una diversidad de experiencias en un mismo horizonte experiencial: el horizonte del «espacio intersticial» donde se comparten ciertos valores y sentidos sobre el mundo. En el trabajo investigativo fui entendiendo que si bien podía preguntarme por los «afectos» potenciadores de la acción, ello no significaba que pudiera conocerlos directamente. Solo iba a tener acceso al Otro y a la intimidad de su «universo afectivo» a partir del «relato» que cada interlocutor construía de sí mismo.

Entendí mi participación activa en la forma en que se cuenta y se registra el «relato». Poco a poco, con un par de preguntas, y sobretudo a través de la escucha fue apareciendo la narración

² El griego *aisthesis* se relaciona con el percibir, el sentir, la sensación que es contraria a la anestesia.

de una historia, renovada y moldeada desde el propio horizonte temporal. Según Ricoeur (1999) se trata de un «acto creativo» sobre un pasado que se significa, cuando los mismos actores se preguntan, interrogan, cuestionan y hacen hablar a sus propias huellas. En estos encuentros, presencié cómo los interlocutores se transformaron en viajeros del tiempo abriéndose hacia su pasado. Durante el proceso dialógico se realizó una arqueología desde el presente, restaurando lo olvidado a través de la rememoración de su propia vivencia y de la exploración de su más profunda intimidad.

Como lo señala Ricoeur (1999), el acceso al pasado no es directo, sino que ocurre a través de la mediación de la narración. Más aún, la experiencia sensible del pasado es inaccesible, si no lo es a partir del relato en donde puede acontecer la fusión de horizontes temporales, retrotraer el presente del pasado de la afección, y cómo se recuerda esa sensibilidad. Así fue posible articular y clarificar la experiencia temporal: tiempos dispares, personajes y sucesos, así como la creación de una unidad de sentido que dio coherencia a lo vivido desde una trama narrativa que acontece en el presente. Mediante la narración los interlocutores dieron un sentido a la historia, a partir del cual fueron revelando los afectos que operan en el recuerdo de lo que se cuenta como vivido.

Mi participación como ser afectivo y afectante se dio en dos direcciones. Por un lado, por mi intervención como dialogante fue posible que el relato apareciera. Las personas infrecuentemente tienen claras sus motivaciones, sus sentires y afecciones. Es necesario que exista un dispositivo dialógico para descubrir, comprender e interpretar los afectos que estuvieron en el trasfondo de cada experiencia. Por medio de la narración y de lo que el interlocutor cuenta que fue su vivencia, pudo irse delineando la potencia, aquello que impulsó la acción, lo que la hizo posible. Sin embargo, los afectos tan etéreos como son, aparecen diluidos, no están claros en el relato. En esta dificultad reside la segunda parte de mi participación: la lectura entre líneas mediante una hermenéutica conjunta, la cual emerge, inicialmente, en el momento del encuentro. Lo que termina ocurriendo en el diálogo es un cuestionamiento, pues ellos mismos terminan preguntándole a su pasado cómo lo sintieron, y cómo se vieron interpelados, afectados, y tocados en su emoción.

El diálogo después se convierte en texto. En la lectura de la transcripción se da una segunda hermenéutica de los relatos. En ese segundo momento puedo abrirme al mundo de su experiencia sensible gracias a su capacidad narrativa. Aquí es cuando se coliga, se articulan fragmentos, se hace hablar al texto, se le interroga por el orden afectivo, por su lógica, y el *conatus*

que se esconde en la «potencia afectiva» y la «ética» que emerge de él; justamente, en esta labor se consideró la pertinencia de traer a cuenta el «carácter ético» que subyace de la «acción narrativa», del relato que el Otro configura sobre sí mismo (Ricoeur, 1996). En ese sentido se buscó rastrear la huella ética que ha dejado su marca en el relato junto a lo afectivo. La descripción acá se hace estética, *aesthesis*. Se conjuga el sentir con la propia apuesta estética, mi sensibilidad, la creatividad e imaginación para hilar los sentires y la memoria histórica personal en una narración en la que participo como narradora. Los senderos de las líneas se vuelven a entrecruzar. Se enmarañan una vez más en el texto. Trece voces se hacen polifonía, se trazan en mapas rizomáticos.

TRAS LAS VOCES DE LA POLIFONÍA

La «polifonía» proveniente del griego «*poli*» que significa «muchos», y de «*phonos*» que refiere «sonidos» o «melodías». El magnetismo de la palabra «polifonía» se explica por su capacidad de evocar una simultaneidad de sonidos diferentes que en su encuentro forman una armonía. Justamente las voces de los «seres en fuga» las he querido entender como un entramado polifónico, donde cada voz desde su diversidad va aportando y nutriendo a las posibilidades del intersticio. En este apartado quise hacer un breve recorrido por cada una de las voces que dieron vida a este trabajo, a fin de reconocerlas y redescubrirlas. Vale la pena aclarar que, pese a no hacer alusión a la voz de los lectores y asesores de este escrito, las he considerado como parte de la «polifonía» al igual que mi propia voz.

[a] La voz de «Juancho» fue una de las primeras que escuché. Comprendí que aunque parte de su vida la ha dedicado al estudio y la enseñanza de la antropología, hoy su corazón está puesto en el sueño de la autosuficiencia y en la posibilidad de emprender un proyecto familiar inspirado en la permacultura. Me cuenta que hacia el 2003 él comenzó a impartir un seminario de licenciatura sobre el tema de «ecología y cultura». Justamente esa experiencia fue una puerta para conectarse con la crítica a la sociedad moderna y a lo que él llama sus prácticas autodestructivas. Sin embargo, al poco tiempo descubrió que la crítica no era suficiente, por eso vio la necesidad de sensibilizarse y aprender sobre las alternativas que existían frente a esa cultura dominante.

En la misma época, se vinculó como voluntario en una escuela de crianza alternativa en San Cristóbal de Las Casas –SCLC–, a fin de realizar el trabajo de campo de su tesis doctoral; y

como las mejores citas que nunca se agendan, Juancho se encontró allí con un proyecto permacultural y quedó fascinado. Lo curioso es que pese a su interés por aprender de los principios de la permacultura él no se reconoce como permacultor, y me dice: «cuando me preguntas si soy permacultor, pues siento que no me quiero definir, porque incluso me ha llamado la atención que la permacultura a veces es muy elitista, los cursos y todo eso llegan a ser muy costosos» (Juancho, SCLC, 27/08/18). Siento que aquí lo importante es ver que, desde un inicio, él está dando la pauta para reconocer las contradicciones que son inherentes a las alternativas que nacen en el seno del mismo sistema capitalista. Aun así, al verlo sumergirse en su historia, me queda claro que nada de eso impide su admiración por la sabiduría que él encuentra en este tipo de conocimiento.

[b] «Jesús» es un ingeniero bioquímico que creció en Ciudad Nezahualcoyotl –estado de México–. Una de las primeras cosas que recuerda, es que de pequeño le tocó vivir durante muchos años el problema de la escasez de agua en esa zona. Mientras lo escucho, él gira su mirada hacia la izquierda pero en realidad no ve los bambúes que están allí, lo que ve es a su cuñada y a sus sobrinos haciendo fila para conseguir agua en una pipa. Con su relato recrea la escena de los impresionantes pleitos de las mujeres por el agua. Al llegar la pipa la gente corría a llenar sus recipientes, pero era tanta la pelea que se desperdiciaba cerca del cuarenta por ciento del agua, la otra se salvaba y quedaba en las cubetas. Le quedó el sabor de lo complicado que fue, y se extraña de tener que volver a vivirlo justo aquí, en una región de México donde siempre abundó el agua. En su vida profesional se involucró cada vez más con los asuntos del agua. De hecho hoy vuelve su mirada atrás, a la época en que era profesor de ingeniería química: «yo les decía a mis alumnos, al lugar que ustedes se vayan, lo primero que tienen que ver del lugar a donde se van a ir es que tenga agua, porque el agua va a ser un problema. Yo ya veía el problema del agua desde entonces y bueno pues no me equivoqué, ahí va el problema» (Entrevista Jesús, 2018). Por lo anterior, su participación ciudadana en los temas relacionados con las alternativas para la defensa, el cuidado y el respeto del agua es ampliamente reconocida en diversos espacios y movimientos ciudadanos. Además de esto, desde hace veinte años que llegó a vivir a SCLC, ha impulsado la organización barrial, la capacitación ciudadana en temas sensibles para los procesos de defensa del territorio, además de liderar varios proyectos para mejorar las condiciones de vida en algunas colonias en la ciudad.

[c] «Rubén» estudió ingeniería industrial en la Universidad Autónoma Metropolitana, desde el comienzo él sabía que no se dedicaría a la ingeniería, por ello se asoció con algunos amigos para abrir una empresa de diseño. Uno de los trabajos que realizaron para una constructora fue un proyecto de tipo ecológico, por ello se asesoraron de un reconocido ecologista mexicano. «Rubén» procedía de un contexto muy urbano, incluso al pensar en sus antecedentes familiares, no lograba ubicar fácilmente el contacto con la tierra. Por tal motivo este trabajo fue lo primero que lo movió a aproximarse al tema ecológico. Viajó a Michoacán y allí conoció la casa de esta figura del ambientalismo. Casi logré imaginar el lugar con su descripción: «había cultivos, había composta, había cosas que, en la década de los noventas, al menos en mi contexto, no era algo común, ahí me recomendó un libro que se llama *Lo pequeño es hermoso* de Friedrich Schumacher» (Entrevista Rubén, 2018). Pasaron muchos años y sucesos antes de que él se reencontrara con ese libro.

La crisis económica de 1994 en México, llevó a la quiebra a muchas empresas incluyendo la de ellos que eran pequeños empresarios. Para él ese fue el punto de inflexión en su vida: «me saqué la corbata, vendí todo y me fui a España a la aventura [...] fue allá donde volví a encontrar el libro de Schumacher, lo leí y empecé a buscar, sentí que eso era algo que realmente me movía». Aunque «Rubén» encontró muy poca información sobre la permacultura, pudo conectarse con algunos cursos que impartían personas de Australia –la cuna de la permacultura–.

Ahí cambio toda la perspectiva de mi futuro, como que encontré lo que estaba buscando, como que todo me hizo sentido [...] la permacultura me hizo regresar a México y me hizo pensar en no volver a una ciudad grande y a tratar de ligarme más a la tierra. [...] Me llamaba la atención SCLC porque tengo una tía acá. De la mano de ella redescubrí la historia de Chiapas, sentí que vine acá a cerrar el ciclo, vine aquí a entender que fue lo que acabo expulsándome de una vida, de una manera de vivir, y de una visión del mundo. Seguramente eso tú también lo entiendes muy bien, salirte de tu país te hace verlo con otros ojos, te hace entender otras cosas, uno se sale de su vida no solo de su país, y yo me salí de empresario a empezar a trabajar en la construcción. Es otro panorama y salirte de tu vida te permite entenderla y ver que fue lo que pasó, así me di cuenta de eso que había pasado. Entonces me interesé más en algunos modelos, en algunas críticas al desarrollo que hace el zapatismo, pues me hacen mucho sentido, aunque no esté completamente de acuerdo con todo, su apuesta y su coherencia a la hora de vivirlo me hacen mucho sentido. Eso también me hizo buscar por aquí, quedarme por aquí, ver que también había mucha más gente que está buscando otras cosas (Entrevista Rubén, 2018).

Desde entonces «Rubén» ha sido un aprendiz de la permacultura, ha trabajado en varias comunidades rurales de Chiapas, colaborando con el diseño y la construcción de «estufas ahorradoras», también ha emprendido un viaje relacionado con el aprendizaje y la enseñanza de la bio-construcción, y junto a otras familias, han conformado una comunidad intencional con la que trabajan en la formación de una ecoaldea.

[d] Por varios años «Felipe» fue docente de la Universidad de Santiago de Chile, él mismo se recuerda como una persona totalmente volcada a su lado intelectual, de hecho cuenta que: «la única manera que encontraba para interactuar con el mundo, con mis inquietudes, con las de otro, las políticas, las sociales y las ambientales era desde la razón, es un poco lo que vivimos en toda la sociedad» (Entrevista Felipe, 2018). En esa carrera de ir buscando verdades sobre la vida desde la razón intelectual, él se fue especializando cada vez más. Saltó de una ingeniería a otra, luego pasó a la maestría y al doctorado. Sin embargo, tenía claro que más allá de perfilar una carrera profesional, sobre todo, se sentía hambriento de aprender y de entender. Durante el doctorado vivió una crisis profunda y se enfrentó con la verdad de que siempre había sido infeliz. De una forma muy sentida rememora que el dolor, la desesperación y la angustia permanecieron con él. Psicólogos, psiquiatras, antidepresivos, nada era suficiente, la depresión iba cada vez más hondo. Un dato realmente curioso, es que cuando él llegaba con el terapeuta solía encontrarse con «toda la banda, todos dañados, traumatizados por la academia, es chistoso pero es verdad, es terrible, mucha gente vivía tomando antidepresivos». Al parecer esa tristeza era común en estas personas, que «permanecían muy al borde del extremo de su vida» y así estudiaban el doctorado de economía en La Universidad de Chicago. Por fortuna las cosas cambiaron cuando «con mucha fuerza interior», se dijo a sí mismo que no quería continuar en ese sufrimiento:

y ahí por primera vez me tocó el espíritu, y dije no mames esto está mucho más chingón que la razón intelectual, es como otra manera de tocar la verdad que nunca me hubiese imaginado que existiera, y como que todo cobró sentido. Me dije: ¡ah! esto es lo que está haciendo toda esta gente que se dedica a la espiritualidad, yo quiero hacer lo mismo, pero con toda mi alma, entonces ahí empezó todo (Entrevista Felipe, 2018).

Hoy en día «Felipe» hace parte de una familia espiritual con la que sigue la ruta de la tradición Lakota, constantemente se reúnen y realizan ceremonias de temazcales. También es importante reconocer que este sendero lo ha llevado a él, junto con su esposa y sus niños a una vida austera.

Recientemente terminaron su casa con bioconstrucción y biotecnias. Cosechan agua pluvial, tienen baño seco y una vida de bajo consumo energético, usan tecnologías con paneles solares, son muy sencillas y les sirven para recargar algunos de sus aparatos electrónicos, además de conseguir algo de luz para las noches. Asimismo «Felipe» enfoca parte de su tiempo a realizar talleres sobre «economía sagrada», donde junta dos conceptos que aparentemente podrían no tener relación.

[e] «Juan» vive en el barrio Cuxtitali, un barrio tradicional del centro de la ciudad. Llegué a su casa un día cayendo la tarde. Al entrar hago un recorrido subiendo unas escalinatas de llantas. Paso por un taller con un par de bicimáquinas. Veo un baño seco y finalmente entro a la casa hecha con técnicas de bioconstrucción. Saludo a su pareja y a lo lejos escucho a sus hijos. Luego ya iniciando nuestra conversación, me cuenta que años atrás, cuando él tenía 6 o 7 años su papá lo llevaba con sus amigos, quienes ya tenían biodigestores y fogones ecológicos. Para la época eran lugares poco comunes. Su papá frecuentaba esos espacios no convencionales porque él «siempre ha sido un locazo, tuvo abejas, borregos. Desde chicos supimos qué era tener una autonomía en casa». Ante la influencia que tuvo de su familia «Juan» reflexiona y reconoce que:

yo hice un paréntesis en mi vida, como que es normal, eres niño y tal vez te tocó una familia militar, o una familia evangélica, saber... entonces ya vas con el molde de esa familia. Pero llega un momento donde agarras conciencia y dices ¿qué pedo?, me doy cuenta que estoy en este juego, pero yo puedo decidir si yo voy o no voy, llega un momento donde te dices: como que esta es su lucha de mi jefe, o su viaje de la familia, pero me doy cuenta que estaba chido, porque si no es ésta ¿qué es? Entonces desde ahí yo empiezo a elegir ¿la corrupción?, pues no me late, tampoco no me late trabajar destruyendo el medio ambiente por ejemplo, no me late hacer más rico a otro cabrón, no me late no saber ni pa' dónde va mi chamba, ni en que se va a convertir realmente, o ser un número más en la escuela. Entonces desde ahí nacen ya mis propios viajes. Puta no se me hacía lógico tantas horas de nuestra vida metido en una pinche escuela ¿para enseñarte la vida?, ¡sí la vida está ahí! ¿Que un maestro venga y me diga cómo es una manzana? Mejor voy y la pruebo, y luego entiendo: ¡ah que chida manzana! Él me puede decir que la manzana es así, pero yo tengo mi sentir, entonces se me hacía muy absurdo. Fui muy negado a esas cosas, la verdad mis jefes sufrieron mucho conmigo en ese aspecto, bueno mi mamá, en cambio mi papá decía donde tu seas feliz a mí me vale madres, y dice si este es tu camino pues dale, pero la jefa sí decía: tú estás loco (Entrevista Juan, 2018).

Llegó un punto en el que «Juan» se sintió cansado y decepcionado del «romanticismo revolucionario» que vivía acá en SCLC, y aunque por algo más de un año intentó convencer a sus amigos de hacer un proyecto de vida alternativo, no lo logró: «a la hora de la acción se quedaban con discursos, con buenos libros, con buenos términos, y al final haciendo nada». En ese momento supo que debía comenzar a dar los primeros pasos, y para ello decidió rentar «un terreno baldío, un basurero realmente, era un foco de infección donde se juntaban teperochos, gente adicta». Era un lugar muy amplio donde él sintió que podían hacerse muchas cosas. Esa fue «como su escuela de vida», empezó a tener sus conejos, gallinas, cultivos, biodigestor y captación de agua pluvial, su ilusión era convertir un basurero en un centro demostrativo. «Juan» recuerda que:

[...] así fue como nací en ese espacio, haciendo nuestra siembra, nuestra comida, nuestros fogones, domos, conocí el adobe, el trabajo de llantas, sentí como una conexión porque yo no fui a ningún taller, entonces se me iba dando, la gente se iba acercando, era un lugar bastante abierto, tenía varios voluntarios de diferentes partes (Entrevista Juan, 2018).

En ese terreno urbano logró vivir año y medio sin dinero. Al principio no fue fácil, incluso llegó a dormir en un galpón con sus gallinas y su familia no lograba comprenderlo del todo. Pero su reto personal lo animaba, él quería probar y experimentar si en un sistema como este podía mantenerse sin ingresos económicos; finalmente valió la pena y sintió mucha satisfacción de lograrlo. Sin embargo, por muchos factores externos, tuvo que dejar el terreno, y posteriormente comenzó un nuevo aprendizaje relacionado con la construcción y la conformación de una ecoaldea. Desafortunadamente después de mucho trabajo y tiempo invertido comenzó a tener inconvenientes con la comunidad donde tenía la ecoaldea, poco a poco sintió la dificultad de desarrollar su proyecto en medio de un ambiente tan conflictivo.

«Juan» detiene su relato porque quiere mostrarme un documental que guarda en su computadora. Se trata de un registro visual que atrapó la imagen del lugar en todo su esplendor, allí puedo ver algunas bioconstrucciones con la belleza y la armonía que suelen caracterizar este tipo de apuestas. Mientras hablo con él, yo misma siento en lo más profundo, que es una verdadera lástima no poder continuar con ese hermoso proyecto, suspiro y pienso que quienes vivimos en los Altos de Chiapas sabemos que los conflictos territoriales siempre están allí, latentes, prestos a explotar y a expresarse con furia. Creería que la afectividad y el arraigo de los

pueblos a sus territorios ancestrales, así como el fuerte rechazo y la desconfianza hacia el *caxlan*, pueden terminar chocando con los sueños y los anhelos de los seres intersticiales. Con toda la potencia de su «hacer» y, a pesar de los tropiezos, Juan construyó un tercer lugar, es el espacio donde nos encontramos ahora, y pese a que ya no se siente con la frescura de antes, sus sueños siguen intactos, él quiere seguir intentando, para finalmente demostrar con su hacer y con su ejemplo, que existen alternativas para vivir y habitar los territorios desde otras afectividades más éticas, alegres, amables y amorosas.

[f] «Alma» nació en Ciudad de México y es profesora en educación preescolar. En 1987 quiso venir a conocer Chiapas, por ello viajó a hacer un voluntariado con la diócesis en la selva de Ocosingo. Me dice con risas que la gente suele preguntarle si llegó a ser monja, pero no es así, ella aclara que su trabajo fue secular, no como religiosa. Siempre se interesó por ayudar a la «población que vive en desventaja», justamente con esa sensibilidad pasó a tener un trabajo muy intenso con comunidades, realizó capacitaciones, alfabetizaciones y talleres siempre enfocados a mejorar las condiciones de vida de las familias. En 1994 con el levantamiento zapatista, se centró en la defensa de los derechos. Específicamente durante el alzamiento y posteriormente en el contexto político de los acuerdos de San Andrés, participó activamente con una red de organizaciones enfocadas a atender cuestiones de salud, de ayuda humanitaria y de derechos humanos. «Alma» me cuenta que siempre le ha gustado:

que la gente conozca sus derechos, que la gente sepa que tiene derechos y que los defienda, entonces mi trabajo ha sido capacitar, formar, e informar a la gente, que sepan cómo pueden defenderlos, qué instrumentos y herramientas tienen, eso es lo que he hecho durante este tiempo aquí en Chiapas [...] en algún momento me centré en las mujeres, en sus derechos y en el tema de la violencia. En todo este trayecto te das cuenta de todas las situaciones de violencia que viven las mujeres en las comunidades, y en cualquier lado, entonces también mi participación ha sido para formar a las mujeres, que conozcan sus derechos, que sepan qué tienen que hacer para poder denunciar situaciones de violencia, poder tener acceso a la justicia, eso había sido mi trabajo (Entrevista Alma, 2018).

Unos años después, entre el 2006 y el 2007 Mariano Díaz Ochoa –expresidente municipal de SCLC, muy cuestionado por las irregularidades en su administración–, planeó construir una unidad habitacional al sur de la ciudad, sobre los humedales de María Eugenia. Este hecho

despertó la indignación y movilización de algunos ciudadanos que denunciaron la destrucción del humedal. Aunque en ese momento ella desconocía el tema de los humedales, poco a poco comenzó a investigar y a entender por qué eran importantes. Desde entonces «Alma» se sensibilizó con el tema y comenzó a participar activamente en una red de grupos ambientalistas barriales que se han articulado para la defensa del agua, los manantiales y los humedales en SCLC, los cuales continuamente son víctimas de invasiones y de crímenes ambientales como lo es su relleno con tierra y con restos de materiales para construcción. Junto a su comprensión sobre el cuidado del agua, «Alma» también ha incursionado en la construcción de eco tecnología e imparte talleres en comunidades rurales sobre la elaboración de baños secos –que ella misma construye–. Otro tema de vital importancia para el resguardo del agua es la restauración de los bosques, por eso ella realiza cursos relacionados con la construcción de viveros comunitarios y la recolección de semillas de árboles nativos.

[g] «Saraí» tiene el acento que caracteriza a las personas del norte. Ella es una ingeniera química que al término de su maestría emprendió un viaje con su compañero al sur del país. Años atrás se radicaron en SCLC, fue aquí donde construyeron la casa donde viven con sus dos hijos. Además de madre, esposa y profesora de química, ella es una de las seis mujeres generadoras del Cambalache en SCLC. Este grupo se creó con la ilusión de experimentar una economía sin dinero, basada en el inter-cambio de habilidades, saberes y cosas que aún sirven y tienen valor. Entre sus propósitos resuena la intención de contribuir en la labor de desarmar el capitalismo, producir menos basura y tener un consumo responsable. De algún modo con el cambalacheo –acción de intercambiar– se quiere reducir la dependencia hacia el dinero, y crear otras posibilidades para acceder a bienes y servicios que en verdad se necesitan.

Antes de abrir el cambalache decíamos que queríamos que fuera un inter-cambio o sea un cambio desde adentro, porque luego era bien difícil, cuando hacíamos ejercicios de intercambio entre nosotras, nos dábamos cuenta cómo ya tenemos tan interiorizado el sistema; desde que naces, naces en este sistema, pero a la vez creemos que es posible irse desconectando cada vez más y de repente te parece natural entrar en el sistema cambalachero, que es un sistema más de mucha sensibilidad hacia el otro, como reconocerle también a la otra y al otro sus habilidades, lo que te ofrece, lo que te comparte desde otra mirada. Cuando otro te comparte no lo ves como algo de lastima o de: ¡ah! me está donando esto porque pobrecito yo que no tengo, o yo le dono porque el pobrecito no tiene. No es así, sino que es algo que se da de forma natural en

el compartir, algo bonito, y padre, como una economía diferente. Y pues también desde la parte ecológica aunque sea un granito de arena en algo ayudará (Entrevista Saraí, 2018)

El grupo generador diseñó tres modalidades de cambalacheo: 1] *el dando y dando* que es cuando ofreces una habilidad, un saber, una ayuda mutua o una cosa, y la intercambias por una cosa que tu necesites o una habilidad. 2] *el quiero y necesito*, que puede darse en el caso de una urgencia. Es decir, aquí alguien puede pedir directamente algo que necesita, y otra persona puede dárselo sin esperar retribución. También hay otros casos, como las personas que necesitan PET, vidrio o tetrapack, ellas se conectan con quienes donan lo que reciclan en sus casas sin esperar recibir algo a cambio. Y la última modalidad muy frecuente en el cambalache es 3] *por las puras ganas de compartir*, que es cuando das algo sin recibir nada a cambio.

«Saraí» me cuenta cómo la experiencia del cambalache les cambió la vida, para ellas fue sorprendente la forma en que acogieron la iniciativa en muchos lugares como Sonora, Comitán, Tuxtla, Veracruz, Mérida, Ciudad de México, Nueva York, Estocolmo, San Francisco, Oakland y Berkeley, entre otras ciudades donde fueron invitadas a compartir su vivencia de inter-cambio. En palabras de Saraí: «ahí va creciendo el cambalache, él solito crece, ya no hay quien lo pare y eso es súper lindo». Por ejemplo desde hace un tiempo viene funcionando un grupo de *whatsapp*, donde a diario se están cambalacheando aventones al aeropuerto de Tuxtla, terapias para alguien que vive un momento de crisis, utensilios de pastelería, pasteles y por qué no, lecturas de tarot. Y por si fuera poco, unos meses atrás las generadoras cambalacheras comenzaron a elaborar y a vender cervezas artesanales que han llamado «la heroína».

[h] «Martín» es un maestro de primaria, un pedagogo que años atrás llegó a Chiapas a trabajar como religioso. Él es una persona reconocida en varios sectores de la ciudad. Por ejemplo los académicos lo conocen por ser un pedagogo experto en el trabajo de grupo y la resolución de conflictos, en cambio otras personas lo distinguen como un activista que acompaña los movimientos que defienden el agua y la naturaleza en la ciudad; asimismo, es recordado como el presidente de la mesa directiva de la colonia Maya. Justamente su llegada a este cargo estuvo vinculada a un parteaguas en la vida cotidiana de la colonia. En el año 2015 un empresario de SCLC planeó establecer una empresa de gas en un terreno ubicado en la zona alta de la colonia. Se trataba de un terreno de montaña habitado por árboles adultos de especies nativas. Los colonos pensaron en las implicaciones y los efectos que tendría establecer en su zona residencial

una empresa de gas, por eso resolvieron organizarse y lograron detener el proyecto. Poco tiempo después, el mismo empresario decidió iniciar en este lugar un proyecto inmobiliario con su constructora, por ello deforestaron esa fracción del cerro y construyeron un muro que pretendió delimitar la parte baja de la propiedad. Como era de esperarse, en la época de lluvias el muro no logró contener el agua que corría por la montaña, y el día menos pensado la presión del agua pluvial terminó por romperlo. La avalancha de lodo, ramas, ladrillos y pedazos de concreto corrieron calle abajo por las pendientes de la colonia, causando diversos estragos a su paso. Fue en este contexto que se estableció una nueva mesa directiva conformada por 20 vecinos.

Lo positivo es que, en medio de las dificultades para defender y proteger el lugar, lograron reinventarse creativamente, agrupando y cohesionando la colonia. Como comunidad han experimentado múltiples procesos de cambio. En este tránsito, ellos mismos construyeron, con técnicas ecológicas y trabajo voluntario, su salón de reuniones llamado «*schanul ja' ta lum k'inab*», «La serpiente de agua en la tierra». Este nombre se inspira en la zanja que realizaron conjuntamente para conducir e infiltrar el agua de lluvia, ayudando así a recargar los mantos freáticos y a prevenir erosiones pluviales. Los seres intersticiales de la Maya, hoy se «encuentran» en el lugar de La serpiente, se entretajan rizomáticamente para idear, pensar e implementar alternativas ecológicas; es allí donde participan, reflexionan y despiertan su consciencia sobre el buen vivir y el cuidado de la Madre Tierra. Asimismo, desde la afectividad, la sensibilidad y la inteligencia colectiva que cultivan, han decidido apoyar y configurar una red con otros movimientos ciudadanos que buscan detener el ecocidio y defender los seres naturales de Jovel, como lo son el agua, la montaña, los árboles, los manantiales y los humedales.

[i] «Lucó» es una bióloga que desde muy chica tuvo una inclinación muy fuerte por los temas sociales, por eso al terminar su prepa llegó a pensar en ser misionera o en unirse a un grupo de ayuda humanitaria. Sin embargo, al estudiar la licenciatura centró su interés en los bosques y la ecología vegetal. Ella cuenta que en ese entonces «hablaba más con los árboles, que con la gente». Pese a alejarse de las personas, siempre tuvo una gran sensibilidad hacia lo social, por eso cuando conoció la etnobotánica sintió un gran interés por conectar con ese conocimiento tradicional que han desarrollado los pueblos a partir de su profundo vínculo con la naturaleza. Con sus nuevas inquietudes dejó la Ciudad de México y terminó viniendo a Chiapas a realizar su maestría en Ecosur. Era la primera vez que ella trabajaba con mujeres y en una comunidad indígena, y aunque en un inicio lo encontró impactante –dada la lejanía con el contexto urbano del que

provenía—, lo cierto fue que le «gustó muchísimo». Por ese motivo al terminar su maestría se vinculó con una ONG y participó en proyectos de agricultura orgánica y estufas ahorradoras.

Un poco más adelante, Lucí fue una de las cinco promotoras fundadoras del «tianguis agroecológico y artesanal» de SCLC; este inició conectando directamente los productores locales con las familias consumidoras a través de un sistema de canastas. El proyecto poco a poco fue incrementando su tamaño, hasta llegar a transformarse en un importante espacio de encuentro sabatino, que convoca a la población sensibilizada con el gran valor de la comida sana y cercana.

[...] nosotras nos autodesignamos equipo promotor, y todas nosotras éramos consumidoras, ninguna era productora, entonces más bien como consumidoras queríamos tener acceso a alimentos limpios, locales, de pequeños productores, garantizar que no estuvieran regados con aguas negras, que no tuvieran productos químicos. Algunas de nosotras trabajábamos con productores de café, entonces también sabíamos que en los cafetales había fruta, que luego se desperdicia y se queda tirada, y aunque no tiene certificación, el estar en el cafetal nos garantiza que no tiene agroquímicos. Esperábamos poder tener acceso no solo nosotras, sino tratar de contagiar a más gente para que a los productores les conviniera traer sus naranjas, sus limas, sus otros productos del cafetal, de sus cultivos, de sus solares, que realmente conviniera venir a SCLC. Nuestro trabajo era hacer las asambleas, todas hemos trabajado con organizaciones sociales ya sea desde la academia o desde la sociedad civil, sabemos de metodologías participativas, hacíamos las reuniones, los talleres, e hicimos un proceso para aprender entre todos y todas a tomar decisiones. Fue todo un proceso, más o menos lo logramos, sé que aún tienen problemas pero ahí van. [...] Luego sentimos que el tianguis estaba lo suficientemente maduro para soltarlo, que ya dejara de ser nuestro niño chiquito, ya son más o menos 14 años del tianguis. Y aunque ya no participamos, cualquiera de nosotras llega al tianguis y somos como de la familia, tantos años de conocernos, de convivir, de enfrentar problemas juntos, de motivarnos (Entrevista Lucy, 2018).

Sumado a su colaboración en el mercadito, Lucí viene trabajando hace más de 10 años en el proyecto de «mujeres y maíz». Específicamente, ella es la coordinadora de este colectivo de mujeres que producen tortillas, tostadas, atole y otros alimentos hechos a mano con maíz. Además de la venta directa de esos productos, el proceso incluye promover la construcción y el uso de estufas ahorradoras de leña.

El fogón ahorrador para mí es como un ícono, tiene que ver con ahorro de leña, con hacer más eficiente el trabajo de las mujeres y también con evitarles problemas de salud muy graves que se ocasionan por estar respirando el humo. Entonces se conjugan muchas condiciones favorables para las mujeres alrededor del fogón, y cuando logramos que ellas se apropien de su fogón tiene resultados maravillosos, y con muchas aristas. Por ejemplo, para el proyecto que ahora coordino que se llama Mujeres y Maíz el fogón es el pretexto, es clave porque es tan bueno transforma tan rápido, de un día para otro cambia la vida de las mujeres y de sus familias, y eso hace que ellas se motiven a aprender más, entonces es como una muestra de que se pueden transformar muchas cosas. Nos gusta que las mismas mujeres sean las que construyan su fogón porque eso les muestra a ellas que construir no es solo un asunto de hombres, nosotras las mujeres también podemos. Si ellas aprenden bien cómo funciona y cómo se construye, si quieren hacer otro o si se parte una parte del fogón ellas mismas lo pueden reparar, entonces es un aprendizaje muy significativo (Entrevista Lucí, 2018).

Detrás de este relato se revela una mujer que además de ser madre de dos hijas a las que adora, es una persona que lucha por no perderse y seguir trazando lo que sueña para su proyecto de vida, por eso integra una comunidad intencionada que algunos años atrás viene trabajando por construir una ecoaldea. Finalmente siento que Lucí ha recorrido muchas rutas paralelas: ha tenido una gran inquietud hacia el papel de la mujer y por eso trabaja con ellas, también guarda una preocupación frente al tema de la alimentación, las ecotecnias, la bioconstrucción y la comunidad intencionada de la ecoaldea. Para ella todos estos procesos han sido muy fuertes en su vida y han devenido junto con un cambio espiritual.

Las voces polifónicas evidencian que en el espacio intersticial se conjugan diversas líneas del hacer, como: el explorar otro tipo de prácticas económicas basadas en el intercambio y en el redescubrimiento del valor o de la grandeza que aguarda en cada persona; el dar vía libre a la creatividad y a la imaginación de otras formas más amables de habitar los espacios a través de bioconstrucción y biotecnias como los baños secos; también se presta atención al tipo de alimentación que tenemos, lo cual incluye un impulso por recuperar el contacto con la tierra y con los procesos de siembra en huertos familiares, además de preferir los alimentos locales, agroecológicos y de producción artesanal. En algunos casos todas estas rutas del hacer han ido acompañadas y han sido motivadas por una práctica espiritual que aboga por el respeto, el cuidado y el amor por la vida. Además es muy claro que en la polifonía aparece de forma

transversal una preocupación constante por la naturaleza y por los seres naturales con lo que habitamos, por eso es común que quienes transitan por el intersticio converjan en los espacios de defensa al agua, los humedales, los manantiales y las reservas forestales de las que depende la estabilidad ecológica en la Cuenca de Jovel.

Inicialmente las voces de la polifonía parecen desbordar cualquier deseo de delimitación investigativa, pero ¿Cómo abordar un tema diverso que abre tantas rutas de análisis? ¿Tendré la licencia y la astucia para abandonar esa tendencia a fraccionar las realidades? ¿Podré escapar de esa costumbre que tenemos de estudiar alguna partecita de un fenómeno aisladamente? Al transitar por la ruta método-estésica he querido seguir mi intuición de no dar una lectura fragmentada sobre el intersticio en SCLC. En los últimos cuatro años que compartí –de un modo u otro– con los seres del intersticio, noté que más allá de las diferencias, existen marcadas coincidencias que los reúnen y los convocan a encontrarse en espacios, preguntas, inquietudes, deseos, sentimientos, indignaciones y preocupaciones similares. Por eso llegué a sentir que compartían una lógica afectiva y que su cuerpo era capaz de las mismas afecciones. La afectividad aquí aparece como una suerte de línea imaginaria que une y conecta rizomáticamente a estos seres que buscan alternativas y se fugan de los esquemas de vida dominantes. Por ello será necesario detenerme en un abordaje teórico, que me permita comprender la profundidad del universo afectivo que emerge del espacio intersticial.

GRÁFICO 3 – FLOR DE LA POLIFONÍA EN EL ESPACIO INTERSTICIAL



Fuente: elaboración propia

Segundo momento
En el mar de los afectos

SEGUNDO MOMENTO EN EL MAR DE LOS AFECTOS

Antes de profundizar en la lógica afectiva que atraviesa o que impregna a las personas que representan las fugas en el espacio intersticial y en virtud de la complejidad, de la jabonosidad, y de la aparente indeterminación de la constelación afectiva, es menester detenerme un momento a reflexionar, clarificar y comprender algunas nociones claves que más adelante me ayudarán a analizar, identificar y dar orden a las afecciones, sentimientos y emociones que estuvieron presentes de modo explícito u oculto en los relatos de vida, o, en lo que antes llamé, las voces polifónicas del intersticio. En este capítulo, se direcciona y delimita la postura teórica que justifica la posibilidad de entrar a conocer no una afectividad etérea, sino una «afectividad encarnada», que se comparte socialmente y que, minuto a minuto, está creando realidades y posibilidades de mundo.

LA CONSTELACIÓN AFECTIVA

La acción – reacción es una escena típica en el micro mundo de la ameba. Al parecer lo que puede su cuerpo es reaccionar en automático ante un estímulo: acercarse o alejarse según lo que recibe. Ante una mirada incauta pareciera que los humanos también nos comportamos como amebas. En ocasiones da la impresión que solo «reaccionamos» frente a los cuerpos exteriores que entran en contacto con nosotros. Sin embargo, lo que puede el cuerpo humano va mucho más allá de un proceso lineal de estímulo – respuesta. El cuerpo, en toda su complejidad permite el entrelazamiento de fuerzas, energías, sustancias, sistemas y órganos, que lo hacen capaz de «afectarse» y de «afectar» los fenómenos de la realidad, en un sinnúmero de modos.

Pese a que nuestra participación en el mundo es constitutivamente afectiva y sintiente, se sigue manteniendo la creencia de que ante todo «somos seres racionales». De algún modo nos encontramos ante al continuo olvido del papel central que juegan los afectos en el conocimiento, en la experiencia y en la creación de lo existente. Este ocultamiento y aplastamiento de la afectividad hunde sus raíces en «la tradición cultural racionalista de Occidente», la cual suele ser conocida por cartesiana, positivista, objetivista, reduccionista o mecanicista, así como por

encontrarse ligada al proyecto moderno¹ (Varela, 2003). Específicamente la forma cultural de entender la dicotomía razón/afectos –que refiere una división para comprender y relacionarnos de un modo particular con algún aspecto de la realidad²–, es un dispositivo de poder que ha coadyuvado a posicionar la «razón» en una condición privilegiada con respecto a los «afectos».

La apropiación de la realidad desde la visión dicotómica ejerce una violencia sobre los fenómenos de la vida y de la naturaleza que acontecen en toda su complejidad, en su majestuosidad y su misterio. Particularmente el afirmar la existencia de una desconexión entre la razón y los afectos humanos, condujo a creer que estas polaridades son dos caminos impermeables, ajenos e independientes. La «razón» se posicionó como la vía acertada, lo esperado y lo que es política, académica y científicamente correcto, mientras que los «afectos» fueron enviados al rincón de lo indeseado, lo que se debe controlar, evitar y esconder.

El encubrimiento de los afectos, puede rastrearse históricamente en las transformaciones provocadas por la cultura moderna, la cual ubicó la razón en el centro la actividad humana, cambiando los contenidos y la naturaleza de las relaciones, y permeando todos los ámbitos de la vida social e individual. El paradigma racionalista tuvo una gran influencia del trabajo de Descartes quien afirmaba que la certeza del conocimiento solo podía alcanzarse mientras se generara una distancia «entre el objeto conocedor y el objeto conocido», por ello a mayor distancia, existiría una mayor objetividad (Castro-Gómez, 2000). Las cualidades del presente que aparece en acto, sus colores, olores, sabores y texturas, fueron conferidos a una experiencia subjetiva y corporal, a un espacio de los sentidos que se impuso como el mayor obstáculo para alcanzar el conocimiento objetivo. El ser humano en su proceso de conocer y de relacionarse

¹ La modernidad occidental se entiende como una categoría conceptual que refiere un proyecto cultural de carácter universalista que se asocia principalmente a los procesos: de secularización de lo sagrado y lo profano, al rompimiento de las relaciones cara a cara y al predominio de la razón instrumental. Asimismo es un concepto que se encuentra profundamente ligado a las ideas de utilitarismo y progreso, y a la emergencia del mundo objetivado como representación. Principalmente se arraiga en la creencia de la racionalidad científica, el individuo, la economía y el progreso (Escobar, 2013).

² La presencia de los dualismos no es propia de la euromodernidad. Por el contrario diversas tradiciones orientales, comunidades amerindias, tribus africanas y en general pueblos no occidentales estructuran sus cosmovisiones a partir de pares que se asumen como entidades incompletas, relacionales y complementarias (Escobar, 2013). Según Santos (2010), lo particular de la «razón metonímica» de la cultura moderna, es que tiende a fragmentar y a contraponer los dualismos dejando uno de los pares en condición en posición de superioridad. Tal es el caso de algunas escisiones como sociedad/individuo, cultura/naturaleza, civilizados/salvajes, sujeto/objeto, mente/cuerpo, razón/afectos, hombre/mujer, profano/sagrado e individual/colectivo, en donde el segundo de los términos se halla siempre subordinado en comparación con el primero.

con el mundo a través de un cálculo racional se vio obligado a dominar y ocultar sus pasiones, y a ejercer un control sobre sus sentidos, emociones y afecciones.

El predominio del orden en el imperio de la razón moderna, encontró el papel de los afectos como un desorden negativo, un exceso, un excedente o una fuerza irracional, que aunque no fue anulada, sí fue expulsada y confinada a dominios muy específicos del mundo de la vida. Los afectos entendidos desde la concepción spinoziana, como «las afecciones del cuerpo, por las cuales aumenta o disminuye, es favorecida o perjudicada, la potencia de obrar de ese mismo cuerpo» (Spinoza, 1980:124), fueron transferidos al campo de las artes, la literatura, el teatro, la música y la poesía.

Desde el paradigma racionalista no se tuvo en cuenta que la afectividad, es decir, ese ser afectados, potenciados o disminuidos, hace parte de la dimensión emocional y de las dimensiones «ocultas» que inevitablemente permean toda forma de racionalidad. En palabras de Maturana (Citado por Escobar, 2013:19) “son nuestras emociones las que determinan el dominio racional en el que operamos como seres racionales en cualquier instante [...] aun la decisión de «ser racional» es una decisión emocional”. Por esto, los detractores de la «razón» que la han culpado de ser causante de las guerras, los desastres ecológicos, la implementación de los «proyectos de muerte» y en general de todas las acciones inadecuadas y catastróficas del actual proyecto civilizatorio, están invisibilizando una responsabilidad compartida, dada su naturaleza imbricada con la afectividad. Quien enjuicia la razón deja de lado la «desmesura afectiva» que ha energizado los acontecimientos que hoy nos conducen al colapso civilizatorio; en otras palabras de la afectividad –que permea la razón– no solo es el amor y lo bueno, de ella también es el odio y la muerte.

De hecho, mientras la condición sensible del ser humano tiene la capacidad de afectar la experiencia de los individuos –independientemente de que intervengan procesos racionales o representacionales–, el contenido mental o los procesos racionales no pueden generarse sin las afecciones, y sin las sensaciones y los sentidos que se desprenden de éstas (León, 2011). Para decirlo en pocas palabras, la experiencia afectiva es capaz de desplegarse en ausencia de lo racional, mientras que la racionalidad resulta inviable fuera de la experiencia afectiva. No podría existir ningún pensamiento, conocimiento o acción que se presente libre de afectividad. Aunque también es cierto que sin la capacidad racional, no sería posible comunicar, lenguajear o tratar de comprender nuestro mar afectivo. Inevitablemente racionalidad y afectividad son dos

nociones que se suponen, se implican e infiltran hasta escapar de cualquier afán dicotómico.

Así visto, la locución latina «*cogito ergo sum*» [pienso por tanto existo], expondría un error fundamental, pues, para el ser humano todo iniciaría con un «yo siento» y con un «soy afectado» por los fenómenos del mundo circundante. Todo comenzaría con una pasión, con una esencia o una potencia inscrita, implicada, plegada, replegada y entrelazada con una sensación (Pardo, 1991)³. «*Sentio ergo sum*» [siento por tanto existo], significa, en cambio, que experimento la potencia, la energía vital en el proceso mismo de existir. Quiere decir que siento y soy potenciado gracias a que mi «cuerpo» es capaz de afectarse y afectar.

La afectividad y las formas de la senti-mentalidad no son una experiencia etérea, volátil o abstracta, por el contrario, se anclan en «nuestra evidente naturaleza de sujetos encarnados» (León, 2018:11). Esto explica por qué nuestros inasibles estados anímicos y humorales, pueden llegar a ser tan tangibles y reales como el dolor que produce un diente enfermo. Más que seres racionales escindidos entre la *res extensa* y *res cogitans*; entre el mundo sensible y el mundo de las ideas, somos «afectividad encarnada», una mágica materialidad que no permite divisiones entre la mente y el cuerpo o entre la cabeza y el corazón.

El «cuerpo», entendido como «encarnación» es la base donde se codifican, configuran y movilizan las realidades exteriores, de ahí que se constituya como la condición *sine qua non* para la vivencia afectiva; el «cuerpo encarnado» dista del «cuerpo cartesiano» que fracciona y asume la objetividad de una masa orgánica que funge como recipiente del alma, del espíritu, la mente, el ego o cualquier otra inmaterialidad trascendental (León, 2018). Lejos de la escisión, la «encarnación afectiva» es continuidad, mezcla, entrelazamiento, implicación, inter-existencia. En palabras de Spinoza (1980:252) “las ideas de la mente y las afecciones del cuerpo no son más que la misma cosa”.

Pero esta «encarnación» no solo es continuidad hacia «adentro», también lo es hacia «afuera». La piel no es igual a la pared de un recipiente, ni tampoco a una cáscara fronteriza que diferencia lo «interno» de lo «externo» (Elias, 2008). Al igual que una ola no puede separarse del mar, nosotros no podemos separarnos de lo que acontece «afuera». Las percepciones contienen en sí mismas al observador y lo observado; por ejemplo, cuando escuchamos un grillo, nosotros y el grillo existimos al mismo tiempo en que ocurre el acto de la escucha. El grillo y yo devenimos

³ Para Spinoza la esencia es la potencia, la intensidad o la fuerza que encuentra morada en la afección (Pardo, 1991).

juntos, estamos implicados el uno en el otro, y no podríamos existir de modo independiente. Es así como la naturaleza «interdependiente» de los cuerpos y de los fenómenos reafirma el principio de la no dualidad (Thich Nhat Hanh, 1998).

En esa lógica de continuidad entre lo interno y lo externo, vemos que las energías y las fuerzas que «animan» el cuerpo y la multiplicidad de las afectaciones que sentimos, son posibles dada la organización estructural de la encarnadura humana. El modo en que conectamos, percibimos, queremos, odiamos y sufrimos esta condicionado a la complejidad corpórea y su entramado sensorial. Aunque nunca reparemos en ello, lo cierto es que podemos trazar una caricia en el rostro de alguien, gracias a que tenemos manos y no garras. Luego nos erizamos al tacto de la suavidad de unos dedos, porque nos envuelve el tejido celular de la piel y no un conjunto de escamas. Es por nuestras glándulas lagrimales y las cavidades oculares que podemos evidenciar el regocijo, el enojo, la tristeza o incluso la pesadez nostálgica que nos despierta un determinado aroma. Sin que podamos controlarlo, el sistema olfativo nos abarca y desborda, hasta terminar embarcados, como polizones del tiempo, en viajes astrales que conducen a los lugares desteñidos del pasado. El perfume de una fruta, el sonido de las ramas de un árbol movidas por el viento, los ladridos de un perro, la voz de una mujer, la suavidad de una almohada, el ritmo de una canción, la rugosidad del suelo, el verdor de una montaña, la oscuridad de una noche, la mirada de un ser, la dulzura de un helado o la amargura de un limón pueden estallarnos en el cuerpo entero, al punto de existir más adentro que fuera de él y así lograr desatar e irradiar un sinnúmero de afectos.

La complejidad de la materialidad sintiente impide que la realidad se imprima de manera directa en nosotros, como una yerra sobre la piel. En otras palabras, los humanos no captamos las cosas mismas, captamos como nos afectan y como apreciamos sus cualidades. La apropiación del mundo no es un proceso puro, de hecho la aparición de la experiencia presente implica el entrelazamiento de apreciaciones, sensaciones, percepciones, apetitos, estimaciones, valoraciones, emociones y sentimientos que engloban lo que podemos llamar la «constelación afectiva»⁴. Somos afectados porque nuestro cuerpo tiene la capacidad de ser «sensible», es decir,

⁴ De acuerdo con el antropólogo Josep Fericgla (2000) los «sentimientos» son emociones que ya han sido razonadas y codificadas culturalmente, en cambio las «emociones» surgen en acto, derivan de la experiencia inmediata. Los sentimientos pueden ser muy numerosos y dependen de cada contexto, mientras que las emociones son limitadas, su número varía según las escuelas o los autores; no obstante, se suele coincidir en cuatro emociones básicas: miedo, ira, alegría y tristeza. En otros casos se suman: la sorpresa y el asco, y particularmente Fericgla (2000) agrega el orgasmo sexual y el éxtasis trascendente.

tiene la habilidad de otorgar un “significado a las propias sensaciones o alteraciones del organismo” (León, 2011:25). El «sentir» y lo que es «sentido» por nuestra «sensibilidad», proviene del latín «*sentire*», y está vinculado a la raíz indoeuropea «*sent*» que significa orientar o dar dirección; por ello el «sentimiento» es la «direccionalidad» y el «sentido» que otorgamos a lo que vivimos y a las formas específicas en que experimentamos la vida. Desde el soporte orgánico se dota de significado, se estima, tamiza y entrelaza la información que recibimos, es decir, sometemos las interpretaciones a procesos de valoración que constantemente generan diversos mapeos afectivos en nuestra geografía corpórea.

El modo en que se abre la experiencia presente ante los sentidos es el resultado de profundas elaboraciones afectivas y perceptuales que definen selectivamente los contenidos significativos de la experiencia. Sin duda, vivimos la versión acotada de una realidad basta e indeterminada (León, 2018). En dicho escenario filtrado, los «estados anímicos» son como una atmósfera que impregna una «tonalidad» específica a los fenómenos que nos aparecen; se trata de una suerte de luz que alumbra y condiciona nuestra percepción frente a la «exterioridad». Por esta razón, lo que apreciamos de un fenómeno, revela más de nosotros, que de la naturaleza misma del cuerpo observado. Por ejemplo, cuando el estado humoral dominante es la tristeza, nuestra encarnación animada tiende a una coloración de malestar, depresiva, amarga, pesada, rabiosa, tensionada y ansiosa, que impide conectar con las expresiones alegres de la vida; además, estas modulaciones afectivas suelen movilizar recuerdos y memorias que coadyuvan a teñir de gris el espectro del presente al que accedemos. En otros casos si tenemos mucha hambre, una manzana puede parecernos físicamente más grande de lo que es, a comparación de cuando estamos saciados; o también podemos pensar en cómo se altera la percepción del tiempo, dependiendo de si estamos: aburridos, interesados, alegres, relajados, tristes o asqueados (Gallagher y Zahavi, 2014).

Que la encarnadura humana otorgue una existencia y un sentido particular a los fenómenos con los que entramos en contacto, significa que nos es imposible captar pasivamente el mundo y tomar distancia de aquello que asumimos como real. Ver la manzana más roja, sentir que alguien es muy divertido o percibir que el oleaje de un mar es peligroso, no significa que dichos seres existan de esa manera, sino que nuestra percepción los ha hecho existir de esa forma determinada según el estado anímico dominante. Puede que logremos ser justos, moderados y ecuanímenes frente a las interpretaciones que hacemos, pero también es posible que llegemos a articular retorcidamente la información, al punto de reconfigurar versiones ficticias que

exageran, exaltan, minimizan, desdibujan o caricaturizan las cosas y los seres exteriores. El entorno bajo la mirada del cuerpo sintiente queda reducido a ese espectro de lo que podemos captar y a ese relato de verdad que hemos instituido. En otras palabras, «caemos en nuestra propia trampa», logramos auto–engañarnos y convencernos de que esas cosas que sentimos, percibimos y codificamos son la «realidad» incuestionable (León, 2018). Es innegable que a cada paso vivimos implicados, imbuidos y envueltos en una maraña auto-evidente que fabricamos y seleccionamos de manera activa. Minuto a minuto nos hacemos junto con las cosas del mundo, es decir, que surgimos en una co-emergencia y eso nos convierte en responsables de los escenarios que co-creamos.

La capacidad selectiva –entre lo que tiene o no importancia– opera como una «regulación afectiva», es decir, como un proceso de discriminación que configura una «economía emocional» (Ciompi, 2007). El modo y la intensidad de nuestra afectación implica un nivel de descarga o de inversión energética. Por eso resulta fundamental la modulación de esas maneras de emocionar para preservar la homeóstasis del cuerpo. Si nos dejáramos llevar por un torbellino de fuerzas impulsivas, afectándonos por todos los acontecimientos de la realidad sin filtro alguno, viviríamos un desgaste emocional, que desencadenaría una crisis en nuestra «economía energética». Por fortuna estamos dotados de recursos para regular, canalizar y temperar las afecciones que en ocasiones nos conducen a sobredimensionar las alegrías o los sufrimientos. Economizar es una estrategia para conseguir una estabilidad, que pese a ser frágil, evita que nos extraviemos y naufraguemos en el mar afectivo. De no ser por esa ordenación afectiva, nuestras potencias quedarían subsumidas en el caos; moriríamos atrapados por la fuerza de cualquier incitación, arranque de euforia, ira o tristeza (León, 2018).

Estos mecanismos de la «economía afectiva», que intervienen para seleccionar y entrelazar diferentes elementos del acontecer cotidiano, responden a una «lógica afectiva» que a su vez guía y organiza los contenidos del pensamiento y de la acción. Cuando Blaise Pascal decía «*le cœur a ses raisons*» –el corazón tiene razones– que la razón no entiende, alude a que –contrario a lo que se cree– la constelación afectiva opera bajo una «lógica y un orden» (Scheler, 2003); de hecho al ser continuidad del cuerpo humano, la afectividad está gobernada por los mismos principios que rigen la organicidad de la vida y de la naturaleza.

El logos, el pensamiento y la razón se dinamizan con el anudamiento de las afecciones conscientes e inconscientes, de las apetencias, inapetencias, sensaciones, deseos, humores,

impulsos y percepciones. Como resultado de este encuentro la capacidad racional codifica, posiciona, subordina, ensambla, amalgama, conmuta, disocia, explica e identifica con palabras la complejidad senti-mental que acontece en nuestra encarnadura (León, 2018). Justamente cuando no entendemos lo que sentimos ante determinada situación, nuestros mecanismos racionales movilizan la «lógica afectiva» a fin de comprender, interpretar, mapear y finalmente relatar lo que nos ocurre. Es a través de la narración que intentamos dar un orden, justificamos y dotamos de sentido los estados anímicos. En parte, esto justifica por qué los afectos pueden ser relativamente captados en el relato.

Más allá de las condiciones individuales, el «orden afectivo» es moldeado por los influjos culturales. Pertenecer a una misma red simbólica y a una comunidad lingüística específica, conlleva a la configuración de una forma particular de emocionar. De ahí que existan figuras del lenguaje que refieren sentimientos particulares de una zona geográfica o de un país; ejemplos de ello son: la «morriña» que despierta en los gallegos la tristeza y la añoranza del verde de Galicia; la «tuzza», ese dolor, rabia y abandono que siente un colombiano al perder un amor; la versatilidad de la «saudade», nostalgia e incluso alegría que solo puede ser descrita y entendida por un brasilero; el «*kilig*», sentimiento filipino que se relaciona con tener mariposas revoloteando en el estomago; el «*iktsuarpok*» en inut es la forma de nombrar la frustración de esperar a que alguien llegue, saliendo continuamente a comprobar si ya viene en camino; el «*fernmehl*», aquel sentimiento alemán, de añorar un lugar que no se conoce, o el «*kummerspeck*» relacionado con el aumento de peso corporal por una pena amorosa; o el «*mono no aware*» japonés, el cual enuncia la tristeza que adviene cuando algo termina (Sanders, 2014).

Como vemos, los afectos se expresan en formas narrativas compartidas por personas que pertenecen a una misma red emocional. El reino de los afectos y de lo sensible supera al sujeto enmarcado en su individualidad y cobra sentido a la luz de la alteridad. Claramente los esquemas afectivos que ordenan la experiencia no existen en el vacío, necesariamente requieren de un terreno concreto, de un marco referencial cultural y social que le brinde una dirección y un sentido particular (León, 2011). En otras palabras, el universo afectivo es una construcción de carácter cultural que determina modelos, esquemas, maneras de emocionar o «rieles afectivos» que resultan comunes a un grupo humano (Ciompi, 2007). Se trata de rutas o senderos con una coloración afectiva dominante, según la cual se valora, premia, reprime o castiga la vivencia afectiva. Además de establecer patrones de comportamiento, estos «rieles» son una suerte de

memoria emocional que determina la manera como aparecen las cosas, nos enfocan a lo que se considera importante o apreciable, al tiempo que aclaran lo que resulta despreciable, trivial e intrascendente, evitando así gastos energéticos innecesarios (León, 2018). En suma, a ellos se debe que contemos con un repertorio de guiones, salidas y respuestas recurrentes –casi automáticas– que direccionan nuestra sensibilidad, la experiencia presente y los modos de operar, de ser o existir.

Algunas sociedades transitan sobre los rieles de la vergüenza, otras siguen el camino de la culpa y el miedo al castigo –cristianismo católico– (Fericgla, 2000); en otros casos el tono que atraviesa los modos de pensar son el odio, la rabia y el resentimiento –como los países que han vivido conflictos armados de larga duración, lugares donde la paz es frágil y puede convertirse rápidamente en una guerra abierta–. También están los rieles subyugados por el deseo y la falta, allí transitan las sociedades que necesitan del consumo de mercancías para poder sobrevivir; Asimismo están los «rieles afectivos» del intersticio, los cuales, como veremos, parecen estar tutelados por la esperanza de lograr edificar otras formas de estar en el mundo.

Más allá de los «rieles afectivos», los actos y las disposiciones asientan su raíz en el «*ethos*» de una persona o colectividad humana. San Agustín, sería el primero en señalar que el núcleo de esa fuente primaria de la que surgiría toda la vida afectiva, es el «*ordo amoris*»⁵ [el orden del amor]. Max Scheler retomó la idea del «orden del amor», como el «escalón superior de la vida emocional». Para él, el ser humano es un «*ens amans*» –antes que un *ens cogitans* o un *ens volens*–, es un ser que se encuentra atravesado por un orden del amor, es decir, por un sistema jerárquico que organiza las «valoraciones fácticas», los actos del «preferir» y el «detestar», y el tipo de «querer» y de «conocimiento» que determina el contenido y la direccionalidad del mundo. El «*ordo amoris*» es el «juego del movimiento del corazón» que configura la escala de las cosas que pueden ser amadas, de las cosas que son dignas de amor o de odio (Scheler, 2003).

«Amor y odio» no son simples reacciones de respuesta como pueden serlo el agradecimiento o la venganza, tampoco son «afectos» o «emociones» que se sienten «sobre algo»; son capacidades, «actos espontáneos», movimientos en el ser que llevan a experimentar bien una «ampliación» – en la cual resplandecen valores superiores– o un «estrechamiento». En otros términos, amar a

⁵ Para San Agustín el amor vendría a ser el peso de la persona y: «el cuerpo, por su peso, tiende a su lugar. (...) Cada uno es movido por su peso y tiende a su lugar. (...) Las cosas menos ordenadas se hallan inquietas: ordénanse y descansan. Mi peso es mi amor; él me lleva doquiera soy llevado» (San Agustín, Confesiones, XIII, 9).

alguien o algo genera una ampliación en mi ser que me anima a la «creación», al respeto, a la honestidad y la libertad, mientras que odiar me conduce a la crueldad, a dañar, devastar o «destruir».

Con el «*ordo amoris*» sopesamos lo que nos resulta importante y nuestras variadas inclinaciones que evidencian un amor plural, dirigido a una amplia gama de elementos o seres que pueden ser: humanos, flores, gatos, montañas, ríos, árboles, libros, canciones y toda la infinidad de cosas que entran en el rango de lo que puede o no ser amado. En ese movimiento del corazón hay una preferencia hacia la misma clase de personas y la misma clase de cosas; esa «clase» es una expresión de la predilección en la ordenación del amor (Scheler, 2003). Las tendencias en el «*ordo amoris*» aluden a una estimación de importancia que puede o no coincidir con el valor real de las cosas. Sin embargo, Scheler (2003) mencionó la necesidad de armonizar estos dos aspectos, coincidiendo con la siguiente postura de San Agustín:

«vive justa y sensatamente aquel que es un honrado tasador de las cosas; pero éste es el que tiene el amor ordenado, de suerte que ni ame lo que no debe amarse, ni no ame lo que debe amarse, ni ame más lo que ha de amarse menos, ni ame igual lo que ha de amarse más o menos, ni menos o más lo que ha de amarse igual» (San Agustín, De doctrina christiana, L. I, c. XXVII, 28).

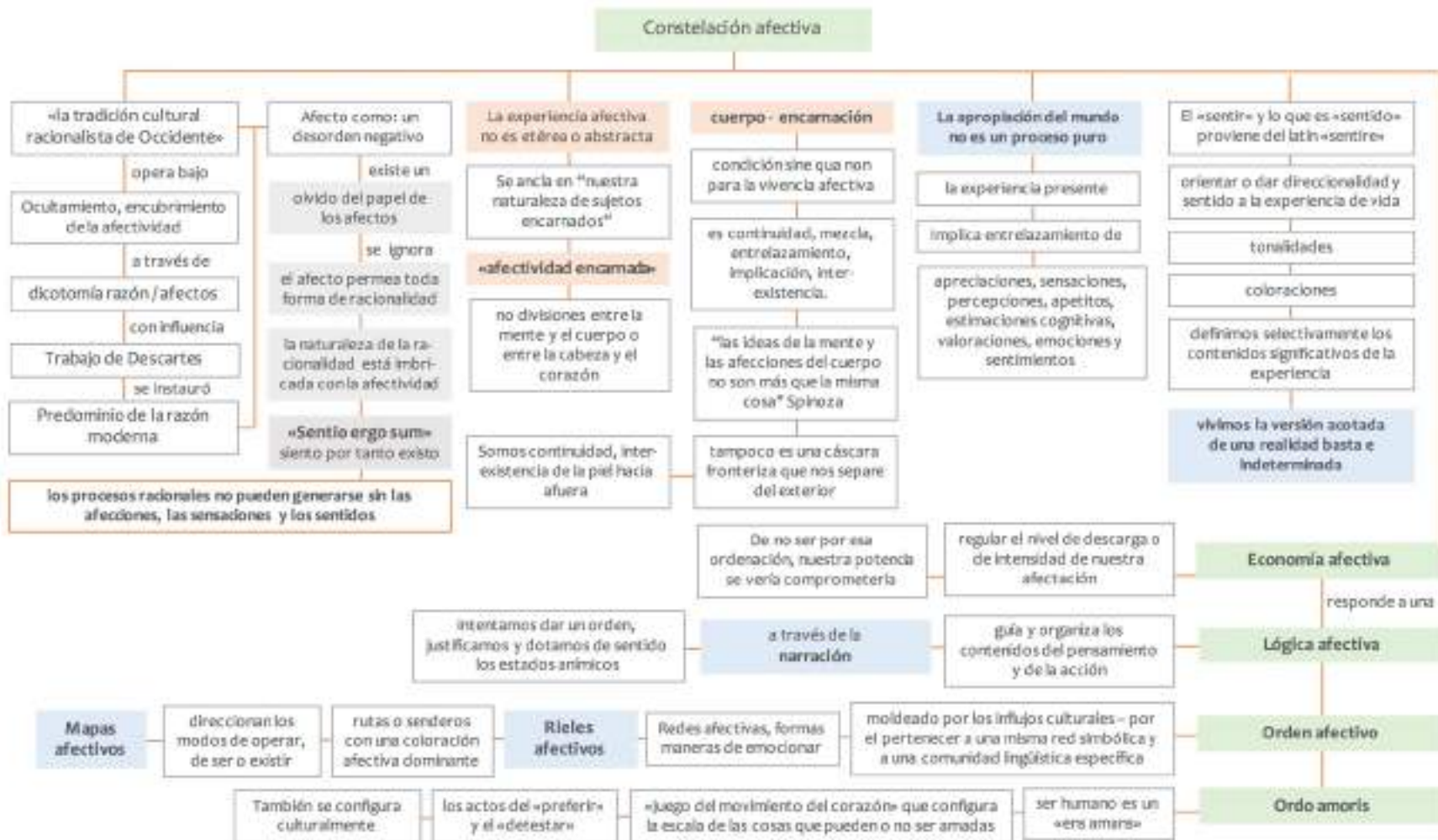
Con esta cita agustiniana Scheler (2003) señala que un corazón ordenado da importancia a lo que en verdad tiene importancia, a lo que tiene valor por sí mismo, al tiempo que modula, resta o quita importancia a lo que no tiene valor. En tal sentido la organización de los actos de amor y odio no es injustificada, vana o caprichosa, sino que responde a un orden justo. El punto fundamental aquí es ver que tal orden individual es la continuidad de una ordenación considerada justa colectivamente. Al igual que los sentimientos, las emociones y las afecciones, el «*ordo amoris*» se prefigura desde la matriz cultural dominante a la que pertenecemos. Quiere decir que culturalmente existe un régimen de las cosas que pueden ser amadas y odiadas, el cual se enlaza con una determinada economía afectiva; no es casualidad que en los países de occidente sea común que las personas sientan aversión, odio, o asco profundo hacia una rata, mientras que en *Desbnok* –India– son consideradas animales sagrados y dignos de amor.

Aunque Scheler (2003) advierte que existe una irreductibilidad de la vida afectiva al entendimiento, en cierto sentido el acercamiento a la comprensión del «*ordo amoris*» nos abre al conocimiento de la realidad más profunda de una sociedad en un determinado momento

histórico. Su capacidad de amor y de odio tenderá a revelarse en su propio lenguaje, en el tipo de relaciones que se entretengan entre humanos; en el trato hacia los animales con los que hemos co-evolucionado en un mismo territorio; y sobretodo en los paisajes –devastadores o esperanzadores– que construimos.

El peligro radica en que quien conoce la lógica de ese sistema de ordenación, tiene las claves para dominar, controlar y poseer el «*ordo amoris*» y con esto poseer directamente al ser humano. Sería como tener algo semejante a la «formula cristalina para el cristal» señala Scheler (2003:27). En palabras del mismo autor: «quien posee el *ordo amoris* de una persona, posee a la persona». Con lo anterior se alerta que ese movimiento del corazón deviene –hasta cierto punto– atravesado por tramas de poder, es decir, que el *ordo amoris* no solamente tutela las cosas que pueden ser amadas, sino también las que no pueden serlo (León, 2011). ¿Cuáles serían las cosas que esta sociedad no permite que sean amadas? ¿Cuál es la insensibilidad que ordena este sistema de vida? ¿A qué dirigimos nuestra sensibilidad o nuestro amor y a qué no?, y por tanto ¿ante qué permanecemos anestesiados? ¿Cuál es la economía afectiva de este sistema? ¿Cómo operan sus rieles afectivos? ¿Cuál es acaso el orden del amor de nuestros tiempos?

GRÁFICO 4 - CONSTELACIÓN AFECTIVA



Fuente: elaboración propia

LA AFECTIVIDAD COMO POTENCIA EN BARUCH SPINOZA

En el libro de la *Ética*, Spinoza abre un tipo de sensibilidad para comprender nuestra participación en el mundo. En esa tarea parte de un cuestionamiento a quienes piensan que los afectos y las acciones humanas se encuentran por fuera de la naturaleza, llegando incluso a asumir la participación del ser humano, en el orden de la naturaleza, «como un imperio dentro de otro imperio». Contrario a ello, Spinoza (1980:123) considera que «la naturaleza siempre es la misma, en todas partes, su eficacia y potencia de obrar, son siempre las mismas»; por ello, cualquier modo o expresión de vida –incluyendo la fuerza de los afectos humanos y la potencia que de ellos se deriva– seguiría ese orden de la naturaleza. El reconocer que los afectos son intrínsecos a la naturaleza, que no son algo distinto, ni fuera de ello, significa que los afectos también tienen una lógica y una geometría, al igual que el orden natural.

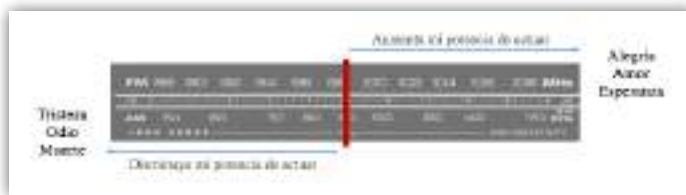
Antes de entrar a comprender los afectos, es fundamental diferenciar el «*affectio*» –la «afección»–, del «*affectus*» –afectos–; por el momento debe quedar claro que los afectos son entendidos –inicialmente– como un modo de pensamiento no representativo, que implica una volición, una voluntad o un querer. Si lo pensamos con detenimiento los afectos como la esperanza, el amor o la angustia, no representan estrictamente algo, aunque sí son sujetos de representación a través de las ideas. Mientras que una manzana –roja, jugosa y de olor dulce– me lleva directamente a un modo de pensamiento representativo, la ira o la esperanza no pueden ser representadas de forma directa, y por tanto su aparición necesariamente requiere de las «ideas». En este sentido «las ideas y los afectos son dos modos de pensamiento que difieren en su naturaleza, son irreductibles el uno al otro, pero están atrapados en una relación donde el afecto presupone la idea» (Deleuze, 1978:2). Las «ideas» funcionarían como un canal o un vehículo que permitiría la aparición de los «afectos». Sin duda, para odiar o querer es necesario tener una idea –por más inextricable e indeterminada– de lo que se odia o quiere. Si bien la complejidad de los afectos se nos escapa del entendimiento, siempre se tendrá la opción de recurrir a las ideas para acceder a la comprensión –así sea limitada– del mundo afectivo de un sujeto.

En la vida cotidiana tenemos un sinnúmero de pensamientos, las «ideas» van y vienen, cambian y se actualizan constantemente. Supongamos que en una mañana escribo y me siento confundida, luego leo una noticia y me embarga la tristeza, después llega Juan y experimento mucha alegría al verlo. Irremediamente las ideas se suceden y al mismo tiempo en nuestra

encarnación va operando una variación o una modulación. Ese «régimen de variación» que se da a partir de las ideas que se afirman en nosotros es lo que se entiende como «afectos» (Deleuze, 1978). Se trata de una modulación en la «*vis existendi*» –fuerza de existir– o en la «*potencia agendi*» –potencia de actuar–, siendo este último un concepto nodal en la definición spinoziana de los afectos.

Spinoza (1980:123) entendió los afectos como «las afecciones del cuerpo, por las cuales aumenta o disminuye, es favorecida o perjudicada, la potencia de obrar de ese mismo cuerpo». De nuevo, me siento alegre porque Juan está acá y ha aumentado mi potencia de actuar, pero de repente llega Arturo y siento que casi no puedo pronunciar su nombre, me cuesta mirarlo y compartir el espacio con él, mi potencia ahora está inhibida y perjudicada con su presencia. De ese modo, la forma y la intensidad en que las ideas conectan con mi cuerpo varían en un rango determinado. A mayor conexión con el carácter intrínseco de una idea –sobre algo o alguien–, tendré un mayor aumento o favorecimiento de mi «potencia de actuar»; en cambio a mayor desconexión o desencuentro, mayor será la disminución, la inhibición o el impedimento de mi «fuerza de vida» o de mi «potencia de actuar». Como lo ejemplifico en el siguiente gráfico, Spinoza encontrará que la «alegría» y la «tristeza» se ubican en los extremos de este rango de variación; sin embargo han existido otras interpretaciones que ayudan a ampliar la comprensión sobre este punto de la filosofía spinoziana; como lo vimos Scheler ha entendido estas polaridades como el «amor» y el «odio», por su parte Boaventura de Sousa Santos lo ha asumido como la «esperanza» y la «muerte». Sea como fuere, al parecer, es un contraste entre las «altas vibraciones» y las «bajas vibraciones» que pueden llegar al punto del aniquilamiento de mi fuerza vital. De hecho la polaridad de los afectos designa un umbral de intensidad que no puede vivenciarse más allá de lo que el cuerpo acepte; son intensidades que en su máximo grado nos advierten sobre los peligros del exceso y la desmesura.

GRÁFICO 5 - DIAL AFECTIVO

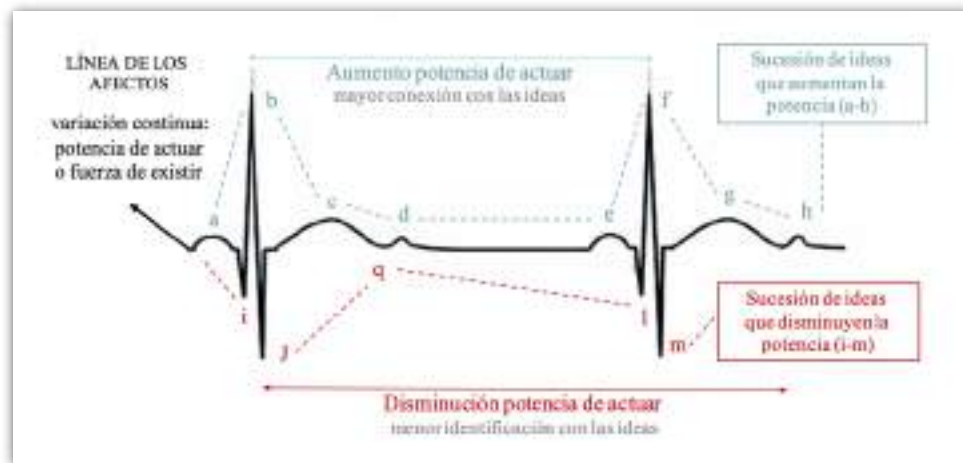


Fuente: elaboración propia

En otras palabras, cuando vibramos en el espectro de los afectos que tienden a ideas relacionadas con la «alegría» o el «amor», nos impregnamos de una sensación placentera que conserva, renueva y multiplica nuestras potencias. El júbilo, el gozo, el sosiego y la serenidad se anuncian, e incluso se proyectan en la vitalidad y en la «ampliación» del cuerpo encarnado. En cambio, las ideas y los afectos que suelen inclinarse del lado de la «tristeza», como lo son: la ira, la rabia, la envidia, el miedo, los celos, el resentimiento, la preocupación y la ansiedad –entre otros–, constituyen un «estrechamiento» perjudicial que consume cantidades importantes de energía y logra descargar nuestras potencias vitales. Sin duda, un estado humoral perturbado compromete el cuerpo entero y lo destina a enfermar y a envejecer aceleradamente. Sin embargo, Deleuze (1978) advierte que no solo la «tristeza» en extremo –como lo es una fuerte depresión– resulta riesgosa para el cuerpo, la «alegría» en demasía y vivida con descontrol o desenfreno, también puede desencadenar situaciones que nos destinen a un estado de potencia cero. De un modo u otro las «ideas» que tenemos sobre los fenómenos de la realidad generan una variación en nuestro estado anímico, y como consecuencia de ello, conectamos con alguno de los diferentes grados de ese rango tonal afectivo –entre la alegría y la tristeza– cuidando de no superar sus límites máximos de uso, inversión y desgaste energético.

De acuerdo con Deleuze (1978:4) la sucesión de ideas en nosotros, va creando una «especie de línea melódica de variación continua, que definirá el afecto en su correlación y en su diferencia con las ideas». Es decir, en Spinoza los afectos son esa variación continua –de la fuerza de existir– que está determinada por las ideas que se tienen. Cotidianamente se va pasando de un grado de conexión a otro; en otras palabras voy siendo afectado y voy viviendo en mi cuerpo la variación que me producen las ideas. Siento cerca a Arturo y disminuye mi potencia. Escucho a Juan y aumenta mi potencia. Me entero de que la primera especie extinta del año es el caracol hawaiano y disminuye mi potencia. Tengo la suerte de ver a mi perro haciendo algo gracioso y aumenta mi potencia. Como vemos en el siguiente diagrama las letras de color rojo representan la sucesión de ideas, mientras que la línea negra es la «variación melódica» de los afectos, que según las ideas, van aumentando o disminuyendo la potencia de obrar. Asimismo, esta imagen ayuda a inferir que movilizar un mayor número de ideas, nos hace más propensos a desatar una infinidad de afectos que condicionan la experiencia presente.

GRÁFICO 6 - VARIACIÓN MELÓDICA DE LOS AFECTOS



Fuente: elaboración propia

Siguiendo con la explicación de Deleuze (1978) vemos que Spinoza llegó a identificar y explorar tres tipos de ideas que determinan los afectos: a) ideas afección «affectio», b) ideas nociones, y c) ideas esencias. Las *ideas-afección* son las que surgen cuando el estado de un cuerpo recibe la acción de otro cuerpo, como por ejemplo el efecto de los rayos del sol sobre mí. La «afección» es el efecto o la modificación que un cuerpo produce sobre otro, como cuando el sol calienta e incluso quema mi piel. Por tanto, la afección siempre implica un contacto o una mezcla entre cuerpos, superficies o líneas (Deleuze, 1978). Que un cuerpo este lanzado a afectar otro, significa que el cuerpo afectado va acogiendo el trazo del cuerpo afectante, por esta razón el sol pinta o colorea mi rostro, o también puede ser que un buen son cubano logre que poco a poco mis brazos y mis caderas se integren con su ritmo. Allí esta la música modificando la quietud de mi cuerpo, el son está actuando decididamente sobre mí.

Estas *ideas-afección* son un tipo de conocimiento primario que se centra en los efectos, mientras que ignora las causas. Sabe de los resultados de las mezclas, pero no de las razones de las mezclas. Son ideas que están al nivel de las «pasiones» y en el azar de los encuentros fortuitos. Este es el lugar donde Spinoza ubica los «afectos» que devienen de «ideas inadecuadas», y de sucesos de los que solo somos «causa parcial». Aquí los «afectos» son entendidos como una «pasión»⁶, es decir, como un «padecer» y una «pasividad» que se moviliza bajo el influjo de la «potestas», o del «poder» que ejerce un tercero sobre mí. Mantenerse en este nivel de las ideas, es como permanecer en condición de menor de edad, siempre a la merced de que hablen, elijan, y

⁶ Recordemos que la palabra pasión proviene del latín *passio* que significa sufrir, aguantar o padecer. Asimismo, la pasión es el estado contrario a la acción y por tanto indica un estado pasivo.

decidan por ti. Aquí hay una pérdida de la potencia de actuar, puesto que a mayor «*potestas*», menor «*potentia*» y mayor padecimiento de la voluntad del otro. Sumado a ello, Spinoza señalará que quienes detentan el poder necesitan que las personas se mantengan vivenciando pasiones tristes –como el miedo, el orgullo, la culpabilidad, la envidia, entre muchas otras– para controlarlas y alimentarse de su incapacidad de obrar. Incluso cuando estamos bajo afectos tristes, vale la pena preguntarnos si hay algún cuerpo actuando sobre el mío, ya que a diario los poderes cultivan temores, tristezas y la angustias. En parte son los medios de comunicación y las redes sociales donde se expresa ese interés por afectar con pasiones tristes a las poblaciones. De acuerdo con Deleuze la *Ética* de Spinoza es una verdadera denuncia:

[...] la gente que es totalmente impotente es la más peligrosa. Son los que van a tomar el poder. La gente del poder son impotentes que solo pueden construir su poder sobre la tristeza de los otros. Tienen necesidad de la tristeza: solo pueden reinar sobre los esclavos, y el esclavo es precisamente el régimen de la disminución de potencia. Hay gente que solo adquiere poder por la tristeza e instaurando un régimen de tristeza, del tipo "arrepíentete", del tipo "odia a alguien y si no tienes a quien odiar, ódiate a ti mismo" (Deleuze, 1981:55).

Estas mezclas al interior de las *ideas-afcción*, refieren encuentros entre los cuerpos de los poderosos y los cuerpos de las personas atravesadas por el miedo, inevitablemente en esta relación siempre primará la im-potencia sobre la potencia y la pasividad o la reacción sobre la acción. Claramente las mezclas poco provechosas no se reducen a una relación con la «*potestas*», la vida en sí misma implica estar a la merced de una infinidad de malos encuentros. Algunas veces identificamos las mezclas nocivas y decimos con seguridad que algo no nos place, queriendo decir «que el efecto de un cuerpo sobre el mío, el efecto de un alma sobre la mía me afecta desagradablemente» (Deleuze, 1978:7) o que la acción de ese cuerpo sobre mí se da en unas condiciones que no convienen a mi cuerpo. Cuando alguien expresa que no le gusta la coca-cola, quiere decir que ese líquido se mezcla con su cuerpo y lo modifica de una forma desagradable. La coca-cola entendida como cuerpo tiene una conformación, una organización, un origen, un contexto y una historia que no viene bien con su cuerpo. Otra «mala mezcla» – muy común en San Cristóbal de Las Casas– es cuando tu cuerpo se encuentra con el cuerpo de una salmonella. Bajo este encuentro tu potencia de actuar se ve totalmente disminuida, e incluso algunas tipologías de esta bacteria son tan agresivas –como la *Salmonella typhi*–, que de no ser por las atenciones médicas, tendría la capacidad de destruir la relación constituyente o característica

del cuerpo humano y llevarlo a la muerte o a una potencia de actuar que tienda a cero. En los malos encuentros toda la potencia vital se concentra en investir, identificar, localizar y distanciar el trazo del cuerpo que no conviene con el mío, la idea es neutralizar, rechazar e impedir la acción destructiva de ese cuerpo, sin embargo, el costo de invertir energía en esto es disminuir aún más mi potencia, que desde un principio ya estaba afectada (Deleuze, 1978:54). En los casos contrarios, cuando tenemos «buenas mezclas» o buenos encuentros somos afectados de forma agradable o provechosa, aumentando así la potencia de actuar y la fuerza vital. Nuestro cuerpo se nutre con el buen encuentro de una verdura, una legumbre, una fruta o unos granos que han sido cultivados de formas amorosas, libres de químicos y de riegos insalubres.

Como vemos para Spinoza todas las pasiones de las *ideas-afcción* se generan y transitan en el rango de los dos afectos fundamentales: la alegría que es el buen encuentro potenciador de mi hacer, y la tristeza, la mala mezcla que disminuye mi potencia e incluso pone en peligro mi fuerza vital. Sin embargo, esto no quiere decir que vivencemos afectos puros e incontaminados, al contrario los afectos alegres y los tristes pueden darse a la vez, en forma simultanea. Pese a que queramos mucho a un amigo y que tengamos los mejores deseos hacia él, es posible que bajo ciertas circunstancias nos entristezcamos con sus éxitos y sus alegrías. Así de contradictorias e inesperadas llegan a ser las afecciones de las que somos presos. En el mundo de las *ideas-afcción* estamos privados del conocimiento en la medida en que nos encontramos atrapados en el conocimiento inadecuado de las cosas, es decir, en las ideas incompletas, mutiladas y confusas (Spinoza, 1980). Las *ideas-afcción* nos separan de nuestra potencia de actuar y en esa pasividad no podemos controlar las pasiones, al contrario, somos controlados por ellas. El punto es que no alcanzamos a ser causa de los propios afectos, ya que estos son producidos en mí por causas externas o por la voluntad de otro (Deleuze, 1978).

Pero en realidad ¿estamos condenados a vivir según lo que dictan nuestras pasiones? ¿Podemos salir de las *ideas-afcción* aunque nuestra condición humana nos empuje constantemente a esa realidad? En este sentido Spinoza planteo las b) *ideas-nociones* como un camino para escapar del dominio de las pasiones y trascender al dominio de las acciones. Con los afectos-activos la potencia de obrar es conquistada, y ya no se transitaría involuntariamente por los altibajos de la variación melódica de los afectos (Deleuze, 1978). El punto fundamental en las *ideas-nociones* es que se tiene claridad sobre las mezclas y los encuentros que nos convienen o no. El objetivo de la *noción* es comprender las causas y conocer las características de los cuerpos que se encuentran o que nos afectan, de ese modo se podrá prever los posibles efectos o resultados de las mezclas

e incluso se buscará la composición de relaciones que sean beneficiosas (Deleuze, 1978). El conocimiento del propio cuerpo y la conciencia sobre las características que constituyen los otros cuerpos con los que potencialmente entraré en relación, me ayuda a entender con qué clase de frutas, verduras, personas, lugares o animales tendré una buena mezcla y con cuales no, sabré que es provechoso para mi cuerpo y qué no lo es.

La *idea-noción* es el terreno de las ideas adecuadas –ideas que conocen de las causas–, de las acciones que son obra de sí y de las mezclas que potencian nuestra energía vital. Asimismo, es posible construir ideas noción colectivas o «naciones comunes», que como los «rieles afectivos» permiten tener complicidades y compartir comprensiones, conocimientos e informaciones sobre los buenos y los malos encuentros de los cuerpos (Deleuze, 1978). Las «naciones comunes» se forman a nivel local, es en la proximidad de un territorio que podemos generar conocimiento sobre los encuentros que convienen. Sin embargo, aunque son comunes no llegan a reflejar la existencia de leyes generales para todos los cuerpos que hacen parte de un grupo, pero sí muestran tendencias o ciertas coincidencias en los resultados de las mezclas. Para algunos, sentir la alegría de cosechar agua de lluvia es conectar con la potencialidad de una «nación común» que es muy local, concreta y restringida a determinada geografía.

El tercer nivel de las *ideas-esencias*, es el más elevado y por eso es el más difícil de alcanzar, en palabras de Deleuze (1978) solo un número reducido de personas puede acceder al mundo de las esencias. Este tercer género de conocimiento surge del segundo y también gira alrededor de las ideas adecuadas, aunque más allá de conocer las causas, su objetivo es acceder a las esencias, es decir, al grado de intensidad o de potencia que define un cuerpo. En Spinoza es fundamental comprender que la propia esencia singular, es la misma esencia singular de todas las cosas; justamente «todas las cosas singulares son modos, son atributos de la naturaleza, que expresan de cierta y determinada manera la potencia de esa misma naturaleza» (Spinoza, 1980:131). Una hormiga, una flor o un humano son modos o expresiones de la potencia que tiene la naturaleza como un todo, de la misma forma que una mesa de madera, una hoja de papel y una bellota son expresiones de un mismo árbol de encino.

En cualquier caso, de los tres niveles de ideas deviene el «afecto» que se entiende bien como una pasión –*ideas afecciones*– o como una acción –*ideas naciones y esencias*–. De igual forma el poder de ser afectado está definido por las características que componen los cuerpos, es en virtud de su capacidad que se define cuál es el poder o la intensidad que puede un cuerpo específico. Lo importante para Spinoza es ¿Qué es lo que puede un cuerpo? ¿De qué afectos es capaz? ¿Cuál es

su poder, su potencia o su intensidad al advertirse —o no— como una expresión o un modo singular de la naturaleza? (Deleuze, 1978). Se expone esta idea no sin antes advertir, que aunque el cuerpo de los seres humanos tiende a ser capaz de las mismas afecciones, lo cierto es que las culturas, las sociedades o las comunidades no siempre son capaces de los mismos afectos, incluso sería viable trazar distintos «mapas afectivos» según las diferentes capacidades de ser afectados. De nuevo esta idea spinoziana se relaciona con los «rieles afectivos» que evidencian las diversas formas de emocionar en los grupos humanos. Pero aunque se pertenezca a una misma cultura, lo que puede un cuerpo no es igual o lo que puede otro cuerpo, es decir, los afectos de los que se es capaz así como su intensidad, difieren de persona a persona.

Pese a que la potencia de obrar varía en cada cuerpo singular o modo, hay un eje transversal a todas las potencias, me refiero a la energía que se opone «a todo aquello que pueda privarle de su existencia» (Spinoza, 1980:131). En el núcleo de la potencia permanece la fuerza que interpela cualquier forma de destrucción y que rechaza la acción destructiva de un mal encuentro. Es así como, cada cuerpo «se esfuerza cuanto puede y está a su alcance por perseverar en su ser» (Spinoza, 1980:131). Ese esfuerzo por «perseverar» —que no es distinto a la esencia o a la intensidad de la potencia de obrar— ha sido vinculado con la noción del «*conatus*», entendido como esa tendencia de permanecer en el ser, ese impulso de seguir existiendo o esa intención de que la vida continúe siendo vida.

No existe diferenciación entre un cuerpo y su impulso de existir, sin duda esa fuerza de querer seguir siendo le es inherente a cada modo. El «*conatus*» se presenta como una «*volición*» o una «voluntad» por conservarse en la medida de las propias posibilidades. Conjuga «la necesidad, la conservación y la querencia originarias», es decir, concentra la energía que incita y lanza —desde lo más íntimo— a conseguir lo que se necesita como respuesta a una carencia o a un querer (León, 2018). Asimismo se expresa como un «apetito» o una apetencia de vida, una «sed de existencia», un «deseo consciente» o una «afirmación activa» de un cuerpo en su ser. En pocas palabras es un «esfuerzo en acto» por reafirmarse, oponerse o resistirse ante cualquier manifestación que ponga en riesgo o vulnere la posibilidad de permanecer (Spinoza, 1980). En este sentido, el «*conatus*» funge como un «defensor, guardián, restaurador y regulador» que preserva las potencias (León, 2018:44), un economizador energético que canaliza las tormentas y exaltaciones sentimentales a fin de conservar la homeóstasis en la «animación encarnada».

Este «apetito» de vida es el eje medular de la realidad humana, una característica connatural que encierra la principal fuerza viva que procura todo lo que puede aumentar las potencias hasta

el límite particular de cada cuerpo (Robert & Rahnema, 2001). Por ello, el «*conatus*» además de ser tendencia a conservarse, es «tendencia a acrecentar el ser» a perfeccionarlo y aumentar su energía vital (Gutiérrez, 2005:114). Es gracias a esta pulsión, que tendemos a expandir, ensanchar y ampliar la capacidad de ser afectados por otros modos que resultan provechosos, por las buenas mezclas que engrandecen la encarnación animada.

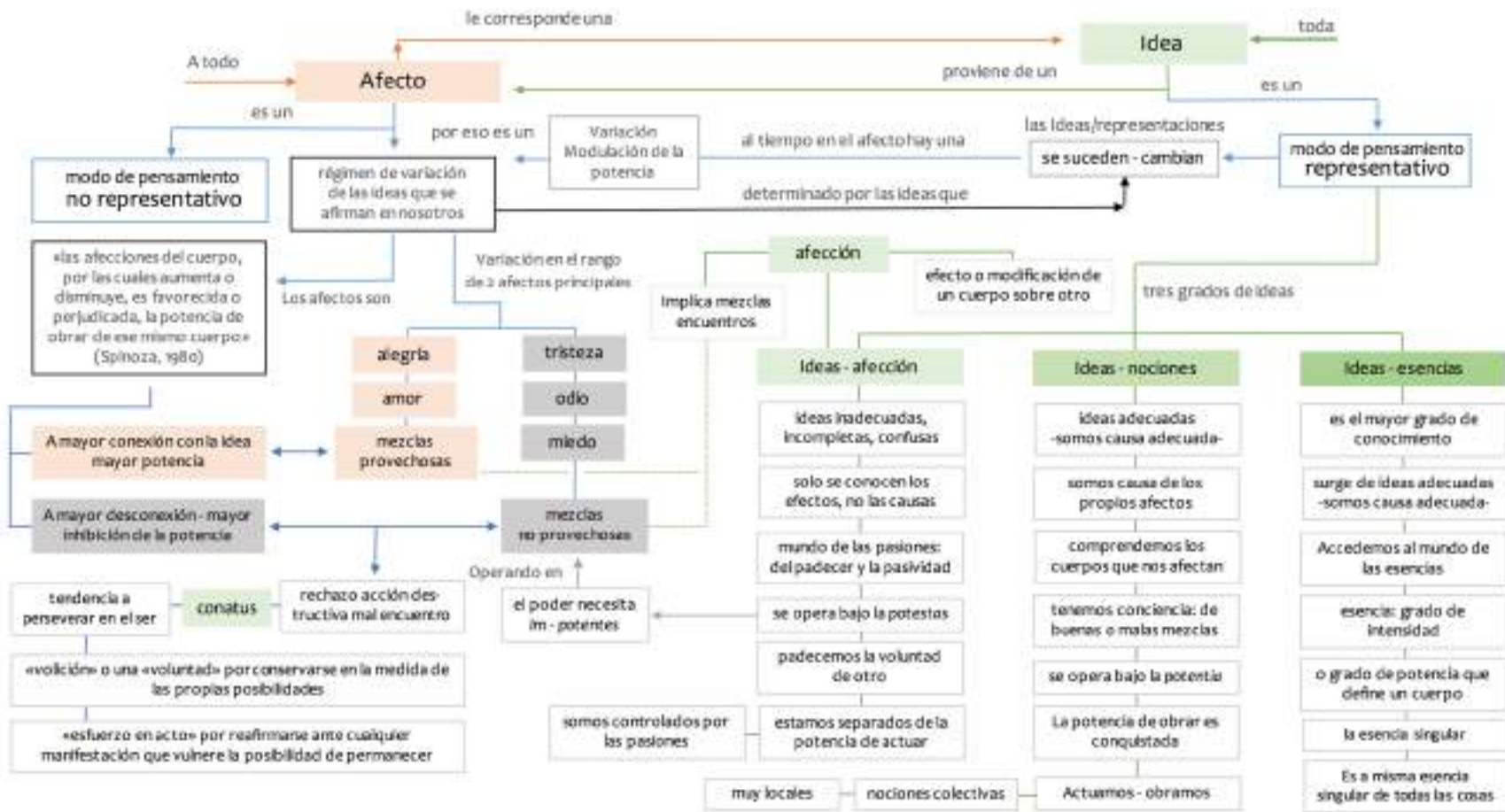
Frente a esa sed de vida, Spinoza (1980:132) dirá que: «nosotros no intentamos, queremos, apetecemos ni deseamos algo porque lo juzguemos bueno, sino que, al contrario, juzgamos que algo es bueno porque lo intentamos, queremos, apetecemos y deseamos». Juzgo que algo es bueno, porque estoy lanzada a él, y en ese impulso está operando mi «*conatus*», mi intención de perseverar. De forma contraria juzgaré que algo es malo o no provechoso, porque desde mi expresión natural de «*conatus*» estoy decidida a rechazarlo. De ahí que las afecciones alegres que me nutren, construyen o conservan tiendan a evaluarse como «amables» o deseables, mientras que las afecciones tristes que destruyen las energías vitales y ponen en peligro mi ser, pasan a ser parte de lo «odiable», es decir, de aquello que se considera indeseado. Según eso, las causas exteriores tienen la capacidad de aumentar o disminuir, favorecer o reprimir ese «deseo consciente», que al igual que la potencia, es una naturaleza que necesariamente varía entre uno y otro ser.

Sin embargo, lo amable y lo odiable en términos de «*conatus*» solo tendría sentido en un «corazón ordenado» que busca preservar su existencia. De hecho reflejaría un gran desorden del corazón llegar a amar lo que destruye las relaciones vitales o el dirigirse a arrasar las lógicas relacionales de las cuales depende la vida. En este punto encuentro profundamente paradójico que sea viable experimentar ese desorden que va a contracorriente de ese apetito de vida, de esa energía fundante en la experiencia humana. Si la vida quiere vida, si su tender inherente es la existencia, ¿por qué se sorprende al animal humano en la pulsión de aniquilar y negar otras expresiones o modos? ¿Será acaso posible que un ser humano guiado por «ideas inadecuadas» no pueda discriminar, reconocer o entender lo que es útil y provechoso para la propia conservación? ¿Podrá ser que al verse persuadido por determinados deseos y necesidades –impuestas– termine actuando en contra de su «*conatus*»?

Ahora me pregunto si las cartografías de la devastación pueden leerse a partir de un desorden del corazón que al ser guiado por «ideas inadecuadas» niega el «*conatus*» como característica fundante de la vida y del ser humano. Contrario a ello, desde ya me atrevo a pensar que las cartografías de la esperanza tienden a una existencia distinta, como respuesta a la alarma

o la alerta que advierte la superación de los límites de afectación destructiva sobre el planeta. ¿En realidad hay un *conatus* operando en las líneas de fuga como respuesta a la destrucción? ¿Cómo operan las líneas de fuga en estos escenarios de devastación y en estos juegos de la *potestas* que inhiben la potencia de obrar? ¿Cómo se manifiesta su potencia, esa potencia de actuar que Spinoza llamaba *potentia*? ¿Es posible mapear su afectividad o vislumbrar alguna lógica afectiva? ¿Acaso cuentan con alguna economía emocional? o ¿Coinciden en el mismo tránsito de un riel afectivo? ¿Qué es lo que puede el cuerpo de una persona que se fuga al intersticio? ¿De que afectos es capaz?

GRÁFICO 7 - LA AFECTIVIDAD COMO POTENCIA



Fuente: elaboración propia

Tercer momento
La potencia en el arte de la fuga

TERCER MOMENTO
LA POTENCIA EN EL ARTE DE LA FUGA

*Sonríe, tierra voluptuosa de fresco aliento,
Tierra de los árboles dormidos y húmedos,
Tierra del sol que ya se ha ido,
Tierra de las montañas de cumbre nebulosa,
Tierra del cristalino fluir de la luna llena,
apenas tocada de azul,
Tierra del brillo y de la sombra manchando
la corriente del río,
Tierra del gris límpido de las nubes que
resplandecen y se aclaran
para que yo no las vea,
Tierra yacente y extendida, rica tierra de azabares
Sonríe, porque llega tu amante.*

*Pródiga me has dado tu amor, te doy pues mi amor,
Mi apasionado amor indecible.*

*Fragmento de Canto a mí mismo, Walt Whitman
Traducción Jorge Luis Borges*

EL CONATUS EN LOS PAISAJES DEL INTERSTICIO

DEJARSE AFECTAR

Cada vez me es más difícil separarme de las líneas de este escrito. Sé por donde empezar. Ahora comenzaré con mi propia «angustia». No sé si me he vuelto loca pero en cada poro de mi piel siento el estrés de la naturaleza, de los ríos secándose, de los peces que mueren sobre las rocas sin tener donde nadar, de los árboles, de las abejas, las montañas y las luciérnagas a las que les negamos la vida. De los corales que poco a poco van apagando su luz, de los caballos que pasan por la casa y buscan la manera de comunicarme su sed. De los incendios que expresan la furia del fuego y se llevan todo a su paso: hormigas, catarinas, escorpiones, mariposas, hongos, osos, serpientes, tortugas e iguanas. No todas las aves pueden escapar, algunas aún no saben salir de sus casas-árbol, todo queda bajo el mismo triste gris. Vuela al compás del viento la vida transformada en polvo. Es la escena en SCLC y en general de Chiapas en marzo 2019. No estoy en África ni en Alaska, es aquí en esta tierra donde pienso que el cambio climático es en serio. El calentamiento global nos pinta un paisaje desecado, alimento seguro para el fuego incontrollable. ¿Hasta cuándo la perversidad? ¿Hasta cuándo el desamor y la anestesia? Tengo la certeza de que no soy la única que lo ve. Mi preocupación y mi tristeza, es la misma de muchos:

Lo que está pasando en el planeta, todos lo sentimos en el corazón, una gran crisis del alma humana, una gran crisis del ambiente, de la destrucción de la naturaleza, de la destrucción de la belleza de la vida y una gran crisis política, social y financiera. Hoy en día cada que uno mira el periódico dice: estamos en crisis. Pero las crisis cada vez son más pegaditas unas de otras y eso está diciendo algo. Es la misma crisis que venimos sintiendo en el corazón, donde la historia que nos contaron ya no sirve (Mardones, 2017).

Por excelencia el corazón es el lugar metafórico donde se alojan las alegrías, las tristezas y toda suerte de afecciones. Para Felipe es justamente allí, en nuestros corazones, donde sentimos la gran crisis del alma, esa crisis que está tan adentro como afuera de nosotros. En plural, habla de un sentimiento que no nos es ajeno. Tal vez la primera pista para conectar con el intersticio es comprender que allí existe un afecto compartido, es decir, unas ideas con sentidos similares y una preocupación común frente a la forma acelerada en que venimos destruyendo las interrelaciones que componen la vida en el planeta.

En estas tierras los árboles florecen antes de tiempo, en temporadas primaverales sorprenden heladas que queman las hortalizas, deja de llover cuando se espera la lluvia. Por los riachuelos y los manantiales ya no corre ni brota el agua. Las luciérnagas se esperaban en marzo, pero llegaron en junio. Más de la mitad de los humedales se han secado, la neblina casi desapareció por completo, y la ciudad fría y gris solo existe en los recuerdos, en las historias desteñidas y melancólicas de los taxistas o de los viejos amigos. Me hablan de búhos, lechuzas, conejos, musarañas, murciélagos y ardillas pero ya no logro verlos en la zona, solo ha quedado el fantasma de mi deseo que quiere encontrarlos casualmente mientras camino por el jardín o mientras diviso el paisaje por la ventana. Los vecinos me cuentan que hace días la empresa municipal no les surte el agua y viene a mi memoria que para Jesús la gran preocupación es:

Que no va a haber mucha disponibilidad de agua y eso va a tener un efecto importante en la vida de todo ser humano, y de todo animal, y de todo ser, entonces esa es la preocupación ¿qué va haber después? no sé, a lo mejor otro tipo de vida. No sé, las cosas están cambiando con la tecnología. ¡Híjole! pero no me imagino muchas cosas, yo sé que ya se pueden hacer muchas cosas artificiales, distintas a lo natural. ¿Pero qué es lo que vamos a tener? ni idea. Pero sí es una preocupación, que necesitemos agua y no la tengamos, que otros seres necesiten agua y no la tengan. Entonces va a ver un conflicto, y luego pienso en mis hijos, en mis hijas y en cómo van a estar ellos, esa es la gran preocupación (Entrevista Jesús, 2018).

Un sonido revienta en mis oídos. Son las alarmas que se han prendido, aquí y allá –siendo allá cualquier rincón del planeta–. Me estalla en el tímpano el tic–tac de un reloj que va en cuenta regresiva. Los informes científicos coinciden en que nos queda poco tiempo para cambiar el rumbo civilizatorio que está comprometiendo la continuidad de la vida en el planeta. Aumenta la temperatura en la atmósfera terrestre y en los océanos. Aumenta. Aumenta. El deshielo de los polos no da tregua y en abril fallecieron casi todas las crías de la comunidad más grande de pingüinos emperador en la *Bahía de Halley*. Los osos polares cada vez tienen menos alimento; también mueren de hambre al quedar atrapados en zonas terrestres donde no hay comida, e incluso perecen como náufragos esqueléticos en islotes de hielo que se desprenden del suelo ártico. Tic–tac. El Himalaya –la morada de la nieve– también conocido como el tercer polo, se derrite aceleradamente ante la mirada impotente de los seres del Tíbet. Cerca del 93% de la *Gran Barrera de Coral* australiana se encuentra en proceso de «blanqueamiento», una consecuencia más de la acidificación de los océanos¹. Las sequías que tienden a ser más prolongadas en la cuenca amazónica impactan el equilibrio del bosque y acrecientan la mortalidad de diversas especies arbóreas, que además, ya eran víctimas de un proceso de deforestación masiva. Igualmente, las inclementes sequías en África se traducen en hambrunas, conflictos sociales y movimientos migratorios. Las fuertes realidades de esta zona del viejo continente, no están lejos de reflejar el futuro que se vivirá en otros territorios. Tic–tac. La paradoja nos asalta una vez más y después de las sequías extremas, golpean violentas inundaciones. Pero, como si se tratara de un bucle macabro, los diluvios rápidamente son condenados al olvido. De nuevo se agrieta la piel de la tierra, y su sed vuelve a ser el alimento del fuego. Arde el Amazonas y arden los boques de Bolivia, de Perú, de Siberia, del Ártico y de África subsahariana. Mientras tanto, los extremos meteorológicos del calentamiento global nos hacen más adictos a los altos consumos energéticos que aseguran el confort de los ambientes artificiales. Sin duda incrementamos nuestra dependencia a los combustibles fósiles, al tiempo que acontecemos a su inminente agotamiento. Tic–tac.

Vuelven a resonar en mi cuerpo las palabras de Felipe, «lo que pasa en el planeta, lo sentimos en el corazón». La acción de «sentir la crisis» es un percatarse, es un «darse cuenta», y sobre todo

¹ Se llama blanqueamiento a la muerte de las microalgas que encienden de colores fluorescentes los sistemas coralinos. Su ausencia puede llegar a significar la muerte del coral, lo cual impacta considerablemente la biodiversidad de los ecosistemas marinos.

es el acto de otorgar una «direccionalidad» a lo que pensamos frente a esta apuesta civilizatoria. Particularmente en el intersticio se han consolidado unos afectos que van acompañados de la «idea representacional» de que nuestra civilización se ha convertido en una máquina de destrucción. Dicha apertura al mundo devastado es una experiencia sensible, que se da a partir de unos contenidos de la realidad que hemos seleccionado según la importancia y el peso que tienen para nosotros. No es casualidad que la mayoría de los seres que se fugan al intersticio, expresan haber tenido desde sus primeros años de vida una afectividad especial hacia los seres naturales. En esa dirección Juancho recuerda: «bien chavito me interesaba todo lo que tenía que ver con una vida más conectada a la naturaleza; por ahí, mi hermana me dio una vez la carta del Jefe *Seattle*, y esa me hacía llorar, se me hacía tan bonita, me gustaba mucho» (Entrevista Juancho, 2018). Asimismo las palabras de Jesús describen la forma en que se aparecía el mundo desde su niñez, cada palabra pone en evidencia los contenidos fundamentales de su percepción:

Lo natural, la naturaleza siempre me ha encantado, desde que era niño, haz de cuenta que si hubiera vivido aquí te apuesto que hubiera encontrado donde están las arañas, las lagartijas y ahí hubiera visto que estuvieran bien, hubiera sabido qué comían, entonces siempre me han preocupado esos bichos. El único animal que no tolero y al que le temo es a la rata, cualquier roedor, es algo que me genera una fobia. Pero desde niño yo recuerdo que veía las arañas, que en México les llamaban las arañas panteoneras, eran de colores muy bonitos, también hay aquí, después las descubrí. Entonces siempre me ha gustado observar la naturaleza y ver todo esto, y el sembrar un árbol era el imaginarme todo lo que podía vivir sobre él –como una casa–. Aparte de ver el árbol en sí verde y bonito, era ver todo lo que tiene alrededor el árbol, y eso es algo que ya traes, nadie te lo dice. [...] La naturaleza es algo muy complejo, es parte de todo, yo me acuerdo cómo en una azotea de una colonia donde no había nada, podías encontrar eso: «vida», ver lagartijas comiendo, las moscas haciendo otro trabajo, la plantita o el musgo que ya nació por aquí, todo es para mí la naturaleza, entender cómo viven, porque están allí ¿cómo llegan a la azotea? A veces no te lo explicas, hay muchas cosas que no tienen respuesta, para mí todo eso es la naturaleza. Y luego verlo en el entorno, los sonidos, el agua, el bosque, la tierra, las piedras, les encuentro belleza a las piedras. En lugar de ver otras cosas, me dediqué a ver esas cosas de la naturaleza y eso es lo que me encanta hacer, todavía hoy en día veo una piedra y digo: ¡ay! ¡qué padre esta piedra! y no vas a encontrar otra igual, y eso es parte de la naturaleza. [...] de niño cuando se fue mi amigo imaginario, empecé a tener estos otros amigos: las arañas, las lagartijas, las viboritas de agua. Me gustó tener todos esos bichos en casa, entonces iba los atrapaba, los traía, y eran los grandes regaños de mi madre, pero

me salía siempre con la mía, entonces desde allí ya viene esa conexión con la naturaleza [...] Recuerdo que una vez conseguí mil árboles para la ciudad de México, y donde metes mil árboles, a una amiga le di un buen para sembrar en un predio que tenía, pero principalmente fueron para calles, y muchos de estos árboles los llevé a ciudad Neza y hoy en día son árboles grandísimos. Yo recuerdo que ya esas eran mis características. Me regañaba mi madre porque yo había plantado fuera de la casa unos árboles, desde pequeñas matas hasta que crecieron, pero no solo sembré ahí, sembré en varios sitios de los vecinos y luego me acuerdo que había conflicto con ella, porque yo llegaba cansado de trabajar o de estudiar, veía que no había llovido y llevaba mis cubetas caminando hasta donde encontraba mis árboles, y ella decía: pero cómo es posible, que ya no basta con que les sembraste los árboles ¿la gente no los puede regar? entonces me generaba un conflicto, me regañaba, me llamaba la atención, y yo le decía: pero es que yo no sembré los árboles para ellos, si ellos no los cuidan a mí no me importa, yo los sembré para mí, yo quiero ver la calle llena de árboles y bueno ese fue mi capricho. Después quitaron algunos árboles, y como en todas las colonias «encementaron», pero hoy en día, algunos de los que sembré, ahí están, entonces hoy llego, veo y digo: mira qué padre son los árboles que sembré, mira de qué tamaño están, y ahí están (Entrevista Jesús, 2018).

La sensibilidad intersticial cuenta las historias de una apertura afectiva que dota de significado vivo y vibrante a las piedras, las arañas, los árboles y el bosque. Sus fuentes de afectividad se entrelazan con el halo de magia y de misterio que recubre aquello que es nombrado como «naturaleza»; creería que esa misma intensidad energética inundó el cuerpo encarnado de Alma, al punto de dejarla sin opciones ante la particular belleza de las montañas ubicadas al sur-este de San Cristóbal:

[...] cuando conocí Katic dije; ¡tengo que vivir aquí! por la montaña, por el bosque, o sea, eso me encanta y bueno tengo esa conexión con la naturaleza, es vida, es energía, no sé... me da complicidad, alegría, tranquilidad; para mí, ver verde, ver montañas es así lo máximo. No quiero ver esto lleno de cemento, además salí de la ciudad de México por eso, yo crecí en la ciudad de México, crecí en el cemento, mi madre y mi padre tuvieron de su trabajo un crédito para comprar uno de estos departamentos de interés social, que además son edificios a, b, c, d y g, y estás rodeada de edificios de seis pisos y a mí eso me ahogaba, entonces cuando conocí Chiapas vi el campo, me sentí libre, como que me da libertad; entonces cuando veo que ya están poniendo relleno, que empiezan a hacer cosas de cemento, digo: ¡no! ¡por favor no! y es como ese choque de que no quiero, no me gusta, entonces uno es eso (Entrevista Alma, 2018).

Para la mayoría de mis interlocutores los seres de la naturaleza han ocupado un lugar especial desde siempre, en otras palabras, los diversos «modos» o expresiones de la naturaleza se afirman en sus cuerpos, de tal manera que aumentan su potencia o su energía vital. Los árboles, los bichos, el agua, los manantiales, las aves y las lagartijas constituyen en sus vidas las afecciones alegres y las «buenas mezclas» que incrementan su capacidad de obrar. En ese sentido, resulta lógico el cuestionamiento y la crítica frente a las «malas mezclas» que tienden a deteriorar la potencia de los seres naturales, al punto de causarles la muerte y de generar extinciones masivas. El *fracking*, la minería, la extracción de petróleo y de carbón en el mar, la tala de bosques, la sobreexplotación del agua y en general la economía de consumo que profundiza las lógicas de la competencia, las desigualdades, las injusticias sociales y ambientales, son algunos ejemplos de las «malas mezclas» que están destruyendo la potencia y la energía vital del planeta.

TOMAR DISTANCIA EN LA FUGA

Quien se aproxima al intersticio ha vivido con intensidad la tristeza de los daños causados por las «malas mezclas» de la acción humana. El punto al que quiero llegar es que lo que puede el cuerpo de estas personas es «afectarse» por la crisis generalizada. Su cuerpo es capaz de sentir afecciones como: «ira», «tristeza», «enojo», «inconformidad», «rabia», «desencanto» y «decepción». En otros casos la densidad de lo sentido se enuncia con la simpleza de «sentir feo». Lo que puede su cuerpo es vivenciar una profunda incomodidad y un malestar que empuja a salirse un poco, a generar algo de distancia que permita criticar y mirar con extrañeza:

[...] la principal crítica es que no estamos cómodos en el mundo. Desde hace mucho tiempo, somos unos animales que no podemos estar cómodos, estamos destruyendo, y no estamos felices. Quizás me oigo radical en eso. Eso es lo que estoy tratando de entender, por qué somos un animal tan complicado, y por qué no podemos estar bien, tenemos que ir hasta a terapia para empezar a vernos y a reconocer ese tipo de cosas (Entrevista Juancho, 2018).

Comprender. Hacerse consciente. Entrar en un viaje de extrañamiento frente a sí mismo. Sentir en un instante que algo se quebró para siempre, y sorprenderse con la anormalidad de lo que hemos normalizado por décadas. Despertar de la realidad autoevidente que hemos fabricado. Desestructurarse: «romper con los propios esquemas, las estructuras, y los aprendizajes del lugar

donde se crece, donde se es educado de un modo y bombardeado con la información –que gira alrededor de todos– de cómo debe de ser la vida» (Entrevista Lucy, 2018). Desconectarse poco a poco de «este sistema que te mete tanto en la televisión, en la radio, en la música, en lo que ves, en los espectaculares, a donde vayas te anestesian en este mundo de consumismo o del quiero más, o necesitas tener más, o en el mundo de la desconfianza hacia el otro» (Entrevista Saraí, 2018). Es el ejercicio del pez que salta y divisa el agua en la que nada.

[...] esta cuestión de salirse de uno mismo, le permite a uno verse y entonces criticarse, y junto con uno, pues criticar al sistema que me había hecho a mí, que me había formado a mí hasta los veintitantos. Entonces como entrar en una dinámica de crítica, de criticar al sistema, de criticar la injusticia, de criticar muchas cosas (Entrevista Rubén, 2018).

Con respecto a la afectación vivida y al estado que esta provoca en el cuerpo, no solamente se critica el sistema o la matriz cultural dominante como una exterioridad, también uno mismo puede cuestionarse e interrogarse a fin de direccionar el propio «querer». Desde el intersticio preguntarse por el «*quarero*», es sincerarse sobre lo que se busca, se pretende o se apetece. ¿En qué lugar está mi querer? ¿En qué espacio aterrizan mis deseos? ¿Hasta qué punto se deslindan del sistema dominante y se direccionan hacia el intersticio?

[...] entonces como que eso fue, voltear a verme y decir, neta quieres eso, ¿qué quieres?, bueno, la pinche escuela no me ofrece nada, veo que los hospitales están hechos para que la gente vaya a morir, porque quienes lo generan jamás van a ir a meterse a un hospital público, los poderosos hacen estas mierdas, pero jamás van a estar ellos ahí dentro. Si te mandan a la escuela es simple y sencillamente porque hay que competir, hay que buscar números, hay que memorizar cosas, y al final vas a hacer algo que va a servirle a otra persona. Por ejemplo, aquí tú no te sanas porque hay un buen doctor, tú sanas porque tienes el dinero para pagarle a esa persona y te sane, o un buen abogado, el buen abogado es el varo, él no va a servirte porque: “yo soy un abogado y puedo servirte”. Entonces me di cuenta desde muy morro, esto no tiene sentido, hay un chingo de banda que es ingeniero, doctor, y quizás están de taxistas; veo la gente pasar con sus putas carreras, no sé pa’ donde chingado van, a veces las veo llorando, las veo frustradas. Pero bueno, al final yo sigo sin entender muchas cosas, pero era lo que me chocaba mucho y me sigue chocando, decir ¿qué pedo? ¿Esto es lo que yo quiero? ¿Es lo que quiero para mis hijos? Decir, jefe lo viste y no hiciste nada, ¿te quedaste con una playerita y una pancartita diciendo que culeros son? O hiciste algo realmente, entonces como que si me he exigido mucho desde pequeño, y dije pues bueno solo

tengo una vida para experimentarla, si hay otra que chingón, pero ahora ésta es la que tengo y quiero aprovecharla, no me quiero ver a los cincuenta o sesenta años diciendo, puta no lo hice, o me faltó el valor (Entrevista Juan, 2018).

Entre líneas Juan habla de tener el valor de fugarse y de hacer cosas diferentes. Pero ¿Para qué fugarse? pensaría que un corazón ordenado no huye de las «buenas mezclas», de las cosas que lo hacen feliz, de lo que le da tranquilidad o de lo que aumenta su «potencia». Todo lo contrario, uno se da a la fuga de lo que no soporta más, o de lo que disminuye y pone en jaque la «energía vital». En la «línea de fuga» es innegable que existe una volición y un deseo profundo a deslindarse, a no querer seguir participando ni siendo cómplice de la destrucción orquestada por la «*potestas*», por los poderes económicos y políticos que direccionan los proyectos de muerte del desarrollo y del progreso.

Del intersticio es rechazar, oponerse a las cartografías de la devastación y resistirse a ser prisionero de los hábitos de vida que –directa o indirectamente– contribuyen a profundizar la crisis. Su impulso de resistencia puede ser leído como una activación del «*conatus*», es decir, el que se enciendan las alarmas del regulador de potencias, es la respuesta frente a la urgencia civilizatoria de transitar de las «ideas inadecuadas» –*ideas afeción*– hacia las «ideas adecuadas» que ayudan a tener un «corazón ordenado» que prefiera las «buenas mezclas», e incluso que elija la vida sobre la muerte.

Siento que es un tema de elección. Supongamos que hay una comunidad en guerra y otra en paz ¿entonces a cuál chingados quieres ir? depende de tu visión. En cosas extremas una cosa es vida y otra es muerte. Es como decir: “esta cosa tarde que temprano me va a partir la madre, me voy a convertir en esta pinche basura que no quiero ser; en cambio de este otro lado como que puedo ser más yo mismo”. Como que por un lado *hay un respeto*, y por el otro hay una *manipulación*. No sé, así lo entiendo yo. Son cosas que están muy cerca y se pueden disfrazar como cualquier otro pinche producto, no porque estemos transitando en la misma ciudad tenemos los mismos pensamientos, elegimos cosas diferentes. Pero siempre hay cosas destructivas y cosas constructivas. Yo elegiría más la permanencia, la vida, la paz, si hay guerra voy más a la vida, voy más a lo permanente; a eso me refiero un poco (Entrevista Juan, 2018).

Sigo sumergida en las narraciones y vuelvo a sentir que las nuevas búsquedas de los seres en fuga, están marcadas por un apetito y un querer tendiente, a tomar distancia de los mundos que son

edificados sobre las *ideas-afcción*. Para quien se fuga es menester apartarse de esas figuras del pensamiento, del sentimiento y del lenguaje que constantemente desconectan y disocian las innegables redes de relaciones que constituyen la «trama de la vida» (Capra, 1998).

En la vida todo esta entretreído; es muy difícil separar qué es lo que es quién. Por eso me ha costado separar el dolor que yo he vivido personalmente o el dolor que me ha llegado a causar alguien, versus el dolor que siente la humanidad y la naturaleza: ¡está todo tan relacionado!, es difícil separarlo (Entrevista Felipe, 2018).

Ese ánimo de «no querer» existir bajo el influjo de las «ideas inadecuadas», es un «no querer» padecer más la enfermedad de la desconexión continua; me refiero a esa discapacidad que impide sentir las interrelaciones, manteniendo un desajuste entre las causas y los resultados de las «mezclas». En lo más hondo del ser, desean desconectarse de las ideas que crean mundos despoetizados, faltos de sensibilidad y atiborrados de ignorancias sobre las interrelaciones que configuran la vida; desde la simpleza de la cotidianidad comienzan a ver con extrañeza esa marcada tendencia a ignorar que –como lo afirmó Felipe– el sufrimiento de la tierra es el propio sufrimiento, y que ese dolor también se relaciona con esa incapacidad de reconocer los lugares de dónde proviene y los lugares a los que se dirige el agua del retrete, e incluso se vincula con la acción de desconocer e invisibilizar de dónde procede una manzana, un huevo o un vaso de leche.

[...] todos los que nacemos en la vida urbana, ya no pudimos ver las relaciones de la vida de manera directa; podemos admirar la naturaleza como un paisaje y podemos inspirarnos con la caída del sol. O sea, romantizamos la naturaleza, pero no logramos entender que de ella subsistimos, por eso no podemos relacionarnos directamente con los alimentos que estamos consumiendo (Entrevista Juancho, 2018).

En un mundo tutelado por las «ideas inadecuadas», co-creamos realidades e instauramos verdades basadas en lo que Felipe (Entrevista, 2018) llama el «paradigma de la separación». Sin advertirse, la ficción de nuestra realidad autoevidente impide discriminar y comprender cuáles son las acciones necesarias, así como las interrelaciones que deben respetarse para proteger y preservar las potencias de la trama vital. No en vano Juancho se pregunta:

¿Por qué es tan difícil conectar con un pensamiento más consciente? Simplemente sigues la inercia de tu vida y echas la basura donde siempre la has echado [...] quién sabe por qué no conectas con tus propios actos tan fácil, yo creo que a muchas personas les pasa, no solo a mí (Entrevista Juancho, 2018).

En parte, cuesta cambiar la mirada, por la dificultad que implica poner en entredicho una realidad que asumimos como incuestionable, dada o externa. En medio de un contexto atiborrado de «ideas inadecuadas» y de desconexiones que se nos imponen, perdemos el sentido de la responsabilidad frente a las consecuencias de nuestros actos, así como frente a nuestra participación activa en los mundos que construimos.

La gente vive en moldes, y yo creo no han tenido tiempo de cuestionarse, no han tenido ni la oportunidad, han vivido una esclavitud mental desde hace tanto tiempo que todavía no han roto las cadenas, o no se han dado cuenta de qué chingado hacen o para dónde van, o más bien, no dónde van, sino dónde los llevan, como en una pinche granja donde te engordan pa' matarte, te tratan bien bonito y al final ya tienen un plan para ti (Entrevista Juancho, 2018).

Con sus diversas caras, las lógicas dominantes del mercado, el desarrollo y el progreso, funcionan como una máquina devoradora de seres, que infiltra el deseo y orienta las búsquedas afectivas de lo que queremos ser, hacer y tener. Resulta extraño pensar que nuestros sueños ya han sido soñados por otros, que ya han sido calculados de forma predeterminada sin que intervengamos en su aparición (Esteva, 2009). Mientras somos despojados de las aspiraciones auténticas, que surgen de sí, las «ideas inadecuadas» son inoculadas por la «*potestas*». Poco a poco la «potencia» va apagándose en el cuerpo encarnado, y con ello aparece una «impotencia asumida» que conduce a la renuncia del propio poder. No obstante, como lo recuerdan Robert y Rahnema (2001) no es tarea fácil «poner el dedo sobre el acto libre que vuelve esclavo», muchos vivimos y nacemos desposeídos de «potencia», atrapados en las dependencias que son reproducidas por el sistema, así como en los códigos y en las categorizaciones de las lógicas afectivas dominantes. Las vivencias cotidianas y las aparentes elecciones que hacemos, ocultan la inevitable pérdida de poder.

Desde la escuela católica a la que iba era un montón de pura estupidez, de pura competencia, de quiénes son los abusivos y quiénes son los abusados, lo que llaman *bullying* ahora, competir, tener

que ser más que los demás; y mi entorno familiar también, de mi familia extendida, era un entorno de arribismo, de competencia, de deslealtad, de reírse de las fallas del otro, de burlarse, de resaltar los aspectos negativos de cada quien. La tristeza y depresión no es en vano porque te empiezas a dar cuenta de muchas cuestiones (Entrevista Felipe, 2018).

Justamente, con los comportamientos y las afectividades que son consideradas «normales», vamos pasando de un escalón a otro en la escuela, usamos el auto para llegar puntualmente al trabajo, comemos lo que compramos y seleccionamos en el súper, vemos la final de un torneo de fútbol, nos preocupamos por la renta y nos endeudamos, ignorando, que a cada paso comprometemos un poco más nuestra potencia vital.

[...] por ejemplo, desde un principio he pensado que quien vive bajo órdenes es un esclavo, yo no puedo, aunque para muchos es trabajo, o la escuela; desde ahí parte esto, yo no puedo estar esperando que me digan qué chingados voy a hacer. Yo sé lo que quiero, yo tengo una conciencia, pero eso de dar más poder al poder sí está muy cabrón (Entrevista Juan, 2018).

Desde su propia capacidad sensible y su experiencia, Saraí se alinea en la misma crítica sobre la forma en que las condiciones laborales expropian la potencia de las personas, hasta arrinconarlas y someterlas a estar sujetas de las pasiones tristes.

La mayoría de los trabajos son muy explotadores, a lo mejor algunos somos muy afortunados y nuestros trabajos son lo que nos gusta hacer, y eso está padre, está bonito, te hacen crecer, te sientes bien, pero simplemente la mayoría de los trabajos es cumplir con horarios muy pesados, con pagos indignos, donde ya no puedes disfrutar a tu familia y vives estresada, estresado... qué sé yo [...] incluso a mí me pasa, ahora que me ofrecen un trabajo y acepto, y digo: ¡pero cómo se puede trabajar así! y veo a los otros maestros, veo que para ellos es tan fácil estar ahí, todo un día, trabajar doce horas diarias, y luego tienes que llegar a tu casa a seguir trabajando, y te olvidas de que disfrutas estar con tus hijos, cocinando, haciendo cosas; ya les parece normal que la vida es así, trabajar, trabajar, trabajar y ganar bien poquito para comprar cosas que no sé si realmente necesitamos [...] igual, cuando estuvimos en Nueva York con El Cambalache, la gente nos contaba que para sobrevivir allí tienes que aguantar que te humillen, que te maltraten, gente talentosísima a la que le dan una patada en el trasero, y te hacen sentir una mierda; veías tanta gente de todo tipo, tan talentosa, pero es tanta gente que el sistema te selecciona y a algunos les hacen sentir que no valen (Entrevista Saraí, 2018).

En sentido espinociano la tradición cultural y el sistema hegemónico le han declarado la guerra a la «potencia», la cual tiende a disminuir su intensidad, en la medida en que este mismo sistema necesita alimentarse de ella para permanecer. Sin embargo, aunque esta apuesta de existencia nos consuma la energía y aunque hiera de muerte la trama vital, seguimos sosteniéndola y soportándola porque es allí donde encontramos el deseo y el goce del lujo, la comodidad y los excesos; o como sucede en la mayoría de los casos, continuamos aguantándola porque es la única opción que se tiene y se conoce para sobrevivir (Robert y Rahnema, 2001). Lo importante acá es comprender que asfixiar la potencia de un ser humano, significa secuestrar el orden de sus afectos, mantenerlo bajo el régimen de las «ideas inadecuadas», y con esto coartar su capacidad de obrar, hacer o actuar con autenticidad, creatividad, autonomía y autosuficiencia.

Se expropia la «potencia» humana, al igual que se niega la «potencia» de los seres de la montaña, del humedal, del bosque, de la selva y del mar. Sin distinción, todos padecemos los capitales que amplían el desierto, padecemos los trabajos, las escuelas, el sistema financiero, y los gobiernos. Ya decía Juan: que ve pasar «las gentes con sus putas carreras, sin saber pa' donde chingado van, a veces las veo llorando, las veo frustradas» (Entrevista Juan, 2018). No cabe duda que, contrario a la cita de San Agustín: vivimos injusta e insensatamente los frutos de un corazón desordenado que ama más lo que debe amarse menos y ama menos lo que debe amarse más. Sufrimos este corazón que ama lo que pone en riesgo la propia conservación, al punto de llevarnos a contra natura del impulso de «*conatus*».

Entonces todo eso como que te hace pensar que el mundo no va para un buen lugar, que el sistema-mundo no está siendo justo con todo el mundo y no está siendo sustentable, no está siendo un montón de cosas, entonces todo eso me generaba a mí como inconformidad, rabia, desencanto y decepción (Entrevista Rubén, 2018).

No obstante, los sentimientos de «hartazgo, cansancio, agotamiento, depresión, dolor, desencanto y decepción, anudados con rabia, ira, coraje, indignación e inconformidad», generan un tipo de afectación que detona la aparición de las líneas de fuga. Resulta paradójico que estas modulaciones asociadas a las emociones negativas e inclinadas a las altas descargas de potencia, ayuden a desatar cambios en vez de generar un estrechamiento que socave la capacidad de actuar. Al parecer no es lo mismo que una situación específica despierte este tipo de tonalidades afectivas en un momento concreto, a existir permanentemente con ellas como afectividad

dominante. Sin duda, la «temporalidad» y la «intensidad» con que se viven, pasan a ser dos factores clave que determinan si estos afectos «tristes» –en sentido espinociano–, aumentarán nuestras potencias para reafirmarnos ante una amenaza, o si por lo contrario, disminuirán la energía vital y nos conducirán a la evasión. En este punto, lo importante es ver que pese a ser emociones tendientes al rango de la «tristeza», la ira y sus sentimientos asociados –bajo una regulación adecuada– pueden desencadenar una gran fuerza motivadora que estimule la acción (Kasperbauer, 2015).

LA INJUSTICIA COMO AFECTO

Aunque la «impotencia asumida» nos mantenga aplanados, siempre existe la posibilidad de que el «*conatus*», ese esfuerzo por permanecer y defender la vida, nos conduzca a vivenciar el enojo o la rabia como mecanismos de afrontamiento; que en vez de frenarnos, paralizarnos o inmovilizarnos, alimentan nuestra capacidad de obrar, de sobrellevar adversidades y de revitalizar e incrementar la potencia.

Particularmente, entre las personas que transitan en el intersticio existe una tendencia a asociar el fuego de la ira con el sentido de la «injusticia»; en otras palabras la configuración de las fugas también suele generarse como una forma de respuesta ante lo percibido como injusto. Pero ¿Qué sería esa injusticia? ¿Cómo entenderla? Aunque intuyo la dificultad que implica, me resulta inevitable detenerme un momento, e intentar comprender –en algún grado– la complejidad de esta experiencia que a veces pareciera quemarnos o incendiarnos por dentro. Vuelvo una y otra vez sobre los relatos del intersticio, avanzan las horas, sigo buscando, paso de un texto a otro, y al final encuentro un escrito que me inquieta. Son los resultados de una investigación realizada por un equipo de neurocientíficos en Estocolmo; este estudio, a partir de un juego que analizó la actividad cerebral de treinta y cinco participantes, concluyó que la amígdala cerebral presenta una reacción automática frente a las situaciones que se consideran justas o injustas; de igual forma notaron que, al suministrar medicamentos tranquilizantes y ansiolíticos, los jugadores neutralizaron sus respuestas ante las manifestaciones injustas (Gospic, *et al*, 2011). Fue así como llegué a preguntarme si sería posible que mis interlocutores experimentaran la injusticia como un afecto empático pre-racional, producido en lo más insondable de su cerebro.

La injusticia entendida como «afecto» es una «afección» profundamente corporizada que se presenta antes de que podamos reflexionar o ser conscientes de las causas o de las «razones del corazón» que motivaron su surgimiento. Su carácter pre-reflexivo la posiciona como un mecanismo de supervivencia o de respuesta inmediata, que bien puede acoplarse con el despertar del «*conatus*» en los seres intersticiales. Asimismo, no es casual que la ira brote asociada con la injusticia, pues ambos afectos están relacionados con el aumento de la actividad en esta zona cerebral de nuestro cuerpo encarnado (Gospic, *et al.* 2011).

Poco a poco los relatos van posicionando los elementos fundamentales del mapa afectivo en el intersticio; y concretamente el afecto de la «injusticia», va abriéndose paso como un estado anímico esencial, que motiva e impulsa la capacidad de obrar. Impredecibles, las líneas emergen como «agenciamientos individuados de fuga» (Guattari, 2013), movidas a actuar frente a la injusticia percibida en las relaciones sociales, así como en los modos de relacionarnos con los otros seres naturales.

«¡No me gusta la injusticia, odio la injusticia!» Con estas ocho palabras Jesús resume aquello que, en un inicio, lo potenció a involucrarse con procesos barriales y comunitarios. Pero esta forma de afectarse no solo deviene en la adultez, de hecho Lucy, en su relato necesitó volver la mirada a su infancia, para así develar el mundo de una niña sensible y confundida ante unas realidades que escapaban de su entendimiento:

Estando muy chiquita – tal vez desde los diez o doce años– me afectaba mucho la injusticia [...] siempre estuve cuestionándome porque había tanta gente pobre, tan pobre, no entendía, me parecía injusto. Bueno yo veía la injusticia en la pobreza, no entendía por qué había otros niños como yo, como estos pequeñitos que andan vendiendo en la calle, desarropados, que no van a la escuela. Cuando yo veía a niños de mi edad, o más pequeños en condiciones de pobreza –siendo yo niña– pues me cuestionaba mucho, me preguntaba por qué esas diferencias, por qué no teníamos las mismas oportunidades, eso es lo que yo me acuerdo de niña. Y pues ahora, visto desde el sistema económico capitalista y patriarcal, pues todavía es muy rudo, por qué en realidad la riqueza está en manos de muy pocos, pero solo la riqueza de capital. También Chiapas me cambió la mirada sobre la pobreza, ahora entiendo que hay cosas más culturales, cosas que están más vinculadas a vivir cerca de la tierra, de la naturaleza y que no son necesariamente pobreza (Entrevista Lucy, 2018).

En la misma dirección, Alma comprende la injusticia en términos sociales; sin embargo, yendo un poco más allá de la noción de desigualdad económica, ella verá que este afecto se vincula con un desbalance en las relaciones de poder, las cuales, en términos espinocianos, son una «mala mezcla» dirigida a entristecer y a mermar la energía vital de las personas.

Siempre me ha indignado mucho la injusticia [...] yo la percibo, la veo y la vivo como el abuso de poder frente a población en situación de desventaja. O sea siempre vamos a encontrar personas, comunidades o colectivos en situaciones de desventaja social, económica, cultural, educativa y esta desigualdad que se da entre quienes tienen el poder, o quienes tienen mayores privilegios o ventajas, frente a esta población que no los tiene, o sea, esa desigualdad que genera más violencia y vulnerabilidad en esta población, eso para mí es la injusticia y me enoja. Me enoja cuando alguien tiene poder y abusa de alguien que no lo tiene, aprovechándose de esta situación de desventaja, entonces eso me molesta, me enoja, y ese también es mi enojo con las instituciones de todo tipo, no solo las ambientales, también las de justicia, autoridades del ayuntamiento, gente que al ocupar un cargo puede ejercer cierto poder, me molesta que abusen por ese poder que tienen, o que no hagan nada por ese poder que tienen, *entonces eso a mí enoja y me hace mover*. Es un enojo que se siente en el estomago o en la garganta, por la indignación e impotencia, pero es más como un coraje de no entender cómo se dan estas cosas, de no creer lo que pasa, de esos abusos que llevan a la gente también a situaciones de tristeza, de enojo y desesperación, es decir, eso que se genera ahí en estas relaciones impactando de manera negativa a la gente, eso me enoja y me da indignación, coraje, sobretodo. Siento impotencia cuando no tengo en mis manos los recursos o las posibilidades de hacer algo, y me quedo pensando qué se puede hacer aquí, y no encuentro qué hacer. Pero *eso es lo que me mueve* a buscar los caminos, *a mover a la gente*, a decir: ¿oigan *hagamos* algo, no? (Entrevista Alma, 2018).

A veces pareciera que se vive rodeado de muros altos y fuertes; barricadas que ahogan, cierran y cercan al grado de gatillar la «impotencia». Un nuevo afecto aparece en escena, se aproxima sigilosamente entre las sombras y nos susurra al oído: «siempre será lo mismo y nada es susceptible de cambio». Pero para Alma esto no es suficiente, ella busca incansablemente una hendidura en el cerco, una grieta que evidencie la impermeabilidad del muro. Va al encuentro de una salida al saberse afectada por la «injusticia empática». Esto parece inevitable porque en el intersticio no se evade o se ignora; se cultiva un afecto empático: es decir, una capacidad de abrirse y ser tocado en la emoción por la situación que el otro vive (Varela, 2001); y más aún cuando se percibe como injusta.

[...] estar consciente de que eres sujeta, actora, tiene que ver con lo que se da y se recibe. Alguien puede decir: recibo agua sucia, y pues ya ni modo, no hay remedio, no hay nada que hacer... ¡no! hay alguien responsable de que el agua llegue sucia a tu casa, y hay que cambiar esa situación, y hay que ver quién es el responsable, o esos responsables, de que el agua llegue sucia... y pienso ¡*hagamos* algo! no es como las creencias de esta gente muy ligada a los temas religiosos: no pues, «es que así Dios lo quiso»; «así Dios lo quiere»; y ¡no! ¡No es que Dios lo quiera! es que hay toda una estructura y hay gente que le toca decidir, y esas decisiones que toman esas gentes, tienen que ver precisamente con esto que no nos gusta, que nos molesta, y que está afectando nuestras vidas [...] el amor por la naturaleza me mueve, y eso se combina con lo otro que hemos platicado, ese enojo frente al abuso de poder, la omisión, la negligencia y la incapacidad de las autoridades que me da coraje, y digo: ¡ay no! ¡no puede ser! ¡no! me indigna, y por eso a veces *muevo a la gente*, a las comunidades, y digo: oigan qué onda, ¿y qué vamos a *hacer*?, ¿y qué hay que *hacer*? veámonos, reunámonos, *hagamos* (Entrevista Alma, 2018).

La «injusticia empática» mana de una irresponsabilidad y de una desatención frente al otro; en este sentido, ser sensible a ella encierra un ánimo y un querer reconocer a ese otro que ha sido invisibilizado. En otros términos, implica vivenciar que entre—estamos y que compartimos una misma geografía de contactos. Responder empáticamente ante lo injusto, es igual a acrecentar la conciencia de que continuamente fluimos por la vida encontrándonos, necesitándonos, recibiéndonos, entrecruzándonos y corporizando el trazo del otro. Acogemos las afecciones de los otros cuerpos, al punto de sentir en la propia encarnadura la incomodidad, la molestia, la impotencia, el enojo, la tristeza y lo insano que brota de lo injusto.

La injusticia es una enfermedad, es un desequilibrio, y en este mundo hay unas injusticias muy fuertes. Además de la injusticia social, vi la injusticia con el medio ambiente, esa injusticia ecológica que es esta gran crisis económica, donde la economía se ha desligado de la verdadera economía que es la naturaleza. No hay nada que tengamos que no provenga de la naturaleza, y al echar a andar la economía así solita, separada de la naturaleza, —los economistas no saben de biología, ni quieren saber además— pues lo único que pasa es que no nos alcanza para vivir como quisiéramos que viviera todo el mundo, entonces eso hace que se cree por un lado injusticia social, pero por otra también ambiental, porque la manera como estamos viviendo es solamente a costa de los recursos naturales y de disminuir la biodiversidad de la naturaleza (Entrevista Rubén, 2018).

Reconocer la injusticia es entregarse al apetito de vida; es llenarse de «conatus» y reafirmarse ante las acciones que amenazan la existencia. Activar el impulso de *querer* que la vida siga siendo vida, implica asumirse como un ser en «interexistencia» e «interdependencia»; asimismo requiere comprender profundamente que si disminuimos la potencia de los otros seres humanos y de los seres naturales como el agua, las abejas, los bosques, o el ecosistema marítimo, generamos un desequilibrio que también merma nuestras potencias y vulnera la posibilidad de seguir permaneciendo.

De fondo, la necesidad de ocuparse de la «injusticia» deja entrever un deseo por alcanzar la «justicia». Lo interesante aquí, es que en la «lógica afectiva» de la fuga se considera que dicho sentido no es exclusivamente humano, sino que, por lo contrario, abarca las otras expresiones o modos de la vida

[...] esa justicia es algo que va más allá de lo humano, es también del entorno; tu me ayudas, yo te ayudo, tu me das agua, yo te pongo algo para que se refugie un bicho, yo hoy lo saludo, mañana usted me saluda. Entonces es así como estar bien con todo, es como hacer una energía positiva dentro de un caos, entonces es como generar un equilibrio (Entrevista Jesús, 2018).

La «justicia» aparece como un estado de reciprocidad, de reconocimiento y de responsabilidad hacia el otro, es un hacerse cargo, y sobretodo es un «equilibrio» y «orden» que puede aprenderse y observarse en los ciclos naturales de la trama vital.

La naturaleza poco acumula. Ni nutrientes, ni energía, y donde se acumula se crean sistemas de redistribución. Tú ves que la cuenca arrastra todos los nutrientes hasta un sistema de humedal, donde hay plantas muy eficientes para transformar todos los nutrientes que vienen en esa agua, ellas son especialistas en transformar eso en carbohidratos y en alimento para las aves –y por eso, estos sistemas siempre están llenos de vida, porque hay mucho alimento redistribuido–. Entonces incluso en la naturaleza pasa, la naturaleza redistribuye el excedente, la concentración es contaminación. En química dicen: la dosis es el veneno, cuando tu concentras lo que sea, eso es contaminación, y cuando lo redistribuyes se puede convertir en abono, en fertilizante; eso mismo pasa con el dinero: una bola de dinero es como una bola de caca, pero distribuida puede ser abono, pasa con todo... Nosotros estamos contaminando, acumulando y extrayendo nutrientes, y eso no es lo que hace la naturaleza, la naturaleza, redistribuye, siempre redistribuye, y eso es una manera de justicia, la justicia natural, si tú quieres (Entrevista Rubén, 2018).

Contrario al principio de redistribución que sostienen la trama de la vida, el sistema económico y todo su andamiaje institucional se soporta sobre las lógicas de la «acumulación». En palabras de Lucy, este siempre busca «ampliar su capital a costa de lo que sea»; por esta razón acapara y despoja de toda su potencia a las diferentes expresiones de la vida. En ese sentido, las diversas caras de la injusticia, son una forma de acumulación necesaria para alimentar y energizar el sistema en el que vivimos. Por ello los seres del intersticio constantemente se cuestionan sobre lo que su cuerpo puede hacer en términos de fuga.

[...] en un lugar como Chiapas, la gente podría vivir muy bien si quisiera. Pero la gente lo que hace es pedir y tratar de gestionar. Entonces mi desesperación es ver cómo se piden las cosas ante un gobierno sordo, mudo, ciego... y dices: *pues bueno entonces tenemos que hacer algo*. Hoy en día pienso que la justicia puede venir pero por nosotros mismos. Por ejemplo, lo que ustedes están haciendo aquí, si pudieras recolectar toda el agua de los techos de esta casa, a lo mejor lograrías ser autosuficiente con agua de lluvia, y si además la saneas después de utilizarla ¿dime para qué quieres un servicio de agua y de saneamiento municipal? Entonces pienso que la justicia la podemos hacer nosotros y que podemos hacer un cambio iniciando desde nosotros, y por eso creo que así debería verse la justicia. No es tanto ver o revisar una ley y buscar que se aplique, sino ver cómo haces algo justo para ti. O sea, veo la justicia en un sentido personal, más que en un sentido legal o reglamentario, así veo la justicia (Entrevista Jesús, 2018).

[De acuerdo, y] si vemos que las instituciones no están funcionando, no están cumpliendo con su tarea, entonces no vamos a esperar que la institución venga a resolvernos las cosas. Tenemos que defendernos nosotros, *tenemos que hacer algo*, tenemos que tomar el liderazgo para defender nuestro territorio y defender lo que queremos, y defender nuestro derecho porque las instituciones no lo van a hacer, porque tienen una serie de vacíos, falta de capacidad, falta de compromiso, entonces las instituciones están obsoletas, tenemos que revertir esta estructura y entonces tenemos que empezar por nosotros (Entrevista Alma, 2018).

EMPRENDIENDO LA FUGA

LA POTENCIA EN EL CAMINO DEL HACER

De repente, emerge algo nuevo al interior de ese engranaje que ya tenía una dirección establecida. Son las «líneas de fuga», que al dar un «sentido» diferente a la vida, empiezan a caminar hacia otro rumbo. Huyen de lo establecido, critican, cuestionan y se oponen aunque no siempre de

forma directa. De hecho, el responder a la crisis con un fuerte impulso hacia el «hacer» es lo que las hace potencialmente disruptivas.

Yo creo que podemos *hacer* otras revoluciones más de adentro hacia fuera y no como someter a una idea, sino como ir en los procesos para poder cambiar. Al final yo creo que todos queremos lo mismo, o muchas personas queremos lo mismo, hay gente que va a «querer», y otra gente que va a «hacer», y pues yo «quiero hacer» (Entrevista Juan, 2018).

Y es que no es menor «querer hacer cosas» en un mundo donde los poderes económicos y políticos están comprometidos en la tarea de acosarte, entristecerte y robarte la capacidad de actuar. Finalmente, lo que buscan es volverte cada vez más dependiente e incapaz de resolverte la vida por fuera de los muros del sistema. Entonces, enfocarse al «hacer» es uno de los caminos para recobrar la «potencia de obrar», atender al «*conatus*» y desmarcarse de la «*potestas*» que crea la crisis y profundiza lo injusto.

La permacultura a fin de cuentas es una salida positiva a la crisis, y está insertada en un movimiento muy positivo de *hacer cosas*, de responder *haciendo cosas*. Y eso era lo que me hacía falta a mí. Eso es una parte, por eso te digo que poco a poco se me aclaraba todo, porque me sentía más aliviado, más descansado inscribiéndome allí, que inscribiéndome en otro tipo de luchas. Entonces eso es lo que *me hizo sentir que las cosas cobraban sentido* (Entrevista Ruben, 2018).

Como las raíces de un tubérculo que van creciendo silenciosamente bajo la tierra, las fugas se proyectan de manera impredecible; se expanden en forma rizomática, se relacionan, se contactan, conectan, retroalimentan e intercambian al interior de una «lógica afectiva» que da un «nuevo sentido» a este respirar y caminar sobre la tierra. La «sensibilidad» del intersticio abre el horizonte de los «sentires» y permite que otorguemos otro «sentido», es decir, una «orientación» diferente a lo que vivimos y a la forma como experimentamos la vida. Poco a poco, las cosas toman otra «dirección»: la «dirección» de la fuga.

Y entonces me fascinó empezar a aprender de permacultura y rápido me puse a *hacer cosas* en mi casa, hice mi huerto, hice mis almácigos, puse mis gallinas. Vivía en una casa por La Isla, tenía un patiecito, allí empecé a tener mi gallinerito y en un balcón tenía mis almácigos con plantitas, y ya empecé a hacer composta; por primera vez todo *agarró sentido*, por eso yo sé que a veces a la mayoría de la gente no le hace sentido estas cosas, porque estamos como en la inercia. Pero últimamente

mucha gente ya se está dando cuenta y es bien interesante verlo, hasta en mi familia, por ejemplo a ellos yo ya les puse un sistema de lombrices para hacer composta y lo usan muy bien, lo cuidan y lo mantienen. Creo que eso hace unos años no era muy posible. Como que también siento que más personas están interesadas, mis primos, mis primas, también veo, y antes ni me imaginaba que les fuera a interesar (Entrevista Juancho, 2018).

Aumentan las relaciones, el rizoma crece y sus entrelazamientos se complejizan aún más en un espacio como «San Cristóbal donde hay mucha gente buscando esas opciones» (Entrevista Juancho, 2018). No en vano Juancho dice que «fue acá donde pudo comenzar a aprender un poquito de todo». Cada devenir se potencia y se enriquece en los encuentros, en la lógica del intercambio de haceres y conocimientos.

[...] y quien sabe cómo fue que se volvió un frenesí; y desde ese momento estoy: aprende, aprende y aprende; aprende cosas que tienen que ver con cómo ser más autosuficiente, con cómo ahorrar agua, cómo reciclar agua, cómo usar mejor la energía, cómo procesar tus propios alimentos, cómo comer más saludable, todas esas cosas, que aunque no soy experto de nada, ya sé un poquito de todo y cada vez siento que sé más, más y más; y no ha parado ese impulso o sea, como que sí se detonó algo y de repente empecé a aprender y *me agarraron sentido muchas cosas* (Entrevista Juancho, 2018).

La vida toma un nuevo «sentido» en el «hacer», una nueva «direccionalidad». Claramente ese «hacer» es una forma de cambiar las cosas por fuera de la lógica de la oposición y es allí donde reside su fuerza. Aunque en el fondo no estén de acuerdo, se opongan y critiquen, lo importante es que su crítica no se dirige a la confrontación, sino a cambiar los haceres y los sentidos. Sin chocar las personas se dan a la fuga sin aviso; en silencio se incorporan y van proyectando la transformación rizomática del orden establecido.

Siempre fui muy crítico de lo que estaba sucediendo, pero lo que me impulsó, fue querer conocer las soluciones. Antes yo no conocía las alternativas (Entrevista Juancho, 2018).

Eso de buscar nuevas estrategias, lo encuentras súper interesante, y también dices: oye y si hago esta alianza contigo y vemos cómo nos vamos por aquí sin enfrentarnos al monstruo o al empresario, o al poderoso, y así vamos ganando terreno por otras vías. Y empiezas a hacer tus redes, la verdad eso para mí es súper interesante y me llena (Entrevista Jesús, 2018).

Crear, resignificar y cambiar los «sentidos» es ampliar las posibilidades. Mientras la *potestas* cierra y te hace pobre al negarte las opciones, la *potentia* las abre y te ayuda a redescubrir la propia riqueza:

para mí la pobreza es mental, y es porque tú te cierras a las posibilidades. Y ¿a qué le llamas riqueza también? Entonces creo que hay mucha riqueza potencial de ideas, riqueza de grupo, riqueza de compartir (Entrevista Juan, 2018).

Martín ha vivido esa «riqueza del compartir» en la colonia Maya, sabe que en el encuentro y en la «participación» colectiva, pueden generarse procesos de ampliación de consciencia que van aunados a un aumento de la potencia; en ese sentido participar es una acción conjunta de fuga que acrecienta la capacidad de un «hacer» diferente, creativo e ingenioso.

Es un proceso de toma de conciencia, es un proceso gradual en el que cada vez vas teniendo más conciencia, y conforme tomas más consciencia *haces cosas diferentes*, es de conciencia y de acción; y la conciencia es el darte cuenta de las cosas, pero no porque alguien te lo dice sino porque tu lo descubres, descubres cosas y entonces es conciencia y acción, *haces cosas* a partir de esa conciencia, te das cuenta, *haces cosas diferentes*, y se aumenta tu conciencia. Nunca lo había definido así, pero así me gusta, te das cuenta, actúas y tienes conciencia, y por eso actúas de una manera diferente, y va aumentando, va aumentando... eso es participación, y por supuesto es una participación que yo la creo para beneficio mío y de los demás, no solamente para los demás (Entrevista Martín, 2018).

El pensamiento abierto de la fuga es como una máquina abstracta capaz de crear nuevas máquinas materiales con la potencialidad del hacer. El tallo subterráneo del rizoma sigue su naturaleza, se desliza, se expande, crece de forma horizontal, emite raíces, multiplica sus brotes y contagia a otras líneas con su ánimo.

Hemos intentado el uso de la otra moneda, hemos participado en varias cosas como las bici maquinas, *hacemos lo más que podemos*, también hicimos un trabajo de cómo adoptar los baños secos, tenemos mucha información, pero andamos buscando los mecanismos que tal vez puedan ir facilitando este proceso para que la gente lo adopte. Entonces estoy trabajando, no sé bien ni el nombre, pero estoy implementando cosas como quitarles una palanca a los baños, también quitarles el olor, para quitarle la caca-fobia a la gente; y obviamente despertar la conciencia a todo lo que te puedes ahorrar, con números, cuántos litros de agua ahorramos de esta forma, conocer

el bien que le haces al medio ambiente, y así el bien que nos hacemos a nosotros mismos, entonces en eso seguimos chambeando un poquito más (Entrevista Juan, 2018).

La expansión de la mirada también invita a recobrar el poder y el ánimo de reconquistar la vivencia serena del tiempo y de los espacios habitados. En palabras de Guattari (2013:11) se «abre un espacio–tiempo donde puede desplegarse el deseo [...] donde pueden imaginarse nuevas máquinas y donde puede favorecerse la propagación, el contagio y la proliferación de las líneas de fuga portadoras de deseo». Se trata de un impulso por desterritorializarse del «tiempo capitalístico», de ese tiempo escaso, fugaz, incierto, líquido y esclavo que impide un habitar profundo en los espacios (Bauman, 2015).

Y ahora lo que siempre digo, es que precisamente lo que tienes que *hacer* es diseñar tu vida. Entonces por eso es tanto mi pleito con mi trabajo en la universidad, de sentir que me está quitando tiempo para lograr ir más a fondo, entonces tengo que encontrar la manera de no depender del salario del que dependo, estoy imaginando los pasos, y he estado en ese asunto desde que me conocen ustedes. Pero sí, pienso que necesito dejar mi trabajo, porque necesito mi espacio y mi tiempo², y pienso en que también se puede tener otro estilo de vida, y siento que sí se puede lograr el estilo de vida que quiero, y ya estoy como en ese camino pues (Entrevista Juancho, 2018).

La acción de fugarse va «más allá del rechazo», y para ello necesita «ver, pensar, sentir y obrar de otras formas». Como afirman Robert y Rahnema (2001:223), más allá de una intención romántica, en el intersticio existe un «deseo razonado de cambio» frente a lo insoportable de la crisis, la destrucción y la injusticia. Dicho deseo es una pulsión de vida que invade a los seres intersticiales en el corazón, y es por ello que «sienten una necesidad y una alegría profunda de pasar a la acción». Con la imaginación puesta en juego se van trazando las opciones, las posibles salidas y las alternativas.

Incluso a veces pienso que mucho se puede hacer sin dinero, y hay ejemplos, y dices, bueno sí, hay formas de hacer las cosas diferentes, de salirse por la tangente, eso es rebeldía, muchos le llaman rebeldía, como Martín de la Maya, y yo lo veo y pues es rebelde, él no va a acatar nada sin una razón válida, y sin embargo respeta, pero si tú lo quieres obligar a acatar algo con lo que no está

² Juancho renunció a su trabajo tiempo después de esta entrevista. Actualmente combina el trabajo en su casa y el cuidado de su hijo recién nacido, con algunas horas como profesor en otra universidad.

de acuerdo, él se sale por la tangente y te va a dar la vuelta, entonces es una forma de ser, hasta cierto punto autónomo, independiente, que le gusta tomar sus propias decisiones (Entrevista Jesús, 2018).

[...] entonces decir: güey, yo no comprendo cómo vive esta sociedad, quejándose de muchas cosas, cuando podemos hacerlas de maneras diferentes, con alternativas. Y en una de esas yo tomé la decisión, dije yo no sé si hay otras vidas pero en esta no me la quiero lamentar cuando ya sea viejo y decir: pude hacer algo y no lo hice (Entrevista Juan, 2018).

Los afectos encarnados en el intersticio revelan un querer, un procurar y un intentar recobrar la «potencia». Tender a dejar de «padecer» pasivamente un mundo impuesto, es un hacerse cargo y lanzarse a recuperar la capacidad de obrar creativamente, con autonomía y autosuficiencia.

Para mí lo más cercano a la libertad es la autonomía, quiero vivir bien y quiero ser libre, no quiero pasarle tributo a nadie, no hay por qué hacerlo, primeramente, entonces no me quiero fallar a mí mismo... ¿lo haces por necesidad? o ¿por qué tú lo quieres? o ¿por qué estás en la misma prisión? si se puede llamar así, en la misma nave vivimos, ni modos. Pero hay caminos diferentes, hay visiones que se pueden hacer. Y pues, ¡no estamos inventando el hilo negro! en muchos lugares se han hecho cambios [...] y la casa siempre ha servido para eso, es un lugar donde la gente puede ver sistemas de autonomía, o alguna alternativa como las que yo vi de pequeño, en ese tiempo primero se me hacían muy locas las ecotecnias, decía: ¡oréale que loquera! Pero conforme vas creciendo dices: ¡chido es algo diferente! Se puede hacer, ¿entonces por qué no hacerlo? Pues ahora me he encontrado con bastantes satisfacciones que me han dado, pienso que somos seres únicos, e irrepetibles y uno puede elegir cómo quiere vivir, y hay maneras muy amigables y fáciles de hacerlo (Entrevista Juan, 2018).

[...] siempre me interesó un diseño que te permita ser lo más autosuficiente posible, y que te permita estar cuidando, y tampoco gastando tanto, dejar el estilo de vida de excesivo consumo. Entonces yo siento que hace un buen rato sí invierto en cosas como para la casa, sí invierto también en cosas para mí; tampoco es que me quiera separar ya de la vida moderna y volverme totalmente ermitaño. Siento que hay muchas cosas que tengo que integrar de lo que nos ha dado nuestra propia historia y nuestra formación, pero sabemos que muchas de esas cosas están hechas a costa de la naturaleza, entonces tienes que pensar si las quieres mantener, o cómo hacerlas sin que sean tan dañinas (Entrevista Juancho, 2018).

Lo que puede el cuerpo que deviene en fuga, es ingeniar un «hacer» autosuficiente, un «hacer» capaz de liberar la creatividad individual y colectiva que ha sido inhibida. La potencialidad creadora necesita tiempo, espacio y curiosidad para abrir el pensamiento e indagar, averiguar y escudriñar la multiplicidad de salidas y de opciones que se tienen.

[lo que me impulsa] puedo resumirlo en la aspiración de querer ser más autosuficiente, de querer diseñar una vida donde tengas más tiempo, donde puedas disfrutar más de las cosas, donde tengas tu espacio y donde no estés tan mediatizado, entonces sí tengo como mucha inspiración en eso [...] Lo que siento que me impulsa es que siempre trato de reflexionar dónde está el problema de los meollos que tenemos, cómo podemos transformarlos, qué camino podemos seguir; pero también ya no soy de una visión muy dogmática, no creo en una revolución total, sino que debemos de aprender pasito a pasito. Lo que me impulsó fue esa pulsión que tengo a buscar las soluciones, y como soy muy analítico, estoy tratando de encontrar pistas sobre qué no nos dejan ser totalmente libres, qué nos lleva a que todo nuestro potencial no este despierto, sino que hasta cierto punto este opacado y mediatizado en conflictos que nos hacen perder el tiempo, diría yo (Entrevista Juancho, 2018).

TRANSICIONES EN LA FUGA RIZOMÁTICA

Lejos de ser un movimiento sólido y sin quiebres, el rizoma que se proyecta a otro horizonte, continúa conectado con la base de la que se fugó. Por esta razón, el intersticio es un espacio de múltiples contradicciones, incoherencias, confusiones, fisuras y vacíos. Su falta de congruencia se debe a que es un espacio de tránsito, donde no acabamos de salir del viejo lugar, pero tampoco terminamos de llegar al nuevo, e incluso no se tiene total certeza de que pueda llegar a existir.

No todo lo puedes cambiar al mismo tiempo, entonces tienes que ir por facetas y eso es lo que la permacultura llama *transición*. A veces siento que puede haber alguien con una idea muy purista, creen que tienes que ser totalmente congruente y todo, pero, ¡pues no es viable! Algunos terminan entrando en una mentalidad muy religiosa, en un tema muy dogmático. Yo lo que siento es que si estás dando pasos, y pensando cómo sustituir una cosa por otra, aunque todavía no lo hagas, ya estás investigando y tomando conciencia, eso ya es dar paso. Otra cosa, dices: “me gusta mucho esta parte de la tecnología”, de hecho, aunque uno sabe que todas las máquinas tienen un montón de cosas que se extraen en minas, y que están provocando estragos y que contaminan un montón, y que los mismos desechos de la electrónica están siendo nocivos por todas partes, y que todo se

usa y se desecha; el problema es que gran parte de lo que he aprendido de permacultura es gracias a que hay internet y a que tengo computadora. Entonces también está eso, que en este momento también hay que aprovechar que tenemos un almacén de información bien grande en internet; de hecho para mí ha sido bien padre ir aprendiendo cosas así, y saber que existen ciertas soluciones, muchas soluciones diferentes a montones de temas de nuestra vida cotidiana [...] yo siento que sí me conecté con algo que me da mucha satisfacción de aprendizaje, entonces, lo he sentido que al aprenderlo me hace sentir mejor, por decirlo así, entonces por eso me empecé a meter en este asunto; y te digo ya no de una forma tan radical, porque quizás en otras épocas tuve hasta ideas revolucionarias, más de transformar la sociedad pero desde un rumbo político, y ahora se me hace muy irreal eso, como muy fantasioso, porque el mundo no cambia porque tú lo decretas o porque quieras convencer a todos, sino que aquí si eres anticapitalista, puedes tener un nivel muy político, pero seguir siendo bien capitalista en la vida cotidiana, o sea, no cuestionar tu consumo ni nada de eso. Entonces a mí me pareció el camino más congruente aprenderlo tú, aprender a ser lo menos capitalista tú, o estar insertado en cierto nivel, pero aun así, en cierto nivel tener una libertad o una autonomía, al final, sabes que no te vas a poder salir, pero es satisfactorio saber que ya hay cosas de las que no dependes (Entrevista Juancho, 2018).

[por supuesto] haz de cuenta que ahora –con El Cambalache– empiezas a estar tan en eso, que tú misma te preguntas: ¿realmente necesito esto? Y pues, dejas de necesitar y de consumir; al final te das cuenta que es tan poco lo que necesitas para estar bien, con poco estás bien y dejas de estresarte porque ¡ah quiero aquello!, ¡necesito aquello!, ¡tengo que trabajar más por aquello! (Entrevista Saraí, 2018).

La transición también puede ser leída como un proceso de desprendimiento de las «ideas inadecuadas» propias del «ser necesitado». En otras palabras, lo que sucede en el tránsito es un abandono del *homo miserabilis*, es decir, de ese «protagonista de la escasez» planteado por Illich (2002). En el intersticio se rompe con la imagen del ser carente y desvalido que ha perdido su «potencia» y su «capacidad de obrar» en la «sociedad de la falta». Asimismo, se genera un alejamiento frente al deseo compulsivo de tener los últimos aparatos tecnológicos y las diversas mercancías, que el sistema ha fabricado como objetos de consumo. Poco a poco, la lógica afectiva y el orden del amor del ser de intervalo, dejan de alinearse con los ejes rectores del mercado. En el tránsito, cada devenir minoritario va aclarando que su necesidad ha sido fabricada, y por eso comienza a reevaluar y a transformar sus objetos de su deseo.

[igualmente] a mí me fascinó mi *transición*, saber que ya son bien poquitas cosas las que consumo del supermercado, quizás, de repente voy por papel de baño, que a veces siento que lo puedo sustituir, también compro el jabón Roma, que se supone es el biodegradable, para los trastes lo utilizo. Entonces, compro cosas solo cuando las necesito, y son muy puntuales [...] también he estado en la transición de dejar mi trabajo, para así poder enfocarme más en este estilo de vida, pero me freno con esa *ñañada* de que de todas maneras uno depende todavía muchísimo del dinero (Entrevista Juancho, 2018).

Con esta misma necesidad de desapego al dinero y a la vida de consumo, años atrás, Juan quiso experimentar si era posible salirse temporalmente del sistema de mercado, cuando su situación de vida era diferente:

[...] y me dio mucho gusto llegar a un nivel en el que dije: “¡cámara! pues ¡puede vivir año y medio sin dinero!” Ese era mi reto personal, ver si eso era posible en este pinche sistema, y bueno, que todavía es medio pueblo aquí. Me preguntaba: ¿se podrá? Entonces dije: “yo quiero experimentarlo, llegar a producir mis propios alimentos”. Y sí, me dio mucha satisfacción personal hacerlo [...] pensaba en los grandes maestros y los grandes sabios del pasado, que no ocuparon varo y que fueron grandes hombres, y para mí en eso había un sentido común, fueron muy valientes, porque si no hubieran sido muy valientes no conoceríamos ni sus nombres. Yo tuve que agarrar valor de donde no tenía, y sí que me daba miedo el qué dirán, me daba un chingo de miedo, pero igual pasó y lo superé. Me decían “pinche loco ¿qué madres estás haciendo?” y sí, llegue a mis límites, empezar a trabajar la tierra no es tarea fácil [...] pero, cuando tú dices: “¡no mames! ¡no estoy gastando un pinche peso aquí!” veo mi comida corriendo, mis gallinas, mis conejos, se mueve la hierba que me voy a comer, tengo combustible reciclado, la lluvia, capto mi lluvia, baños secos... ¡güey! “¡estoy en una pinche autonomía!” me sentí libre, me sentí muy a gusto cada minuto, cada día ¡lo disfruté un chingo! Pero tenía que acabar, no sé, tenía que pasar, se dieron varias cosas [...] ahora que están mis hijos, aunque yo quisiera romper algunos moldes no es fácil, tampoco les puedo negar las cosas, pero sí puedo decir: elijan, conozcan, ahí vemos... ellos también pueden elegir su camino (Entrevista Juan, 2018).

La economía continua identificándose como el principal lazo que sujeta la fuga rizomática. Aunque los «agenciamientos» individuales y colectivos exploren otros haceres y redescubran otros caminos del pensamiento, siguen manteniendo relaciones personales de dependencia crónica con «los modos de sujeción económicos y sociales» (Guattari, 2013). Pese a ello, es posible que no se trate del mismo «vínculo monetario», a comparación del que tenían antes de

emprender la transición; sin duda, la constante reflexión sobre el grado de necesidad que se sostiene con el dinero, va despertando una fuerza de contra-dependencia.

[Con el grupo de la eco-aldea] fuimos tratando de ver, e incluso vimos donde no estamos pudiendo avanzar en el tema de economía y finanzas, de hecho la reflexión es que nos está frenando a todas las demás cosas, porque la economía es la que nos tiene más amarrados. A todos los que nos queremos salir del sistema, siempre la economía nos regresa, por eso es tan importante trabajarla y empezar a buscar otros modelos de economía. Entonces nosotros *nos declaramos en transición*, no vamos a hacer todos los cambios, ni en nosotros mismos, ni en nuestro colectivo, pero queremos visualizarlos y queremos ver en cuáles podemos avanzar, entonces tenemos esa reflexión; hay comunidades que incluso comparten la economía, hay comunidades que no comparten su economía, y se buscan su economía cada quien, y luego llegan ahí, a vivir en el mismo lugar, y a lo mejor comparten cosas espirituales muy intensas. Nosotros lo que nos hemos dado cuenta, es que de hecho estamos empezando a generar cosas mixtas, en las que cada quien tiene una manera de buscar su financiamiento, pero luego hay cosas colectivas que podrían ir haciéndonos transitar hacia esa economía más colectiva; y en eso el territorio de la eco-aldea nos ha delimitado mucho eso, porque el zonificarlo, crear zonas y cosas colectivas, implica una economía colectiva, si hacemos la casa colectiva, será la casa de todos —a parte cada uno va a tener su casita— pero nos genera trabajo colectivo que ya es economía y nos genera buscar esos recursos de manera colectiva para que pueda funcionar. Entonces organizarnos así nos ayudó a darnos cuenta de ese tipo de cosas, ver ¿dónde están nuestros vacíos?, y que efectivamente sino se trabajan todos los elementos, pues por mucho que aprendamos de eco-tecnologías, no lo vamos a superar sin la economía, si no fortalecemos esa parte no vamos a poder hacer prosperar esta otra, y que además todas están íntimamente relacionadas (Entrevista Ruben, 2018).

Aunque con menor fuerza, la dependencia a la red económica dominante se mantiene; es claro que, en el rizoma, aun están por resolverse las posibles estrategias que permitan soltarse y transicionar hacia otra economía.

Para conseguir cualquier sueño que tenga en la vida, primero tengo que checar si me va a alcanzar con el dinero que tengo o como voy a conseguir los fondos para financiarme. Entonces el 90% de nuestros sueños se detienen por eso y estamos todos los días de nuestra vida, todos los seres humanos, entendiendo que primero hay que preocuparse por el dinero. Me parece que eso por un lado nos ahoga emocionalmente, y por otro lado no permite ninguno de nuestros sueños: pero

nuestros sueños no tienen nada que ver con lo factible, más bien los limitamos por lo factible (Entrevista Felipe, 2018).

[...] a nosotras en lo personal, a las cambalacheras por ejemplo, en el tema económico si nos ha ayudado muchísimo, pero igual nosotras no logramos vivir del cambalacheo, o sea todas trabajamos en otra parte, algún lugar donde ganemos dinero para pagar el gas, al luz, la comida, el transporte. Entonces sí seguimos dependiendo mucho del dinero. La idea principal de El Cambalache es ayudarnos dentro del sistema capitalista, que haya en nosotros esa esperanza, o como una pequeña lucecita o algo que sepas que no estás solo, que si no te alcanzó con esto que estás ganando dentro del sistema para vivir en el sistema, que sepas que cuentas con esto que está acá, que se llama cambalache (Entrevista Saraí, 2018).

PROPORCIONALIDAD EN LA FUGA

El movimiento de la fuga, pese a contar con una gran potencialidad creadora, conserva una de las características del rizoma, me refiero a que en su fase de origen suele parecer pequeño, inofensivo e insignificante. En palabras de Guattari (2013) aunque son «fuerzas afirmativas, positivas, ya comprometidas en procesos reales de transformación del orden social [...] siguen siendo imperceptibles en sus primeras ocurrencias» pese a comenzar «como un minúsculo riachuelo, siempre corren entre los segmentos, escapando de su centralización, huyéndole a su totalización» y a su aplanamiento.

Nosotras soñamos muchísimo, y nos encanta, a veces decíamos que es solo una utopía, pero cuando ves lo que está pasando localmente ¡ay es tan chiquito! pero realmente pasa. Ves que a nosotras nos pasa, que a nosotras nos ayuda tanto y nos ha cambiado tanto. Pues es muy bonito darte cuenta que aunque seamos poquitos los que estamos, ya todos nos vimos beneficiados de esto y sabemos que es real (Entrevista Saraí, 2018).

Cuantitativamente la fuga no representa un peligro para el sistema, de hecho, su pequeña escala es tachada de «romántica», y con esto es burlada, ignorada, desdeñada y menospreciada. La mirada de la tradición cultural occidental es un ejercicio de poder que solo puede darle importancia a aquellas expresiones faraónicas y de gran magnitud; justamente, en ello radica su incapacidad de ver el innegable valor cualitativo de la minúscula experiencia rizomática que amplía el universo de lo posible.

En Mujeres y Maíz se reivindican y visibilizan esos caminos que las mujeres han mantenido por años, por siglos, pero que han sido invisibilizados por el sistema completamente, y que desde mi punto de vista esos caminos son los que nos han salvado, aunque nadie se dé cuenta. Son mujeres que por varios años han trabajado y han encontrado en hacer alimentos de maíz –atole, tortilla, tostadas, tamales– un medio de vida. Por ejemplo por su trabajo muchos podemos seguir comiendo maíz local en donde ya no producimos, como en San Cristóbal. Es gracias a esas mujeres que siguen utilizando de manera tradicional las semillas locales de maíz para elaborar sus alimentos y llevarlos a los mercados locales en donde las personas podemos tener acceso. Entonces son esos caminos invisibilizados por el sistema los que las mujeres mantienen, y de alguna manera son una fuga para el sistema también, porque eso hace que aunque son experiencias pequeñas, van ganando espacios. Entonces sí son fisuras, son fracturas invisibilizadas y que definitivamente las compañeras no tienen ese propósito de desestructurar al sistema, pero sí es un mecanismo de sobrevivencia que ellas encuentran que –desde mi punto de vista, aunque yo creo que no solo desde mi punto de vista– reivindican muchísimo y fracturan más de lo que uno imagina. Pero debe ser en silencio, calladitos, si hiciéramos mucho ruido quién sabe qué nos pasaría –Lucy ríe y habla en voz baja–; si hacemos mucho ruido se enojan los que tienen el poder. Aunque el trabajo de las mujeres que tiene un valor, en este sistema se hace menos, se invisibiliza; por ejemplo Maseca no se imagina la cantidad de maíz que se mueve a través de las manos de las mujeres que hacen tortillas en sus casas, yo creo que si hicieran las cuentas se asustaban, puede que desde el punto de vista económico no les represente un enemigo, que no les preocupe, pero bueno mejor que no lo sepan (Entrevista Lucy, 2018).

En este punto me es imposible no recordar a Juan cuando decía: «ya lo dijo el sabio Bruce Lee: no por que seas vegetariano un león no te va a comer» Es decir, no por estar haciendo algo loable, el sistema no te va a detener.

[Justo] por eso [en El Cambalache] decimos: pues que no se de cuenta el gobierno porque nos van a parar. Aunque seamos poquitos, la gente ya se va dando cuenta que el sistema cambalachero sí funciona, y que dejas de mirar de esa forma como quieren que mires, sin tanto miedo, o como el consumismo donde te someten a una cosa que si no estás dentro de ese sistema pues no sobrevives, y también entras en la cosa de estar consumiendo [mercancías], porque o sino no está bien, o eres inferior. Pero cuando estas acá, pues al contrario, cambias todo y te das cuenta de lo grandioso que eres independientemente de tu situación monetaria [...] y que eso este cada vez más cerca de todos, que todos sepamos que nos podemos apoyar unos a otros a través de intercambio, y que todos tenemos algo que dar, algo que intercambiar, todos, no importa que no sea algo material, o

a lo mejor en ese momento tú no puedes, y el intercambio se da a través de un quiero y necesito, y no hay bronca aquí esta lo que necesitas, y no importa que ahorita tú no puedes dar, y que te sientas también con la satisfacción de que en algún otro momento tú vas a dar, vas a tener un compartir, o tal vez ir a ayudarle a alguien cuando tú ya lo puedas hacer; no es algo que se vaya a ver como recibir una limosna porque tú no estás en ese momento dando algo, hay muchas situaciones, puede que emocionalmente no puedas en ese momento, y no hay problema. El sistema de intercambio se trata más bien de eso, no es decir: ¡ah! ¡vamos a acabar con el sistema capitalista! Aunque qué padre fuera, porque sí afecta mucho. Igual sí lo vemos como una economía diferente pero que desafortunadamente es algo muy pequeño todavía (Entrevista Saraí, 2018).

Sin embargo, no porque sean experiencias pequeñas dejan de ser relevantes o significativas, de cualquier modo continúan siendo focos potenciales de inestabilidad del orden social. Su constante invisibilización y ninguneo, y su aparente insignificancia, funcionan como un manto que las protege de las operaciones de captura y cooptación. De acuerdo con Deleuze (2004), los rizomas de fuga necesitan mantener un estado anímico prudente; asimismo deben evitar las desesperaciones, las reacciones alocadas o los enojos que las evidencien y las hagan muy visibles.

La pequeña y silenciosa escala de la fuga, lejos de ser algo indeseado, es una proporcionalidad determinante para la configuración de los afectos en el intersticio. Es decir, la «potencia de obrar» aumenta cuando la experiencia vital se inscribe en una menor escala, que amplía el «hacer» creativo; por el contrario, la «capacidad de actuar» tiende a disminuir cuando se está inscrito en una mayor escala.

Uno tiene que hacer los cambios a la menor escala posible, los cambios a la menor escala posible son más fáciles de afrontar. Pero incluso, socialmente pasa eso, que cambie un presidente me va a traer a mi vida cambios muy difuminados; la decisión que toman en Naciones Unidas, en mi vida trae muy poquitos cambios. Pero conforme vengo a una escala más pequeña, más pequeña, ya puedo sentirlos. Por ejemplo la decisión que tome el alcalde de San Cristóbal puede ser muy relevante para mi vida, porque puede empezarse a ver el tema del crecimiento desorganizado de la ciudad, o ver qué está pasando con el agua o con los ríos. En cuanto la escala es menor eso podría traer un cambio en mi vida, al grado que si la escala eres tú, si tú decides dejar de fumar el cambio es inmediato. Las decisiones que tomes a la menor escala posible son las que más efectos van a tener, y en el diseño permacultura también tienes que ver todo el patrón, pero la acción debes hacerla a la menor escala posible; primero debo ver el patrón más grande desde la cuenca y luego decidir dónde voy a poner la cocina de mi casa. Entonces primero miro el patrón y luego tomo la

decisión en la menor escala posible que pueda, y yo creo que la menor escala posible es uno mismo, entonces como que eso es lo que uno tiene que buscar, cambiar uno, y eso va a ir permeando en el colectivo, en la comunidad (Entrevista Saraí, 2018).

APUESTAS RELACIONALES EN EL INTERSTICIO

Aunque se trate de experiencias insipientes y a pequeña escala, estas tienen la suficiente fuerza para gatillar cambios a nivel individual y colectivo. Como en un movimiento afectivo de pliegue y repliegue, el cambio a la menor de las escalas posibles, también tiene el poder de generar un cambio en el otro. Si se transforma la forma en que veo mi propia potencia, necesariamente se transformará la potencia que veo en los seres con los que entro en contacto. De ahí que las personas que devienen en fuga y que recobran su potencia de actuar, tracen la apuesta más disruptiva y potente en el intersticio, me refiero a ese querer explorar otras formas de relación social y de reconocimiento del otro.

Una de las frases que me gusta mucho del cambalache es “ten el valor de intercambiar” nos referimos a algo desde adentro, cuando tienes el valor de intercambiar es simplemente como decidir vivir de otra manera, aunque sea dentro de este sistema, pero ya decides no consumir tanto, decides compartir más, decides valorar a los demás, apreciar lo que te comparten, lo que te dan, o lo que alguien hace (Entrevista Saraí, 2018).

Sin duda, la afectividad de fuga que es capaz de dar lugar y valor al conocimiento, la experiencia y la capacidad de hacer que reside en el otro.

Un señor que ayudó a construir [el salón comunal de encuentros] tenía problemas con el alcohol, pero gracias a que estuvo aquí lo vino dejando, poco a poco, ahora tiene un sentido; otro joven que estudió la primaria y es balconero llegó un día a Ecosur, lo invitaron como parte de la colonia a ese proceso de defensa del agua, él estaba feliz porque al presentarse dijo: estudié mi primaria y soy balconero –Martín ríe– estaba fascinado, porque estos señores que estudiaron mucho lo estaban escuchando a él. Entonces hay personas que van haciendo pequeños cambios y eso para mí es una maravilla. Otro ejemplo es el señor que está aquí –Martín se refiere a una persona que se encuentra próxima a nosotros–, es un chingón, él no estudió mucho, pero es un inventor, le presentas un problema y anda pensando, y piense, y piense como lo resuelve, y ahora como presidente de un comité anda buscando *cómo hacer algo diferente*, es como poner una semillita para que brille (Entrevista Marín, 2018).

Aunque la fuga permanezca incorporada en el sistema, es capaz de resignificar la lógica establecida. Al cambiar la propia mirada, los «capitales» sociales, económicos, culturales y simbólicos, que se ponen en juego y que determinan las oportunidades de posicionamiento en el mundo social (Bourdieu, 2016) son reevaluados; por ejemplo, factores como contar con un título académico pierden todo sentido, ya que en el rizoma de fuga se amplía la perspectiva sobre lo que se considera un saber o un hacer valioso. En ese sentido habría que preguntarse cuáles son, ya no los «capitales», sino las «capacidades» y los «haceres» que resultan fundamentales y apreciables en el «campo» del intersticio.

[...] es muy curioso, cuando estás ahí en El Cambalache día a día es un aprendizaje con las personas que llegan. Por ejemplo, llegó un señor Juan, es un señor súper humilde que casi no habla español, de hecho nada, solo habla tzotzil. Descalzo llega a recoger la basura, y pues de eso vive, de lo que le puedas dar por llevar la basura. Entonces llega y le digo: mira Juan este es El Cambalache, y no, no me entiende porque yo no sé hablar tzotzil. Pero él va con un niño, y el niño le empieza a traducir. Él no puede creer que le estoy diciendo, que él no necesita usar dinero para llevarse lo que necesita, si necesita zapatos, tenis, ropa, lo que sea, alimentos de los que hay en El Cambalache, bueno los puede llevar, a cambio de que él se este llevando la basura, es su trabajo, pero él decía: ¡no! ¡no! ¿cómo? Es mucho. Piensas que él hubiera podido llevarse lo que fuera porque él no tiene nada; y dices: bueno él necesita mucho entonces, y si le están diciendo: puedes llevarte todo lo que quieras, pues piensas que va a llevarse muchas cosas. Y no, solo se llevó unos zapatos y un par de camisas, y luego volvió a regresar las camisas porque no le quedaron. Dijo que no se iba a llevar nada más, que lo único que necesitaba eran los zapatos; y él preocupado me decía: pero yo quiero dar algo, quiero dar algo a cambio, pero pues no tengo nada. Y yo le digo: cómo, pero sabes hablar tzotzil no te gustaría ser maestro de tzotzil una vez a la semana. Y de repente él era la persona más feliz del mundo, nunca había visto a una persona tan feliz. Él decía: ¡yo el maestro! O sea yo, ¿cómo? ¿ser el maestro? Te lo juro que casi llora de la alegría y yo también, y empezó a ir después, y era el hombre más feliz del mundo de saber que podía dar algo, que podía enseñar, fue bien bonito. Y las personas ellas solitas cambian su forma de verse a sí mismas, se dan cuenta de todo lo que son capaces de dar, como que en este sistema capitalista si no tienes nada, no vales un carajo y de pronto estas en ese otro tipo de relación social, y algo que tienes, como el hablar tu idioma se vuelve valioso. Cuando él no se creía nada valioso, en realidad es súper valioso, y eso solo es una cosa, o sea, si lo conociera más seguro que tiene mil cosas buenas que ofrecer, y es eso, es como un trabajo de valorarnos nosotros mismos. Todos somos valiosos igual, los niños, las niñas es impresionante como llegan y dan sus talleres, los niños dan talleres de Lego y ellos también son

felices de sentirse maestros de algo. Hay talleres de verano donde otras amigas han ido a dar cursos de tambores y los niños aprenden bien felices, y luego ellos comparten lo que aprenden. Las señoras del barrio también han querido participar, nos han donado miles de cámaras, y ellas llegan escogen su cámara, y con Paty otra de las cambalacheras ya están armando su documental, no recuerdo como lo iban a llamar, pero uno de los nombres era: «Contando la historia de mi barrio en fotografía». Y es hecho por ellas mismas, en talleres han aprendido a tomar fotos, y realizar documentales, ellas van recuperando la memoria sobre la historia de Cuxtitalí, también han investigado, están súper empoderadas, van por documentos a la iglesia, ya caminaron cinco horas hasta donde nace el agua del barrio, ellas están bien prendidas, emocionadas, y es su trabajo, ellas lo están haciendo, cuando ellas decían: ah... yo soy una ama de casa no más, atender a los hijos y al marido no más. Y ahora no, están haciendo su propio proyecto, haciendo investigación, cosas bien bonitas (Entrevista Saraí, 2018).

Para las personas, entrar en la lógica de El Cambalache es como pasar a una frecuencia que las potencia y las energiza; es como si el flujo de la energía vital las reavivara –¿Es así? pregunto:

¡Sí! ¡exacto! y se dan cuenta ¿yo sé hacer esto?, no digo que ser ama de casa sea algo mínimo, es una cosa valiosísima y es un gran trabajo, pero cuando ellas descubren que tienen mil cosas para dar, talentos que ellas ni se imaginaron que tenían. Y poder ver que lo disfrutaban tanto, y que están súper felices. Ellas también se sorprenden porque están enseñando, y se preguntan o sea, ¿yo sé toda esta historia de mi barrio? Y luego llegan a compartirla de una manera súper linda. Pues eso también cambia la perspectiva como se ven ellas mismas, comienzan a notar todo esto que tienen por dar, y que pueden compartir sus saberes, ellas saben muchísimo y a lo mejor no tenían espacios para compartirlos (Entrevista Saraí, 2018).

Las relacionalidades en la fuga rizomática, activan y movilizan otras formas de sensibilidad hacia el otro. La capacidad «hospitalaria», el «compartir», el «dar» y el sentir «confianza», son algunas de las afectividades que se identifican como parte de la mielina que conecta las interrelaciones:

Es toda esta parte que te quiere robar el sistema capitalista, y en la filosofía cambalache son las principales cosas que queremos recuperar. Sabemos que son cosas que tenemos los humanos y que son las principales cosas que te van aplastando en el otro sistema. Y es tan fácil cuando lo empiezas a hacer, te dejas llevar por eso, y te es muy fácil llevarlo a tu práctica diaria como algo normal, y cuando lo empiezas a sentir en los demás, pues también tú lo quieres hacer, es algo que se contagia también (Entrevista Saraí, 2018).

Saraí reconoce cierta «facilidad» en llevar a la vida cotidiana las prácticas de intercambio de El Cambalache; sumado a ello, expresa que estas llegan a ser adoptadas como algo «normal». En este sentido, es importante señalar que las capacidades humanas tendientes a la asociación, la cooperación, la ayuda, la protección y el cuidado, así como a la indignación natural frente a hechos injustos, y el tener actitudes desinteresadas hacia el bien de los demás, son componentes remotos de nuestra ontogenia, que han venido consolidándose en la deriva evolutiva de los seres humanos (Waal, 2011).

Volver a despertar la parte humana –no sé como explicarlo– me parece como muy natural de la humanidad el simplemente compartir [...] es como que se despertara algo innato que le pertenece al humano, que de pronto se duerme en la lógica capitalista, pero que cuando lo abres al sistema de intercambio, rápido, rápido se despierta (Entrevista Saraí, 2018).

Al igual que las habilidades asociativas, los haceres vinculados al contacto con la tierra y la construcción colectiva de refugios, también tienen la capacidad de activar nuestra memoria evolutiva. Al respecto, Morin (1971) señala que el proceso de hominización en los pequeños grupos y sociedades primitivas, estuvo vinculado a transformaciones en las relaciones humanas. Por eso, en el proceso de cerebralización se enraizaron temas relacionados con la sobrevivencia, la protección, el cuidado, la alimentación y el general el desarrollo de las estructuras socioculturales.

Yo no sé, pero, cuando estoy con gente que nunca ha trabajado la tierra –y eso me ha tocado mucho a mí porque trabajo con grupos para enseñar técnicas de cultivo–, la gente se emociona mucho. Igual me pasó a mí la primera vez que puse una semilla y ví cómo nació una planta, y después pude alimentarme de ella. Plantar un tomate en un balcón y que luego te puedes comer un tomate, eso como que te da algo, como que encuentras algo que habías perdido, yo no conozco a nadie que no le pase. Entonces creo que nuestros genes, en nuestro ADN estaba ese contacto con la tierra, entonces cuando haces algo ligado a eso, también te encuentras, también descubres que hay algo que te hace sentir como si ya lo hubieras hecho antes, como si algo pasara. No solamente me ha pasado con trabajar directamente la tierra para cultivar los alimentos, también me ha pasado con la construcción, con construir algo. Yo creo que en toda la historia de la humanidad hicimos nuestros refugios desde siempre, entonces cuando participamos en eso, también hay una memoria genética ahí, algo que te da placer, por más que sea algo cansado, te motiva y te hace sentir que

esto lo habías hecho antes, o simplemente sientes que lo tenías que hacer. Claro yo te hablo de la construcción natural, de trabajar la tierra, de construir, de asumir esa responsabilidad de construir tu casa o la casa de alguien (Entrevista Rubén, 2018).

El punto es que nuestra especie tiene una naturaleza intensamente social, por ello las acciones humanas están permeadas por instintos cooperativos, de protección y de cuidado que, desde siempre, han hecho parte constitutiva de los seres humanos, además de ayudarnos a devenir como animales sociales. Pese a ello, en el intersticio sigue siendo un reto pensar en encontrar los caminos para movilizar el trabajo y la imaginación colectiva. Cuando Juan trae a la memoria lo que ha sido experiencia, suspira y dice: «me gustaría colectivizar, pero puta madre ¿juntar personas? ¿juntar cabezas? Juntar me ha sido mucho problema».

Creo que lo más difícil de todo, incluso ahora que nosotros vivimos atomizados y en familias, es volver a hacer comunidades intencionadas ¡Cómo cuesta! De hecho, en casi todos los proyectos de ecoaldeas muy permaculturales –como todos somos bien egocéntricos– terminan peleando por definir cuál es el mejor diseño. Rubén me platicaba mucho sobre eso, me decía que en España habían muchas ecoaldeas y que lo más difícil era construir comunidad, en parte porque somos bien complejos como personas y ya estamos acostumbrados a estar echando pleito por cualquier cosa (Entrevista Juancho, 2018).

La «comunidad intencionada» es la opción que nos queda a quienes nacimos y crecimos atomizados en el ambiente del individualismo exacerbado, de la competencia, la búsqueda del interés personal, la mirada auto-centrada y el desdibujamiento del otro.

Ser comunidad, y querer hacer comunidad es algo nuevo para todos los que estamos allí queriendo intencionarlo, y entonces es difícil aprender a mirar el bien común, es muy difícil, además porque cada uno de nosotros tiene su idea de lo que es el bien común, pero es tu idea o tu imaginario porque nadie ha vivido en comunidad, además aunque hubiéramos vivido en comunidad pues esa comunidad sería muy distinta a lo que queremos construir ahora (Entrevista Lucy, 2018).

No podría ocultarse que en algunos casos las intenciones de trabajar colectivamente han terminado abrazadas por el sentimiento de fracaso. Ante la dificultad de asumir una lógica grupal, se continua avanzando por el camino del «devenir minoritario de fuga», es decir, como un «agecinamiento individuado» donde «cada quien retoma su libertad y se escabulle lo más discretamente posible» (Guattari, 2013:265).

Les dije: compas, podemos hacer algo, nos unamos, podemos crear, podemos cultivar, no necesitamos de otras monedas, y pues, me cansé del romanticismo revolucionario, me di cuenta que a algunas personas les gusta el eco-choro pero a la hora de la acción se quedan con discursos, con buenos libros, con buenos términos, y al final haciendo nada. Entonces me decepcioné mucho de los compas, yo pensé que podía contar con ellos, me di cuenta que nadie más lo iba a hacer si no empezaba a dar pasos, me pregunté por qué esperaba más personas, ya había perdido tiempo, y dije: ¡nell! ya voy a hacer cosas, con la poca noción, yo he visto cómo se crecen los borregos, las abejas, los peces, cómo puedes tener biogás, cómo puedes hacer celdas solares ¿por qué no lo voy hacer? [...] pero, la verdad un día allá en la aldea, que yo estaba feliz en mi pedo, me despertó un sueño diciendo: ¡comparte! Y ya no me dejaba en paz. Ahora quiero compartir algo tan maravilloso como eso, y decir: ¡güey! ¡ahí están sus alas! ¡podemos volar! podemos irnos a otra cosa aunque ya esté muy nublado el telón, podemos cambiar la película en cualquier momento. Entonces sigo con ese sueño, ya no como un experimento, porque antes pudo ser muy romántico, muy divertido, o muy atrevido, el nombre que le queramos poner, pero después de haberlo experimentado, ya no estoy con la duda de si se puede o no hacer ¡pues claro que se puede hacer! [...] si yo puedo, cualquiera puede hacerlo. Es más, ahora me da satisfacción saber que hay mucha gente que lo está haciendo, bueno no sé si es mucha gente, pero ya hay gente que lo está haciendo; igual hay bastante rechazo, hay bastante miedo, a mí me sigue cagando la gente que dice: ¡chévere la ecología! pero empezamos un proyecto, y le da miedo cuando comienza a ver: ¡ah güey! ¿ya no voy a cagar en el agua, si no aquí? ¡no mames! ¡sí, a huevo! ¡eso es lo que vamos a hacer! Estos hippies con cuentas bancarias... ¡pero está chido! todos están en su derecho, en su proceso, en su onda, lo importante es la vivencia. Entonces el sentimiento ahora es más aldeano, es más comunitario, es pensar más en la comunidad, pensar en el otro. Y así me he atrevido a hacer mis viajes, pues ahora conozco más temas: el reciclaje, la captación de agua, la siembra, cómo fertilizar, biodigestores, fogones, casas de todo tipo y color; claro, hay muchísimo más que conocer, hay más por descubrir, por crear, métodos más favorables para diferentes regiones. Ahora estoy muy enamorado de la bioconstrucción, me gusta mucho, no está peleado con el arte, la belleza, la comodidad, entonces por eso estoy en esto, y pienso que es demasiado amplio, depende de cómo uno lo quiera, el pastel está ahí, agarra lo que quieras. Pues esto es lo que a mí me mueve (Entrevista Juan, 2018).

Juan lo soñó, sintió su camino, lo siguió y comprendió, que a pesar de ser difícil, prefería intentar emprender una experiencia colectiva. Y es que el tallo subterráneo del rizoma no podría crecer en soledad, sus raíces secundarias, los nutrientes de la tierra, el agua, el sol, y en general todo aquello que puede ser y no ser mencionado, hace parte de la confabulación, del misterio y la

magia que le permite existir. Rubén también lo sabe, tiene claro que las salidas a la crisis «no existen de manera individual». Ante un escenario de colapso las estrategias comunes, no son opcionales; hoy más que nunca el encuentro con el otro, se impone como una necesidad y una obligación para la sobrevivencia.

[Hay una clara intención hacia el trabajo colectivo] por una parte por un querer ser coherente con lo que hacemos, vivirlo hasta el fondo. Pero por el otro, lado está el tema del descenso energético ¡la energía fósil va pa' abajo! Y en un futuro de descenso energético, la comunidad es la única manera de sobrevivir, no existe la sustentabilidad individual, eso solo puede ocurrir con mucha disposición energética, el que vivamos en una casa solos, que podamos no interrelacionarnos con nadie, y el yo trabajo desde internet, y no sé qué y no sé cuándo, eso implica muchísima energía. Por eso, a medida de que hay menos energía, lo que necesitas es más comunidad. Entonces pues es la apuesta de la transición, la transición va a hacer y va a crear comunidad. Cuando nosotros compramos un terreno y decidimos irnos ahí, incluso nos dio miedo de hablar de ecoaldea. Dijimos: mejor vamos a ser buenos vecinos y nada más, vamos a ver hasta dónde llegamos, pero seamos al menos buenos vecinos, al menos seamos los vecinos que nos gustaría tener, y que mi hijo vaya a jugar con sus hijos, y transicionemos hasta donde lo podamos hacer. Y yo era de los más escépticos, y decía: vamos a acabar siendo solo buenos vecinos, pero la verdad es que llevamos cuatro años y en esos cuatro años cada vez apuesto más por el colectivo. Aunque en muchos aspectos hemos logrado mucho menos de lo que creía, hace cuatro años yo decía: en dos años estamos viviendo ahí, pero aún no estamos viviendo ahí, porque crear la comunidad ha sido mucho más difícil de lo que creía, construirnos a nosotros ha sido mucho más difícil que construir algo, y pues ha sido un darnos cuenta y un descubrir lo que queremos. Yo cada vez he abandonado más un proyecto personal, y cada vez he abrazado más un proyecto colectivo, pero eso ha sido una transición, ha sido un proceso.

– ¿En algún momento has llegado a no querer seguir?, pregunto.

En más de una ocasión porque cuando hay mucha energía disponible estás acostumbrado a que puedes decidir comprar un terreno y hacer las cosas a tú manera, pero si lo tengo que consensuar con otras once familias, se comienza a complicar todo, eso cansa y desgasta. Pero igual continúo porque tengo la convicción de que es la única manera, lo mucho que hagas individualmente encuentra poco sentido a lo poquito que hagas colectivamente, es decir, lo mucho que hagas individualmente te deja poco, te sabe a poco, contra lo poquito que puedas hacer colectivamente; o sea el trabajo colectivo, ya sea de reflexión o físico te transforma a ti, de la otra manera solo eres

tú transformando la naturaleza y ya. En realidad lo que esta pasando en el colectivo es que te está transformando a ti, y es que no va a ver un cambio si no cambias tú, y si no lo haces con un colectivo en realidad es muy difícil. Al menos en mi experiencia, es mucho más fácil cambiar producto de la reflexión, de los golpes y del escuchar otras voces diversas, que solo escucharte a ti con un discurso ya construido [...] ¿Te acuerdas cuando te decía que la gente en la labor de siembra, como que encuentra algo que había perdido, como si viviera un reencuentro? Cuando haces cosas en colectivo, aunque sea muy difícil, aunque también trabajar la tierra es muy difícil y construir es muy difícil, hay algo que te dice, que tus genes te dicen: ¡ah! ¡esto lo habíamos hecho antes! Creo que tiene que ver con esa sensación de recordar, de vivir ese momento de estar recordando algo, claro pero de estar recordado algo que no viviste tú, que a lo mejor vivieron tus ancestros, uno recuerda lo que vivieron sus ancestros pero a través de uno ¡Esa es mi sensación, eh! Cobra ese sentido. Y luego, al fin y al cabo, una comunidad es como una familia extendida, entonces tus relaciones empiezan a ser como las relaciones de tu familia de manera extendida, tus afectos desde luego que empiezan a trabajar y empiezas a tener otros afectos, la gente deja de ser nada más esa gente con la que queremos construir algo juntos, es gente con la que nos ha pasado esto juntos, y hemos embarrado las paredes juntos, y nos hemos equivocado juntos, y nos hemos levantado juntos, y eso va creando afectos, además de que va creando un sentido común, una mística (Entrevista Rubén, 2018).

Sin embargo, la intención de prepararse para la crisis no siempre se da desde el ánimo de crear comunidad. Pensar que no tendremos la misma disponibilidad energética para sostener esta civilización, inmediatamente despierta la imagen catastrófica de un mundo desestabilizado, desolado y ennegrecido por las agresiones, las muertes, la violencia y el saqueo; claramente esa escena de desabastecimiento iría acompañada de guerras locales por los pocos insumos que queden. Sin duda, el escenario casi apocalíptico del declive energético estremece y conduce a que el estado humoral de algunas personas sea tomado por el miedo.

Yo me he dado cuenta que cuando uno habla de crisis y de prepararse para la crisis de que viene, vemos gente que se asusta mucho. Y entonces en ese camino yo me he encontrado con mucha gente que lo que quiere no es crear un colectivo sino un bunker (Entrevista Rubén, 2018).

—¿Es esa gente movilizada por el miedo?

Exactamente, esa es la clave, lo que tú dijiste. Yo siempre digo o que te moviliza el amor o el miedo. Hablar de crisis da miedo, y si te moviliza el miedo te vas al bunker. —y ya pierde lógica— ¡claro! yo

he estado en lugares donde daba un curso de introducción a la permacultura, y me llegó gente que lo que me estaba preguntando era cómo hacer un bunker. Me decían: ¿cuantos metros necesito para ser independiente? ¿Para no tener problemas con nadie? Y yo decía: ¡eso no existe! ¡sin energía necesitamos comunidad! Pero me di cuenta que ante esta paranoia de la crisis hay gente que está actuando por miedo, y entonces ante ese miedo, pues la gente que todavía tiene energía, que ahora la energía se puede medir por dinero también, pues lo que quiere es construirse un bunker. –Y entonces ¿Qué sería no actuar por miedo, sino actuar por amor? ¿Qué sería ese amor? Entonces, sería el darnos cuenta que en realidad, la humanidad lleva viviendo sin toda esa energía mucho más tiempo de lo que lleva con ella, y que es posible volver a ese... no exactamente a ese lugar, porque somos diferentes y hemos aprendido un montón de cosas, pero al menos dar unos pasitos para atrás en la cuestión sobretodo de la energía. Podemos vivir bien, tener una vida buena utilizando poca energía, eso no es rebajar tu nivel de vida, incluso yo diría que se aumenta, en el sentido que todo ese nivel de energía te está enfermando, tenemos un montón de energía, un montón de cosas y nos hemos hecho dependientes de las cosas, tenemos un teléfono inteligente pero nosotros ya somos poco inteligentes, entonces conforme tú puedes ir dejando esas cosas, y dándote cuenta que puedes vivir y aprendiendo a vivir de una manera de bajo consumo energético, y entonces descubres que tienes tiempo y que puedes jugar con tus hijos y que eso te va a dar salud emocional, espiritual y física, y entonces, al contrario, resulta que aumenta tu calidad de vida al disminuir tu consumo energético. Pero siempre se percibe que si yo no puedo tener ese nivel de energía, lo que va a pasar es que voy a vivir pobremente (Entrevista Rubén, 2018).

LA CAPACIDAD DEL AMOR EN EL INTERSER

¿Amor o miedo? En la fuga rizomática la balanza se inclina por vivenciar una ampliación desde la «capacidad del amor»; contrario a sentir un «estrechamiento» y paralizarse por el miedo, la elección es fluir en el «acto espontáneo» de potenciarse colectivamente, es entregarse a la energía del «hacer» y a esa «rebeldía» de Martín, es decir, a ese confiar «que todo puede ser diferente, que todo puede ser mejor». Aunque se es consciente del panorama de la crisis, se sigue soñando con explorar un tipo de vida que intente integrarse a los ciclos vitales, teniendo como base un menor consumo energético.

Ese amor tiene que ver con elegir lo bueno y lo malo ¿Si tú sabes que ese camino es malo? ¿por qué chingado vas? Digo, si sé que este camino es de corrupción, y hay otro que no es de corrupción ¿entonces por qué chingados elijo este? Es como poner de un lado frutas y del otro chucherías, luego traigo un niño ¿a qué lado va? Ahora depende qué niño, qué formación trae, pueden ser

morros de la misma edad, pero algunos ya saben qué no les nutre y qué es mejor elegir. Al final elijo más bien por la consecuencia, porque esto me va a hacer bien y esta madre me va a enfermar, tarde que temprano me va a matar. Allí el amor es al todo, yo creo que el amor es muy amplio y se me hace muy conectado a lo espiritual, así es como yo lo entiendo, el espíritu no piensa tanto es más sentir y tal vez si pasa en el filtro de la mente yo puedo mancharlo –porque en la mente puedes manipular las cosas según te conviene–. Es en esa elección que puedes tomar un camino [...] sí, el amor es un tema de elección, yo siento que es un tema de elección. Hay una comunidad en guerra y otra está en paz ¿Entonces a cuál chingados quieres ir? depende de tu visión. En cosas extremas una cosa es vida y otra es muerte. Es como decir: por un lado esta cosa tarde que temprano me va a partir la madre, me voy a convertir en esta pinche basura que no quiero ser; y de este otro lado, como que puedo ser más yo mismo. Como que por un lado hay un respeto; y por el otro, hay una manipulación. No sé, así lo entiendo yo. Hay cosas destructivas y cosas constructivas, yo erigiría más la permanecía y la vida, si hay guerra yo voy más a la vida, voy más a lo permanente; a eso me refiero un poco (Entrevista Juan, 2018).

Yo creo que sí, es como un cambio de adentro hacia afuera donde influye toda esta parte humana, yo creo que nosotros como humanos podemos decidir entre toda esa parte que puede ser muy violenta y negativa o podemos decidirnos por la parte del compartir, confiar en el otro, darnos, valorarnos a nosotros mismos, y así de esa manera también poder valorar al otro (Entrevista Saraí, 2018).

Desde la lectura espinociana, cuando Juan dice que el «amor» tiene que ver con una elección, está indicando una acción de desmarcarse frente a la voluntad de otro. De hecho, para tomar el camino de fuga, es necesario comenzar a ser causa de los propios afectos y emprender un tránsito hacia las «ideas nociones». Solo en la frecuencia de este tipo de ideas, nos es posible lograr el conocimiento sobre las características de los cuerpos, y con esto tener una base para entender las causas y los posibles resultados de las «mezclas» que elegimos. La práctica del amor es «la auténtica comprensión del otro»; es entrenarse para desarrollar una atención, una escucha y una observación profunda sobre los seres con los que entramos en contacto; asimismo, es descubrir cuál es su necesidad, su aspiración o su sufrimiento, y desde ahí poder intuir y elegir qué tipo de acciones deben emprenderse para ofrecer algo que le resulte provechoso (Nath Hanh, 1998). La elección de amor sería la «comprensión correcta del otro», así como el desarrollo de una sensibilidad y de un «movimiento del corazón» que procure la «buena mezcla».

Yo estoy mucho en la lógica de que el amor va a poder mover las cosas, desde cómo nos acercamos a una persona, cómo la percibimos, y cómo intentamos transformarnos con ella (Entrevista Felipe, 2018)

¿Será la fuga rizomática una forma de despertar al amor? Creo que de algún modo, el amor se expresa en la acción de comprender profundamente la crisis, y con ello captar lo que necesita urgentemente ese otro: bosque, mar, coral, oso polar, pingüino, árbol, agua, montaña, humano, catarina, luciérnaga o escorpión.

Cuando honras por ejemplo a tus ancestros, el agua, el aire, el fuego, los árboles, las plantas, las otras personas, entonces es cuando te das cuenta y sientes que todas las acciones que hacemos afectan, que en realidad nos estamos quitando de la vida, nos estamos alejando cada vez más de la naturaleza y de las personas. Entonces entiendes que debes desaprender a vivir como vivimos los urbanos porque realmente hacemos mucho daño, más daño del que nos damos cuenta. Nuestros hábitos de consumo, nuestras formas de vida dependientes al carbón y a los combustibles fósiles, es muchísimo daño el que estamos haciendo, y sin embargo es súper complicado pensar en soltar esos hábitos, somos extremadamente dependientes (Entrevista Lucy, 2018).

En el fondo los seres intersticiales han escuchado su sufrimiento, por eso se sienten convocados a potenciarse, a inventar, crear e imaginar otros rumbos que alivien en algún nivel ese dolor.

Falta aspirar a hacer cosas más espirituales o amorosas, no importa si es eres un güey que tenga varo, no tenga varo, si es romántico, o si quiere meterse a la moda, o irse lejos y ser permacultor, lo importante es saber: ¿con qué sentido? ¿con qué espiritualidad? ¿con qué corazón? o ¿pa' qué lo hace? ¿No? Entonces la intención tiene que ser por amor. Por ejemplo, cuando yo hago mi trabajo no siento ni frío, ni calor, ni hambre, lo hago por amor [...] yo soy muy allegado a la espiritualidad, bueno no sé si muy, pero creo en los nahuales, en los ancestros, creo en el misticismo y en la espiritualidad, pero no voy a hacer cosas buenas por miedo, sino más bien como por amor o como por ese respeto. Yo le llamaría espiritualidad a algo muy cercano al amor, o el amor está muy cerca de la espiritualidad, o yo no sé, cómo que son la misma cosa, y pienso que si las cosas no tienen espíritu, no tienen el amor (Entrevista Juan, 2018).

Ese amor o esa espiritualidad se relaciona con las comprensiones, sensibilidades e informaciones que se tejen a nivel local y que despliegan un entendimiento común sobre lo que significa un

buen o un mal encuentro entre los cuerpos de ese territorio habitado. La configuración de las «naciones comunes», va formando determinados «rieles afectivos» que facilitan la comunicación, la conexión y el intercambio entre los seres intersticiales. Por ello no es casual que mis interlocutores suelen nombrar la espiritualidad como un eje fundamental en su camino.

Cuando visitas experiencias de comunidades intencionales, se nota muy claramente, hay unas que se hicieron porque compartían una espiritualidad, y de hecho eso es lo que trabajan, y a partir de ahí han empezado a compartir otras cosas, y dicen: ¡ay! también debo saber cómo cultivar mis alimentos, pero ya se encuentran el tema como un problema. Nosotros por ejemplo estamos un poco inscritos en el otro lado, casi todos trabajamos en cosas muy prácticas, muy del *hacer* [...], entonces vemos que la espiritualidad es una fuerza que liga y que pega, y pues hace falta a veces. Y los que se juntaron solo por lo espiritual de repente truenan porque ya no saben cómo producir sus alimentos o cómo construir sus casas, e igual nosotros tronamos porque espiritualmente tampoco tenemos una base (Entrevista Rubén, 2018).

Rubén se refiere a la espiritualidad como esa base fundamental del «hacer». Justamente por eso Juan señala la importancia de preguntarse ¿con qué corazón se hacen las cosas? Creería que lo primordial es reconocer que si la intención de la acción es amorosa, necesariamente será espiritual. De algún modo, el hecho de no nombrarse, no significa que la espiritualidad no esté presente. Incluso, si elaboráramos un mapa de la fuga rizomática notaríamos sus diversos nudos y yemas; veríamos que algunos de sus brotes avanzan hacia la construcción natural, otros toman la dirección para desarrollar técnicas ecológicas, otros se juegan su creatividad para imaginar otras economías, y otros nodos decidirán responder al llamado de trabajar directamente desde el mundo de las energías y la espiritualidad. Al final, en una red rizomática todo funciona por contagio, por eso no importa si cada devenir minoritario no se desarrolla con fuerza en la diversidad de las ramificaciones, lo importante es que alguien lo haga e inyecte esa energía a toda la red.

La vida me dio la oportunidad de andar con gente que estaba como en el mismo viaje, y sentir la magia de hacer cosas tan increíbles, como cuando estás conectado en una frecuencia, o no sé que chingados sea, o la sabiduría, el sentido común, no sé, ahora sí como le queramos llamar, pero hacer cosas sanas, tan hermosas, tan rápido [...] como sea, estamos conectados, yo pienso que nada está separado, nada más que a veces lo ocultamos, o lo escondemos, o no sé que chingados

hacemos con ese sentimiento ¿No? pero a mí me gustaría abrirlo y expresarlo en lo que hago (Entrevista Juan, 2018).

El rizoma se sabe conectado, entiende que es un conjunto de anudaciones y de raíces que se entrecruzan; pero además sabe que en cada una de sus células lleva la impronta del sol, del agua, la tierra y el aire. En otras palabras sabe que su naturaleza es la interexistencia y por eso su búsqueda se enfoca a:

re-habitar la vida, re-habitar el agua, otra manera de decirlo es volver a hacerse uno «es justo el antídoto a la separación» cuando lo espiritual y el habitar confluyen, y en nuestra experiencia nos ha pasado naturalmente, como que es algo natural de la vida. Lo que está enfermo en la vida, en nuestra cultura social es la separación, y entonces por eso uno piensa en el interser ¿pero cómo nos hacemos uno con todo? parece una tarea titánica, como que hay muchas cosas que resolver para poderse hacer uno con la vida. Yo lo mostraba con la imagen de un árbol donde sus propias raíces son un puente; o sea, si el interser fuera un gran árbol, en el mismo momento uno dice eso es lo que quiero, el interser y el re habitar, en ese mismo momento uno ya está parado en las raíces del árbol, no hay que hacer un gran recorrido, ocurre inmediatamente porque así es la vida en realidad, de manera muy profunda, muy sagrada, la vida es un tejido donde todo está unido, entonces no es tan difícil desde ese punto de vista, y a la vez es difícil también porque todo es uno. Entonces yo creo todo esto, como una práctica del hacerse uno, con todo lo que a uno le está pasando, en el aquí y el ahora. Normalmente si es difícil porque venimos muy dañados como humanidad, como hombres, como mujeres entonces no es tan fácil sentir lo que en realidad uno siente, es muy doloroso, entonces ésta es la oportunidad en que lo hacemos todos juntos, y puede que duela, o puede que sea un alivio en realidad. Pero es una práctica de interser (Entrevista Felipe, 2018).

Como en el ejemplo del huevo y la gallina, el «interser» es darse cuenta, sin importar el orden, que el uno siempre ha existido en el otro, es recordar que ambos son un devenir y un ocurrir simultaneo (Nhat Hanh, 1998). En otras palabras, la realidad del «interser» es abrirse a la sensibilidad de que «en nuestro interior habita la totalidad del universo» (Nhat Hanh, 2014:19). «Ser uno» o «hacerse uno» en el «interser» es conectarse con la tierra y entender que ésta también está presente en cada una de nuestras moléculas, átomos y componentes, todo lo que somos proviene de ella. Por eso, cuando nos nutrimos de un pan, en realidad nos nutrimos de todas las interrelaciones de la vida que lo hicieron posible. En cada cosa, en cada alimento y en nosotros

mismos está presente la vida misma. Inspiramos-exhalamos, estamos tan adentro como afuera. El inter-existir es esa comprensión profunda de la conexión que tenemos con la tierra, con la vida y con todas sus expresiones o modos.

El aire esta vivo, el fuego está vivo, el agua está viva y no solo biológicamente, yo aprendí que están vivos. Y sentí cómo la naturaleza te llama, te habla, cómo el río tiene voz, tienen una forma de ser, los animales y los árboles, entonces aprendí toda esta parte de conexión más profunda y espiritual con la naturaleza; eso me lo ha dejado ver Chiapas, y para mí eso ha sido muy mágico, eso me ha cambiado la forma de ver la vida, y a transformarme en consecuencia. Por ejemplo la idea de ser parte de la ecoaldea tiene mucho que ver con eso, con ser más radical, con dejar mis comodidades urbanas extremas, bueno que además que mis comodidades urbanas en San Cristóbal, no son las que yo tenía en la Ciudad de México, aquí todavía estoy un poquito más cerca a la naturaleza que donde yo crecí. Pero la idea de vivir en la ecoaldea es cultivar mis propios alimentos y poder estar realmente más cercana a la naturaleza tiene que ver con ello. También en el proyecto de Mujeres y Maíz nos gusta mucho empezar con una ceremonia, con una meditación y hacer altares Mayas como una forma de honrar a la tierra, de honrarnos a nosotros y de conectarnos, pues, un altar es un espacio de conexión con tu espíritu, pero honrando al espíritu de todo y de todos, es como aprender a llevar la vida con un mayor respeto a todos y a todo, y eso también lo aprendí acá, y es algo que me ha cambiado, que me ha transformado la vida (Entrevista Lucy, 2018).

La dirección del rizoma en fuga apunta a sentirse interconectado y acceder a la realidad de la interexistencia, en suma, la capacidad de obrar en el intersticio se dirige a una transición que implica, aquello que Juan considera esencial, me refiero a un «cambio radical de la lógica» o en palabras de Felipe a un cambio paradigmático basado en el «interser».

No está bajo nuestro control lo que esta pasando, yo estoy súper consciente de eso, es algo muy importante en mi alma lo que está pasando en el planeta, pero siento que no se puede matar el sistema utilizando la misma herramienta del sistema, osea que el llamado es a hacer otra cosa, más sutil, más poderosa que detener una cosa. Por eso me interesa más el cambio de paradigma (Entrevista Felipe, 2018).

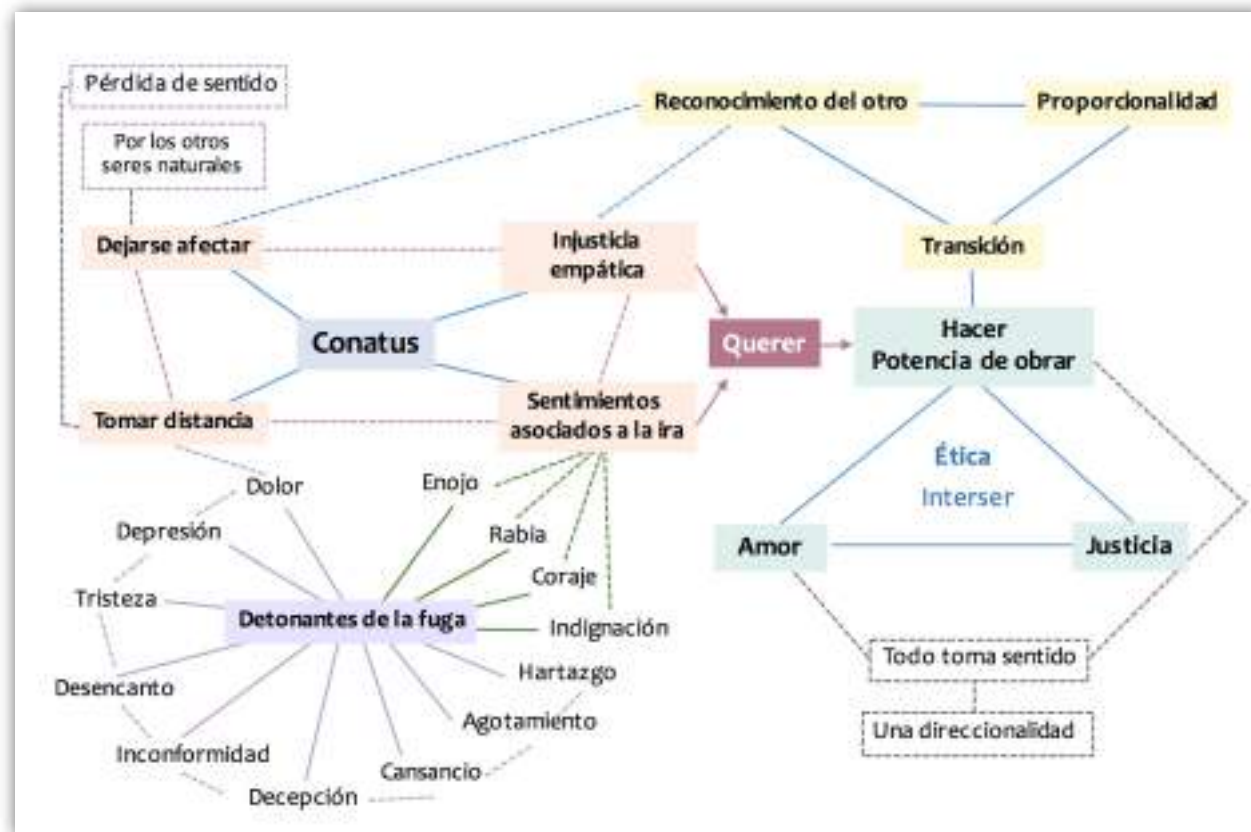
El espíritu alado del intersticio tiene sed de cambios, tiene cansancio de saberse ficticiamente separado por la piel y tiene el ánimo de trabajar por los nuevos comienzos; optar por el amor, aun en un mundo devastado, es insistir en no dejarse entristecer por la fealdad y por lo

angustiante de la crisis; es reconocer y defender toda la belleza que se manifiesta minuto a minuto en la cotidianidad del mundo.

[...] Todos los días hay algo que me levanta, con este pinche algo que no se muere, y yo me pregunto cómo chingados sigo pensando lo mismo, con tanta gente que me ha mandado a la mierda desde hace un chingo de tiempo, y sigo aferrado. Es un poco como las creencias antiguas de los abuelos, de que había un pinche paraíso que está hasta el final de tus días, y yo me dije: no mames por qué chingados no vamos a hacerlo en la puta vida. Lo sagrado, no hay que ir a buscarlo a otro lado ¡esta en la belleza del mundo! Además, si veo un paraíso de agua y árboles en la biblia de la abuela, entonces es que este es el paraíso, es el que tiene mi papá en su patio, mi papá tiene un paraíso en el patio porque tiene pescados, tiene borregos, cultivamos nuestra miel, tiene una abundancia de todo, entonces mi papá tiene un paraíso en su patio. Y este es el puto infierno, la gente muriendo de hambre, quejándose, sufriendo. Chingada madre, ¡ahí está pues! Y esto me lleva a pensar por qué tengo que llegar a servir a otras personas para encontrar mi mundo, cuando puedo ir directamente a mi paraíso, o a mi infierno, entonces no mames, yo mejor me voy al pinche paraíso, a hacerlo, porque sino lo hay, lo voy hacer. Entonces eso me impulsa, yo no espero un mundo lindo y maravilloso, si no lo hay, ¡hay que hacerlo! entonces ¡quiero hacerlo!, eso es lo que me inspira (Entrevista Juan, 2018).

Que el espacio de lo sagrado se entremezcle con el hogar, el patio o el jardín, se vincula con «ese algo» que levanta a diario a Juan, al igual que a todos los seres intersticiales. Se relaciona con «ese algo» que no se muere en ellos, y que los «anima», es decir, que les da «fuerza vital» para continuar en su camino como aprendices de permacultura, artesanos de la bioconstrucción, creativos de las biotecnias, guardianes del humedal y de los bosques; puede que «ese algo» conecte con ese «humor», con ese «soplo en el alma» que los conduce al trabajo espiritual y a explorar otras formas de intercambio. Y aunque nunca podré saber a ciencia cierta, el significado de «ese algo» recubierto con un aire de misterio, lo que sí puedo intuir es que está imbricado con esa energía que impulsa, que lanza y que potencia hacia la acción de advenimiento, de procurar o de intentar un cambio en nuestras realidades; en una palabra: se trataría del «*quarero*», de ese impulso de «querer hacerlo», de querer traer otro mundo a la mano, de buscar hacer por sí mismos el paraíso, o de abrirse las puertas del cielo como obra de sí.

GRÁFICO 8 - MAPA AFECTIVO DEL INTERSTICIO



Fuente: elaboración propia

Conclusiones:
La constante apertura de la fuga rizomática

CONCLUSIONES

LA CONSTANTE APERTURA DE LA FUGA RIZOMÁTICA

*Creo que una boja de hierba no es menos que
el camino recorrido por las estrellas,
Y que la hormiga es perfecta, y que también
lo son el grano de arena y el huevo del zorzal,
Y que la rana es una obra maestra, digna de las más altas,
Y que la zarzamora podría adornar los salones del cielo,
Y que la menor articulación de mi mano
puede humillar a todas las máquinas,
Y que la vaca paciende con la cabeza baja
supera a todas las estatuas,
Y que un ratón es un milagro capaz de confundir
a millones de incrédulos.
Siento que en mi ser se incorporan el gneis,
el carbón, el musgo de largos filamentos,
las frutas, los granos, las raíces comestibles,
Y que estoy hecho de cuadrúpedos y de pájaros,
Y que puedo recuperar cuanto he dejado atrás [...]*

*Fragmento de Canto a mí mismo, Walt Whitman
Traducción Jorge Luis Borges*

Implicada en cada letra, me abro a los seres del intersticio. Ahora sospecho que con cada frase e idea he dicho más de mí, que de ellos mismos. No hay forma de ocultarme, al final es la intensidad de mi mundo afectivo lo que me permite acceder a un nuevo espacio. Escucho, toco, veo, huelo y saboreo los instantes; con mis deseos, alegrías, miedos e ingenuidades voy otorgado una tonalidad a este relato que deviene de mi afecto. Atrapada en una realidad que yo misma he creado, prefiguro un cuento parcial, sesgado, restringido y filtrado. En su organización y codificación particular, revelo todo aquello en lo que ya había reparado antes. Con mis experiencias pasadas y mis actuales marcos de referencia de interés, sintonizo el foco de mi atención y en un acto de magia intencional, hago aparecer lo importante, lo destacable y lo significativo.

Sería inexacto decir que abrí una puerta, en cambio, lo más honesto es admitir que aproveché una ventana abierta para desplegar un «aprendizaje» sobre este espectro que nombré la «fuga rizomática». En la práctica de la conversación fui co-emergiendo con mis interlocutores, y, en una acción conjunta, caminamos tras las posibles huellas que nos permitieran descubrir un probable orden del nudo afectivo que ha dado base a sus apuestas de vida. Pese a mi intento de direccionar y dar forma a lo sensible, debo reconocer que hay una irreductibilidad de la

constelación afectiva al entendimiento. Inevitablemente siempre habrán cosas que se nos escapan, elementos inescrutables que permanecen ocultos en lo más profundo de nuestra vida inconsciente. En palabras de Emma León (2018:19) «el reino de lo sensible no se deja reducir a expresiones verbalizadas», por ello, el alto costo de escribir sobre las fuentes afectivas de los seres intersticiales es interferir el flujo vital y espontáneo de dicha experiencia emotiva. Sin tener opciones de escape frente a estas dificultades, me aventuré a escribir este trabajo que me interpeló en lo más profundo de mi vivencia cotidiana. De hecho, recuerdo bien que cuando coseché por primera vez en nuestro pequeño huerto, albergué una emoción inexplicable, y luego pensé: de esto me habló Rubén, ahora sí puedo comprender sus palabras. En la propia vivencia entendí la alegría de germinar una semilla, y de conectar con la fuerza que envuelve la aparente fragilidad de estos seres. Asimismo, aunque no lo he logrado, en algún momento quise no regresar más a un supermercado; también llegué a cuestionarme en algún grado mi impulso al consumo, e incluso participé en algunas reuniones y marchas donde advertí la presencia de algunos seres en fuga. Fue así como desde mi experiencia afectiva, fue tomando aun más sentido la polifonía del intersticio.

Lo que logré atisbar de esta realidad escurridiza y jabonosa es que el «mapa afectivo de la fuga rizomática» surge en un ambiente de injusticia generalizada, en un contexto de destrucción, insensibilidad e indiferencia hacia todos los otros seres con los que compartimos la existencia. Para las personas del intersticio, el «conatus», entendido como impulso de vida, se convierte en una categoría central que influye en su apertura al mundo, así como en la ampliación de su capacidad para sentir dolor, decepción, enojo y en general emociones asociadas a la ira, frente a los trazos de muerte que multiplican las injusticias y los paisajes de desierto. En este sentido, la lógica afectiva en el intersticio es la potencia que surge cuando se ha puesto en riesgo la vida.

Los paisajes de destrucción podrían conducir a bucles afectivos de desesperanza–tristeza–miedo, que cierran y paralicen la capacidad de obrar. En lugar de ello, la respuesta afectiva en el intersticio se caracteriza por estar más asociada con la ira y la injusticia empática. Específicamente el bucle conatus–enojo–injusticia–, gatilla el impulso del «hacer» en la fuga.

Es importante señalar que en este contexto, el afecto de la «injusticia» es equiparable al «desamor». De hecho, cuando mis interlocutores expresan «que no soportan la injusticia», también están diciendo que repudian el «desamor», en términos de la frialdad, insensibilidad, apatía, desinterés, impasividad, irresponsabilidad e irrespeto al otro. Por esta razón el «hacer» en

la fuga, está motivado por una búsqueda de justicia que defiende las interrelaciones y los procesos redistributivos de la vida; asimismo, está energizado por una capacidad de «amor» que se abre a la comprensión profunda de la urgencia y la necesidad que tenemos de emprender conjuntamente, un camino de transición que nos permita re-habitar la tierra, insertándonos a los flujos de la trama vital.

Para abordar estos relatos de vida me fue fundamental adentrarme en la postura espinociana sobre la ética, y con ello preguntarme ¿quién despierta ante la potencia de su propio cuerpo? Lo que pude intuir, es que en la fuga despierta aquél que se sabe, no como un ser separado, sino como un modo o una expresión de la vida; y a partir de ese reconocimiento de su naturaleza inter-existente, despliega su capacidad de obrar. Esto significa que existe una continuidad entre el «ser» y el «hacer» de la fuga. Solamente aquél que se asume como expresión de un todo, no tardará en preguntarse qué es lo que puede su cuerpo para revertir la devastación en la que hemos encausado la vida. Claramente, de la ontología del «interser» brota una ética, que no se basa en valores ni en juicios morales, sino en la potencia de obrar que emerge en acto. Proteger el humedal, cuidar un manantial, construir un baño seco, idear una ecotécnica, ofrecer una ceremonia a la tierra, desincentivar la lógica de consumo y generar intercambios por fuera de las lógicas capitalistas, son tan solo algunos de los trazos que reflejan el «hacer» como una apuesta «ética» de los seres intersticiales. Finalmente, lo que puede su cuerpo es reconocer la interexistencia de la vida y actuar en consecuencia de ese saber.

Esta «ética» que se expresa en el «hacer» es como una suerte de nutriente que fluye y se distribuye por todas las ramificaciones de la fuga. Una energía vital que recorre todos los cuerpos interconectándolos, conjugándolos y encaminándolos hacia una misma dirección en el «hacer». Sin importar su grado de heterogeneidad, estas micro-experiencias del intersticio quedan entrelazadas en una mielina envolvente que les permite transmitir y compartir los sentidos, los afectos y las informaciones que resultan relevantes para guiar y potenciar el camino de la fuga. De ahí, que a pesar de la diversidad de los relatos, sea posible evidenciar algunos patrones, tendencias, similitudes y encuentros entre las «ideas» narradas, es decir, entre «las formas representativas» de sus «afectos». El «hacer» tutelado por la «ética» y el «amor» genera una conectividad que congrega, incluso haciéndose extensiva, a las diversas expresiones no humanas de la vida.

Los seres en fuga al potenciarse van generando un conocimiento en red, unas ideas, inteligencias, aprendizajes e imaginaciones colectivas que desnudan poco a poco las *ideas-afectos*, las percepciones desfiguradas de la realidad y las afectividades que constantemente son manipuladas por la potestas. En la acción fuga, llega a comprenderse que en la potencia de los seres humanos y no humanos, hay una riqueza que no puede continuar siendo reducida a la lógica utilitaria y económica de la tradición cultural hegemónica. Queda claro que en el mapa afectivo del intersticio, se sustituye el «valor económico» por un «valor ético» que se funda en el «amor» y la «justicia».

Pese a mantenerse interconectado por una ética rizomática, a través de las narraciones pude entender que en el espacio de la fuga, continúa siendo un reto reunirse en torno a una intención común. Sin embargo, más allá de las ideas contraculturales y románticas que históricamente han inspirado la conformación de comunidades intencionadas, en estos tiempos de crisis civilizatoria y de colapso energético, la salida conjunta y comunitaria se impone como una obligación; en parte el «otro» aparece como un ser imprescindible para la sobrevivencia.

Sin ánimo de idealizarlas, he reconocido que estas líneas de fuga aun continúan sujetas al terreno del cual se detonaron. Sin duda, se trata de personas que experimentan las tensiones y las contradicciones de un proceso de «transición», en el que aún no terminan de descubrir o de aprender, cómo soltarse y continuar proyectándose hacia unos nuevos rumbos. Aun así siguen caminando, no con optimismo, sino con el estado anímico de esa esperanza *illichiana*, que les ayuda a sentir, que los haceres y las acciones emprendidas tienen sentido por sí mismas, independientemente de lo que ocurra en el futuro. Además, sospecho que estos seres no se detienen ante las dificultades y continúan «dándose» al mundo, porque esa sabiduría de la vida, que también fluye por la red rizomática, les brinda la confianza y el bienestar que es propio del caminante que se reconoce, se siente y se intuye siguiendo la ruta correcta.

Finalmente, debo confesar que este escrito solo contiene algunos de los pensamientos y de las afecciones que afloraron frente a las narraciones de mis interlocutores. Específicamente, hubiera querido analizar más a fondo el tema del «amor». La verdad es que desde hace muchos años he venido sintiendo que el «amor» es la única apuesta real que ayudaría a girar el timonel de este barco que navega en dirección al *iceberg*; por prudencia no quise hacer una transferencia y anteponer mi deseo a las palabras que escuché sobre este tema específico. Del mismo modo, al sentirme tan profundamente implicada e interpelada por las apuestas de vida de las líneas de fuga,

necesité mantener la serenidad suficiente para no sobreinterpretar las historias que escuchaba. Justo con estas últimas palabras, comienzo a comprender que la gran fascinación y la atracción que siempre he sentido hacia las personas que se fugan, proviene del grado de su potencia y de la fuerza con la que expresan su energía vital; además me conmueve profundamente pensar que esa energía proviene de eso que han llamado «naturaleza» y de la cual ellos mismos son una expresión.

San Cristóbal y los rostros de la fuga



Los otros seres de la ciudad, Vuelan - Catedral San Cristóbal de Las Casas
Fotografía: Ingrid Toro V. 2019



Los otros seres de la ciudad, Ladrón - Andador de Guadalupe
Fotografía: Ingrid Toro V. 2019



Diversidad
Fotografía: Efraín Ascencio Cedillo 2018



... tras las jirafas el rostro de cientos de mujeres, hombres, niños y niñas
Fotografía: Banco de imágenes Melel Xjobal A.C.



Los contrastes de la desigualdad
Fotografía: Efraín Ascencio Cedillo 2018



Archivo Territorios electorales 2018. Una visión de la ciudad
Fotografía: Efraín Ascencio Cedillo 2018



A propósito del Zapatismo
Fotografía: Ingrid Toro V. 2019



Alma - Festival del agua 2019
Fotografía: Ingrid Toro V. 2019



Dolor Tierra
Fotografía: Ingrid Toro V. 2019



Territorio Multicultural - Ritual Chamula del día de La Cruz
Perdón y purificación - Ojo de agua, La Hormiga
Fotografía: Ingrid Toro V. 2019



Florecimiento en las grietas del muro
Fotografía: Ingrid Toro V. 2019



Una apuesta de vida. Kolem, Rebe y Juancho
Fotografía: Juancho 2019



Día de sol en el jardín. Kolem, Rebe, el perrito, el invernadero
Fotografía: Archivo personal Juancho 2019



Casa de Juan Carlos
Fotografía: Archivo personal Juan Carlos 2019



Construcción natural
Fotografía: Archivo personal Juan Carlos 2019



Somos La Maya
Fotografía: Archivo personal Martín 2019



Ten el valor de intercambiar
Fotografía: Archivo de Facebook Cambalache 2016



Intercambio Calle de Guadalupe
Fotografía: Archivo de Facebook Cambalache 2016



Fuga espiritual – Construcción del Inipi
Fotografía: Archivo personal Facebook Felipe 2018



Construyendo el hogar
Fotografía: Archivo personal Facebook Felipe 2018



Rubén
Fotografía: Archivo personal Rubén 2018



El baño seco
Fotografía: Archivo personal Rubén 2018



Lucy
Fotografía: Archivo personal Rubén 2018



Encuentro intersticial en La Ecoaldea: Lucy, Felipe y Rubén
Fotografía: Archivo personal Rubén 2018

BIBLIOGRAFÍA

- Agustín, San. Las confesiones. Ediciones Akal. Madrid, España, 1986.
- Bauman, Zygmunt. Modernidad líquida. Fondo de Cultura Económica. Ciudad de México, México, 2015.
- Bourdieu, Pierre. La distinción: criterio y bases sociales del gusto. Editorial Taurus. Ciudad de México, México, 2016.
- Castro-Gómez, Santiago. “Ciencias Sociales, violencia epistémica y el problema de la invención del otro” En: Edgardo Lander, La Colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas. CLACSO. Buenos Aires, Argentina, 2000.
- _____. Revoluciones sin sujeto. Slavoj Žižek y la crítica del historicismo posmoderno. Madrid, España, 2015.
- Capra, Fritjof. La trama de la vida, una nueva perspectiva de los sistemas vivos. Colección Compactos. Editorial Anagrama. Barcelona, España, 1998.
- Ciampi, Luc. Sentimientos, afectos y lógica afectiva: Su lugar en nuestra comprensión del otro y del mundo. Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría. Madrid, España, 2007, vol. 27, no 2, pp. 153-171.
- Da Costa, Rogerio Haesbaert. “Desterritorialización como mito,” en El mito de la desterritorialización del fin de los territorios a la multiterritorialidad, Siglo XXI. Ciudad de México, México, 2011, pp. 301-308.
- De Certeau, Michael. La invención de la vida cotidiana. Editorial Universidad Iberoamericana. Ciudad de México, México 1999.
- Deleuze, Gilles; Guattari, Félix. Mil mesetas. Editorial Pre-textos. Valencia, España, 2004.
- Deleuze, Gilles. Sur Spinoza, Cours Vincennes, 24 de Enero de 1978.
- Elías, Norbert. “Universales de la sociedad humana”. En: Sociología fundamental, Editorial Gedisa. Barcelona, España, 2008 [1970], pp.121-158.
- Esteva, Gustavo. “Más allá del desarrollo: la buena vida” En: Otro desarrollo, espacio de intercambio para ir más allá del desarrollo. Biblioteca de documentos CLAES. México, Ciudad de México, 2011.
- Escobar, Arturo. En el trasfondo de nuestra cultura: la tradición racionalista y el problema del dualismo ontológico. Tabula Rasa, núm. 18, enero-junio. Bogotá, Colombia, 2013, pp. 15-42.
- Fericgla, Josep María. Cultura y emociones. Manifiesto por una Antropología de las emociones. En Conferencia inaugural del III Seminario sobre Estados Modificados de la Consciencia y Cultura. Colombia, Universidad de Caldas. Manizales, Colombia. 2000.

- Gallagher, Shaun; Zahavi, Dan. *La mente fenomenológica*. Alianza Editorial. Madrid, España, 2014.
- Guattari, Félix, & Ires, A. *Líneas de fuga: por otro mundo de posibles*. Editorial Cactus. Buenos Aires, Argentina, 2013.
- Gutiérrez, German. *Revista Ágora Trujillo, Conatus y necesidades en la ética de Baruch de Spinoza*, Universidad de Los Andes. Mérida, Venezuela, 2005.
- Hanh, Thich Nhat. *Las claves del zen: guía para la práctica del zen*. Neo Person. Barcelona, España, 1998.
- _____. *Enseñanzas sobre el amor*, Editorial Kairos. Barcelona, España, 2014.
- _____. *Un canto de amor a la tierra*, Editorial Paidós. Barcelona, España, 1998.
- Illich, Ivan. *La convivencialidad*. Seix Barral Editores. Barcelona, España, 1978.
- _____. *Necesidades*. Letras Libres. Ciudad de México, México, 2002, p. 12-20.
- Ingold, Tim. *Líneas: una breve historia*. Editorial Gedisa. Barcelona, España, 2007.
- Kasperbauer, Tyler Joshua. *Rejecting empathy for animal ethics*. *Ethical Theory and Moral Practice*, 18(4), 817-833. Editorial Springer Netherlands, 2005.
- Gospic, Katarina; Mohlin, Erik; Fransson, Peter; Petrovic, Predrag; Johannesson, Magnus; Ingvar; Martin. *Limbic Justice—Amygdala Involvement in Immediate Rejection in the Ultimatum Game*. *PLoS Biology*, 9 (5), 3 de mayo de 2011.
- León, Emma. *El monstruo en el otro: sensibilidad y coexistencia humana*. Sequitur, Madrid, España, 2011.
- _____. *Vivir queriendo: ensayos sobre las fuentes animadas de la afectividad*. Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad de México, México, 2018.
- Melel Xojobal A.C. *Infancia trabajadora en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, Transformaciones y perspectivas a diez años*. Primera Edición. San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México, 2012.
- Morin, Edgar. *El paradigma perdido, Ensayo de bioantropología*. Editorial Kairós. Barcelona, España, 1971.
- Noguera, Ana Patricia. *Métodoestesis: el camino del sentir*. Curso 21 y 22 de Junio, Cesmeca. San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México, 2018.
- Pardo, José Luis. *Sobre los espacios. Pintar, escribir, pensar*. Ediciones del Serbal. Barcelona, España, 1991.
- Ricoeur, Paul. *Tiempo y narración III. Siglo XXI de España editores S.A.* Madrid, España, 1999.
- _____. *Sí mismo como otro*. Siglo XXI de España editores S.A. Madrid, España, 1996.

- Robert, Jean, y Rahnama, Majid. La potencia de los pobres. San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México, 2001.
- Ruiz Torres, Miquel; Moya, Martín López; Cedillo, Efraín Ascencio. Consumidores alternativos: turismo étnico y espiritualidad New Age en los procesos de reinención del imaginario urbano en San Cristóbal de las Casas, México. Entramados narrativos, Pasos, Revista de Turismo y patrimonio Cultural. Madrid, España. 2014.
- Sanders, Ella Frances. Lost in translation: An illustrated compendium of untranslatable words from around the world. Ten Speed Press, 2014.
- Santos, Boaventura de Sousa. “Una epistemología del Sur”. En: Refundación del estado en América Latina. Perspectivas desde una Epistemología del Sur, Editorial Siglo XXI - Siglo del Hombre - Universidad de los Andes. Ciudad de México, México, 2010, pp. 49-59.
- Scheler, Max. “Ordo amoris”. En: Gramática de los sentimientos: lo emocional como fundamento de la ética. Editorial Crítica. Barcelona, España, 2003.
- Spinoza, Baruch. Ética demostrada según el orden geométrico. Editora Nacional. Madrid, España, 1980.
- Uribe, Jaime. La conformación de organizaciones indígenas y liderazgos evangélicos en San Cristóbal de Las Casas. Tesis de doctorado, El Colegio de la Frontera Sur. San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México, 2014.
- Varela, Francisco. La habilidad ética. Editorial Debate. Barcelona, España, 2003.
- _____. La belleza del pensar. En: Entrevista de Cristián Warnken Lihn a Francisco Varela, 2001, [Consulta: 15/08/19 <https://www.youtube.com/watch?v=2Bx8cTtTmeU>].
- Wall, Frans. La edad de la empatía, ¿somos altruistas por naturaleza?. Matatemas Tusquets Editores. Ciudad de México, México, 2011.
- Zamora Lomelí, Carla Beatriz; Hernández Ruiz, José Francisco. La configuración de identificaciones étnicas y los procesos de alteridad. Una lectura desde el control cultural. Andamios, Universidad Autónoma de la Ciudad de México. México, 2018, vol. 15, no 36, p. 135-159.